

ANÁLISIS DEL MÉTODO DE CITACIÓN  
EN TRES REVISTAS DE FILOLOGÍA  
HISPÁNICA. UN CAPÍTULO DE LA HISTORIA  
DE LA EDICIÓN ACADÉMICA  
EN ESPAÑOL

Idónea Comunicación de Resultados  
que presenta el alumno

ALEJANDRO RIVAS VELÁZQUEZ

para optar por el grado de Maestro  
en Diseño y Producción Editorial

**MDPE**  
MAESTRÍA EN DISEÑO  
Y PRODUCCIÓN EDITORIAL

México  
Octubre de 2012

AGRADEZCO A LOS LECTORES DE ESTA ICR:

Maestra Ana Julia Arroyo Urióstegui

Maestra Adriana María Hernández Sandoval

Maestro Ricardo Rivera Cortés

## CONTENIDO

Introducción

pág. 5

La fundación de las revistas

pág. 17

El sistema de citación en las revistas

pág. 117

Conclusión

pág. 201

Apéndice I

Signos y abreviaturas en las revistas

pág. 211

Apéndice II

La bibliografía en las revistas

pág. 255

Bibliografía

pág. 281



## INTRODUCCIÓN

Un especialista en las técnicas de investigación documental, el mexicano Ario Garza Mercado, dice en el Prefacio de sus *Normas de estilo bibliográfico* que, aunque la obra está dirigida a “estudiantes, profesores e investigadores”, espera que “también sea útil a bibliógrafos, bibliotecarios, correctores de estilo, editores, libreros y otros profesionales comprometidos con la cultura impresa”<sup>1</sup>. Con estas palabras coloca a las técnicas de investigación documental, en tanto parte de la cultura impresa, como parte de los conocimientos que deben tener los editores. Aunque podría parecer que tiene poco que ver la técnica que emplea un estudiante o un investigador a la hora de manejar el material para redactar una tesis o un artículo académico y el saber que necesita un editor o un corrector de estilo para realizar su trabajo, en esta investigación se mostrará la estrecha relación que existe entre ambas actividades.

A pesar de la importancia que tiene el conocimiento de las técnicas documentales en el ámbito

---

<sup>1</sup> *Normas de estilo bibliográfico para ensayos semestrales y tesis*, 2<sup>a</sup> ed., El Colegio de México, México, 2006, p. xi.

académico, es muy poco lo que se ha teorizado sobre el tema. De las notas a pie de página, por ejemplo, salvo un par de páginas en algunos manuales, es poco lo que se ha escrito desde una perspectiva teórica. Los estudiantes se enfrentan a esta carencia de obras cuando tienen que redactar su tesis y más o menos resuelven sus problemas con la ayuda de algún manual o la de su asesor, porque en el aula casi no se enseñan estas cuestiones técnicas que se consideran un saber accesorio que tiene poco que ver con las materias que se imparten.

Cuidar la manera de citar es algo que, a la hora de preparar la publicación de los resultados de una investigación, atañe al editor, quien, igual que los estudiantes, se enfrenta a la carencia de estudios sobre el tema. Ambos, estudiante y editor, en el mejor de los casos encuentran un manual del cual pueden tratar de imitar el uso de abreviaturas y otros signos para incorporarlos al texto que están editando. A veces, las publicaciones académicas en las que colabora el editor cuentan con normas de edición que investigadores y correctores debe seguir, pero aún así, suelen aparecer casos en los artículos que no fueron previstos en las normas y el editor o el corrector tienen que tomar una decisión cuyo acierto, por lo general, dependerá de su experiencia. Es indudable que los edi-

tores también requieren de instrumentos razonados que les permitan resolver las dudas que surgen cuando se enfrentan a un texto académico.

El objetivo de este trabajo es contribuir a la reflexión sobre la manera de citar en las publicaciones académicas. Trataré de mostrar algunas ideas sobre el uso de siglas, abreviaturas y algunos recursos tipográficos, con la intención de conocer la ideas que justifican su uso, así como el cambio que esta práctica ha tenido a lo largo del tiempo, pues nuestro estudio se hará a partir del análisis del método de citación de un grupo de filólogos hispánicos del siglo XX<sup>2</sup>, que constituye un caso especialmente útil para nuestro trabajo. Actualmente se publican dos revistas: la *Revista de Filología Española*, de Madrid y la *Nueva Revista de Filología Hispánica* publicada en México. Entre ambas hay mucho en común y es que, junto con la *Revista de Filología Hispánica* que se publicó a mediados del siglo XX en Argentina, fueron órganos de difusión de un grupo de destacados filólogos de varias nacionalidades que se encargaban de la publicación de los resultados de sus investigaciones. Las tres revistas suman casi 100 años de

---

<sup>2</sup> Por lo tanto, este trabajo se referirá a las notas a pie de página en un ámbito académico científico moderno, no a las notas de carácter erudito usadas en la tradición humanista de siglos anteriores.

labor editorial en el ámbito académico, lo que nos permite tener una perspectiva temporal amplia para observar la forma de citar en esa área del conocimiento.

Haremos una revisión histórica que nos permitirá conocer de qué manera se ha citado en estas tres revistas durante las distintas etapas de su existencia. No se pretende obtener un modelo único de citación o de investigación documental, sino analizar las formas y la razón de los usos de los filólogos para conocer algo de la naturaleza y los motivos de las normas de edición que usaron en sus publicaciones. Me interesa relacionar la labor de investigación científica con la forma de citar en esas revistas, porque pienso que es importante vincular teóricamente la labor que hace un estudioso cuando recoge el material en su investigación con la que realiza el editor a la hora de publicar los resultados. Ambos se valen de un código formado a partir del uso reiterado de los signos que lo componen, pero también se trata de un código que se sirve de algunos recursos tipográficos que son los que les dan un sentido preciso y que es importante que conozcan el editor y el corrector. En este sentido, podemos decir que tal vez sea en el sistema de citación donde los recursos tipográficos adquieren un significado determinante para el sentido de una expresión, con lo



que la labor editorial se presenta como un instrumento fundamental en la tarea de la difusión científica.

Nos interesará, entonces, observar la relación entre técnica de investigación, uso de recursos tipográficos y difusión de la ciencia. Por eso, en este trabajo será importante ver cómo el conocimiento de las técnicas la investigación que recibieron los filólogos se refleja en sus publicaciones o en su labor editorial. A ellos, el maestro les enseñó a investigar y a cuidar la edición de las revistas al mismo tiempo. Este es otro aspecto que nos interesa de las revistas que vamos a revisar: los filólogos hispánicos eran quienes hacían las investigaciones y quienes cuidaban la edición de las revistas. Dos actividades que ahora suelen estar separadas.

El editor académico, un profesional dedicado a la publicación de artículos científicos, es decir, “informes que comunican por primera vez resultados originales de investigación”<sup>3</sup>, se sirve de una serie de prácticas que han surgido de la labor filológica a lo largo de la historia. El sistema de citación que vemos en muchas revistas científicas surgió como un código especializado a partir de las

---

<sup>3</sup> CARLOS VIZCAÍNO SAHAGÚN, *Las revistas de investigación y cómo publicar en ellas*, Alianza de Texto Universitario, México, 2002, p. 21.

necesidad de los filólogos de reportar correcciones o añadiduras a los textos que editaban. A partir del siglo XX, la especialización que alcanzó la labor filológica en todo el mundo y la necesidad de la ciencia documentalista de normalizar siglas y abreviaturas, perfilaron las actuales formas de citación en el ámbito académico. Conocer cómo era la labor editorial académica antes de esta normalización puede ser interesante para saber más acerca de su naturaleza. Es de esperar que, a partir del conocimiento de esta historia, los editores tengan más elementos para reflexión sobre su quehacer y conozcan los fundamentos de algunas prácticas editoriales que realizan todos los días.

#### PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

En el ámbito de la edición de revistas académicas es muy común uniformar el sistema de citación de los artículos que se publican según unas normas establecidas por la institución responsable de la edición. Esta labor la realiza el editor o el corrector. Sin embargo, si consideramos que la forma de citación de un artículo está íntimamente relacionada con la técnica de investigación que el autor siguió a la hora de recoger y de reportar los datos o las fuentes durante la investigación, nos dare-

mos cuenta de que la tarea a la que se enfrenta el editor no es sencilla. Es importante que conozca las ideas y las prácticas del sistema de citación en la práctica científica para realizar correctamente su trabajo. La historia de la labor editorial que presentamos puede aportar ideas para la reflexión sobre la importancia del sistema de citación de un artículo científico tanto durante la investigación como al momento de preparar los resultados para su publicación.

#### DELIMITACIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO

En este trabajo nos centraremos en la descripción de la manera de citar de las tres revistas, pero sólo durante los periodos de tiempo en que trabajaron juntos los filólogos de la escuela española. De la *Revista de Filología Española* revisamos hasta el inicio de la Guerra Civil española, de la *Revista de Filología Hispánica* los ocho tomos que se publicaron y de la *Nueva Revista de Filología Hispánica* los tomos que se publicaron mientras vivió Amado Alonso. Aunque el interés es mostrar la forma de citar, el acercamiento se hará considerando algunos aspectos históricos y sociales, sin los cuales no se entendería ni el cambio de países ni las modificaciones que tuvieron las revistas. En

nuestro trabajo no se pretende cubrir la historia completa de las revistas, sino sólo los años en los que se configuró el método de citar del grupo.

#### PRESENTACIÓN DE LAS REVISTAS OBJETO DE ESTUDIO

La *Revista de Filología Española* comenzó a publicarse en 1914 en el Centro de Estudios Históricos de Madrid como órgano de difusión de la sección de Filología del Centro. Al término de la Guerra Civil, un grupo de españoles de ese CEH fundaron en Buenos Aires la *Revista de Filología Hispánica* con la intención de que fuera la continuación de la española. A mediados de los años cuarenta, cuando Perón asumió la presidencia de Argentina, ese grupo tuvo que salir de aquel país y llegó a México, donde fundaron la *Nueva Revista de Filología Hispánica* que, desde 1947, se publica en nuestro país. Son tres revistas en torno a las cuales trabajó un grupo de filólogos con una clara idea de constituir una escuela y que, conscientes de que la difusión de sus ideas era fundamental para realizar su labor científica, siempre tuvieron la idea de sumar a los lectores al proyecto, con quienes formaron una comunidad editorial que ha sido de suma importancia para el desarrollo de la filología hispánica.

## OBJETIVO

El objetivo principal de esta investigación será conocer cómo trabajó este grupo de filólogos, en especial desde el punto de vista de su labor de creación y difusión de ciencia. Nos interesará que ellos aprendían las técnicas filológicas y, al mismo tiempo, aprendían a editar las revistas como parte fundamental de su formación científica. Esto hace que sea un caso relevante para quienes nos interesamos en la edición académica. Aunque mi objetivo central es describir la manera de citar, a lo largo de la revisión encontraremos algunas ideas sobre la edición y muestras de cómo se ha trabajado en este ámbito en un proyecto editorial que hoy suma casi 100 años. Mi objetivo no es encontrar al final una forma única de citación, porque esa es una práctica (o necesidad) contemporánea, propia de publicaciones en las que colaboran investigadores con una formación distinta, muchas veces, a la que se imparte en la institución que publica. Pero podemos llegar a reconocer algunos fundamentos de la forma actual de citar, mediante el análisis de la historia de las publicaciones académicas del ámbito hispánico.

### ORACIÓN TÓPICA

El interés de este trabajo se podría resumir en la siguiente oración:

Conocer la forma de citar en las tres revistas de filología objeto de estudio, tratando de destacar cómo, en las diversas redacciones, se fueron especializando algunos signos y abreviaturas para reportar los materiales utilizados en la investigación científica.

### MÉTODO DE TRABAJO

Mediante la investigación documental, me propongo mostrar la forma de citar en las tres revistas estudiadas y con el análisis histórico identificaré los hechos que motivaron el cambio tanto en los títulos de las revistas como en la composición del grupo de filólogos, en el entendido de que estos cambios repercutieron, necesariamente, en la forma de editar las revistas y de citar. He revisado completamente las tres revistas durante el período en que se ocuparon de las labores editoriales los miembros del grupo que ahora se conoce como “escuela de Menéndez Pidal”, es decir de 1910 a poco después de 1953, pero lo he hecho buscando los elementos o signos que consideré interesantes para nuestro tema. Como en cada una de las revistas se puede identificar a un editor res-

ponsable que es, a la vez, el encargado de formar a los jóvenes filólogos en los métodos de investigación científica, a la hora de seleccionar los ejemplos que presento he dado preferencia a formas publicadas en trabajos de ese editor, en tanto que considero que los manuscritos se publicaron sin cambios y que, incluso, debieron servir de modelo a los discípulos.

Hablar de un método de citación en tres revistas con nombre distinto, que además se publicaron en tres países, hace necesario demostrar que entre ellas existió un método similar para manejar la información documental y una serie de ideas comunes en cuanto a la forma de elaborar el sistema de citación para publicar sus resultados. En este trabajo trataré de mostrar que el grupo de investigadores-editores que publicaron las revistas constituían una escuela, en la que los conocimientos se adquirían de manera colectiva.

Posteriormente, y a partir de esta idea de que, en tanto comunidad, compartían una serie de saberes y de prácticas, será interesante analizar el sistema de citación que utilizó este grupo a lo largo de los años en las tres revistas, un sistema que, a simple vista, nos parece heterogéneo, pues cambia de un autor a otro e, incluso, entre el artículo de un maestro y alguno de sus discípulos. Pero el análisis de este hecho nos permitirá ver un proce-

so de cambio en ese sistema, que estuvo condicionado por diversos factores, como la necesidad de precisar los signos, por el cambio y ampliación del grupo de lectores y colaboradores, y para lo cual fue importante el uso de recursos tipográficos que nuevas imprentas y las prácticas en países diferentes, permitían.



## LA FUNDACIÓN DE LAS REVISTAS

En este apartado veremos cómo se hacía el trabajo de edición de las revistas que estudiamos así como algunos aspectos importantes en torno a su fundación. Empezaremos con la *Revista de Filología Española* en la que se sientan las bases de una forma de trabajar de manera colectiva los textos tanto a la hora de hacer las investigaciones como a la hora de su publicación por un grupo de filólogos reunidos en torno a la figura de Ramón Menéndez Pidal. Posteriormente veremos cómo parte de este grupo de filólogos se traslada a Buenos Aires donde, tratando de conservar algunas prácticas anteriores, funda la *Revista de Filología Hispánica* y, por último, veremos cómo este grupo, que se ha ido enriqueciendo con la incorporación de nuevos investigadores, alcanza su madurez en México en torno de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*.

En el período que estudiaremos, la práctica normal es que, dentro del grupo de filólogos que estudiamos, el productor de textos académicos sea, a la vez, el responsable de cuidar la edición, algo que nos permitirá ver un tipo de labor editorial ahora poco común, en la que el editor sabe exactamente lo que el autor del texto quiso decir,

algo fundamental en la tarea de edición, en la cual es importante que no se altere el sentido del texto que entregó el autor. Destacaré algunos aspectos interesantes que muestren que el proceso de formalización de un sistema de citación usado por una comunidad editorial es un código que, como cualquier otro, se va conformando con el uso de los signos que lo componen por parte de una comunidad y que conforme crece esa comunidad a la que sirve, y conforme cambian las condiciones materiales a lo largo del tiempo, el código tiende que especializarse.

#### LA CREACIÓN DE LA JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS

La historia de las revistas revisadas es, prácticamente, la historia de la filología hispánica. El surgimiento de la filología en español y de la primera revista dedicada a la especialidad, la *Revista de Filología Española*, se presenta en España en medio de condiciones sociales y políticas peculiares que explican, en buena medida, su aparición: y es que al final del siglo XIX y principios del XX, España estaba sumida en una profunda crisis social. La educación y la ciencia estaban estancadas. Los intelectuales manifestaban la necesidad de

cambiar las cosas para que España pudiera, al fin, formar parte de Europa. A esta generación, caracterizada por el espíritu regeneracionista, se le conoce como la Generación del 98. Desde el Modernismo ya se había manifestado la necesidad de un cambio estético y cultural en España, pero cuando aparece el movimiento regeneracionista, se amplían las ideas de modernización. España adopta “entre sus prioridades... la reforma de la enseñanza y la necesidad de europeizar el país, entendido esto último como la conveniencia de imitar el progreso material...”<sup>1</sup>

Para el regeneracionismo, la única manera de salir de la crisis, lo único que podría sacar a España del desastre, eran la educación y la ciencia. Esta fe en la educación se manifestó en empresas como la Institución Libre de Enseñanza que formó a un reducido número de intelectuales, pero hacía falta que llegara a ámbitos más amplios de la sociedad. Esa necesidad de un cambio en las condiciones sociales y de educación en España, como un asunto prioritario para que el país mejorara su situación, se hizo urgente para el Parlamento a

---

<sup>1</sup> ANTONIO NIÑO RODRÍGUEZ, “La europeización a través de la política científica y cultural en el primer tercio del siglo XX”, *Arbor*, Madrid, 170 (2001), núm. 669, p. 97.

raíz del Desastre<sup>2</sup>. En el Parlamento<sup>3</sup>, el diputado Eduardo Vicente proclamó la conveniencia de que España modernizara su ciencia, pues refiriéndose a la derrota ante los Estados Unidos dice:

Este pueblo nos ha vencido no sólo por ser más fuerte, sino también por ser más instruido, más educado: de ningún modo por ser más valiente. Ningún yanqui ha presentado a nuestra escuadra o a nuestro ejército su pecho, sino una máquina inventada por algún electricista o algún mecánico. No ha habido lucha. Se nos ha vencido en el laboratorio y en las oficinas, pero no en el mar o en la tierra<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> El 10 de diciembre de 1898 España y Estados Unidos firmaron el Tratado de París, con el que se ponía fin a una guerra que había durado unos cuantos meses, debido a la enorme diferencia de fuerzas de los dos ejércitos. Con la firma del tratado, España perdía las últimas colonias que le quedaban: Puerto Rico, Cuba y Filipinas. Este hecho es conocido en la historia española como el Desastre que fue, a fin de cuentas, el resultado de siglos de una equivocada política colonial, por medio de la cual, los conquistadores, en lugar de fortalecerse como nación con lo obtenido de la explotación de las posesiones, habían vivido de ellas sin preocuparse por desarrollar una industria nacional ni, mucho menos, por cultivar una ciencia propia.

<sup>3</sup> Sobre las reacciones de la derrota en el Parlamento, véase JOSÉ M. GARCÍA ESCUDERO, "El Parlamento ante el Desastre", *Arbor*, Madrid, 11 (1948), núm. 36, pp. 399-416.

<sup>4</sup> J. M. SÁNCHEZ RON, "La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas ochenta años después", en *1907-1987: La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después. Simposio Internacional. Madrid, 15-17 de diciembre de 1987*, coord. J. M. Sánchez Ron, C.S.I.C., Madrid, 1988, t. 1, p. 3.

Así que partir de esta derrota se inició un programa para reformar la educación y la ciencia y, en 1907, surgió la que sin duda sería la institución clave para la transformación de España: la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, una institución autónoma, aunque integrada al Ministerio de Educación, encargada de la educación superior y la investigación especializada, que trabajó separada de la Universidad. En el Real Decreto que la creó el 11 de enero de 1907 se establecían las funciones de la Junta: 1<sup>o</sup> El servicio de ampliación de estudios dentro y fuera de España; 2<sup>o</sup> Las delegaciones en congresos científicos; 3<sup>o</sup> El servicio de información extranjera y relaciones internacionales en materia de enseñanza; 4<sup>o</sup> El fomento de los trabajos de investigación científica; y 5<sup>o</sup> La protección de las instituciones educativas en la enseñanza secundaria y superior<sup>5</sup>. Su primer presidente fue Santiago Ramón y Cajal. Entre los fines de la Junta, que se pusieron de manifiesto desde su fundación, hay algunos

---

<sup>5</sup> Cf. ROSARIO E. FERNÁNDEZ TERÁN y FRANCISCO A. GONZÁLEZ REDONDO, “La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en el Centenario de su Creación”, *Revista Complutense de Educación*, Madrid, 18 (2007), pp. 9-34. Para esta institución es fundamental: 1907-1987. *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. 80 años después*, Coord. José M. Sánchez Ron.

que son importantes para el tema que estamos estudiando. Entre sus misiones estaba la ampliación de estudios dentro y fuera de España, lo que se manifestó en un sistema de becas a estudiosos para que se prepararan en el extranjero y después emplearan sus conocimientos en investigaciones realizadas en la Península ibérica, ya que otra función de la Junta era la de fomentar la investigación científica, para lo cual tenía la facultad de fundar centros de estudio y laboratorios tanto dentro como fuera de España.

La mayor parte de los estudios promovidos por la Junta se realizaron en torno a dos instituciones: el Centro de Estudios Históricos y el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales<sup>6</sup>. De ellos nos interesa el primero.

#### EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE MADRID Y LA REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA

El Centro de Estudios Históricos de Madrid se creó por Real Decreto el 11 de marzo de 1910. El documento dejaba muy en claro cuáles serían las

---

<sup>6</sup> Cf. JOSÉ M. SÁNCHEZ RON, "La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas ochenta años después", p. 41.

funciones que habría de desempeñar la nueva institución:

1<sup>o</sup> Investigar las fuentes, preparando la publicación de ediciones críticas de documentos inéditos o defectuosamente publicados (como crónicas, obras literarias, cartularios, fueros...), glosarios, monografías, obras filosóficas, históricas, literarias, filológicas, artísticas o arqueológicas.

2<sup>o</sup> Organizar misiones científicas, excavaciones y exploraciones para el estudio de monumentos, documentos, dialectos, folklore... y, en general, cuanto pueda ser fuente de conocimientos históricos.

3<sup>o</sup> Iniciar en los métodos de investigación a un corto número de alumnos, haciendo que éstos tomen parte, cuando sea posible, en las tareas antes enumeradas, para lo cual organizará trabajos especiales de laboratorio.

4<sup>o</sup> Comunicarse con los pensionados, en el extranjero o dentro de España, que hagan estudios históricos, para prestarles ayuda y recoger al mismo tiempo sus iniciativas, y preparar a los que se encuentren en condiciones, labor y medios para que sigan trabajando a su regreso.

5<sup>o</sup> Formar una biblioteca para los estudios históricos y establecer relaciones y cambio con análogos Centros científicos extranjeros<sup>7</sup>.

Aquí están presentes varios temas que son fundamentales para nuestro trabajo: la misión del Centro era hacer investigación científica, publicación de resultados y el estudio de la historia española en un momento en que dicho conocimiento era fundamental: se buscaba el “entendimiento del pasado español, del patrimonio de la cultura propia formado por la lengua, la literatura, el arte y la historia toda; se trató —dicho a la letra entonces— de «este sagrado deber de descubrir nuestra propia historia»<sup>8</sup>. Otro punto interesante es que se daría a la tarea de publicar ediciones críticas de obras inéditas, un campo descuidado de las letras españolas, pero además, debía reeditar documentos “defectuosamente publicados”. Es que se sabía que realizar ediciones de obras históricas importantes sin seguir un método riguroso conducía, necesariamente, a resultados que no contribuían en nada al conocimiento de la realidad histórica. En el pasado reciente de España había un ejem-

---

<sup>7</sup> Cf. *ibid.*, pp. 41-42.

<sup>8</sup> FRANCISCO ABAD, “La obra filológica del Centro de Estudios Históricos”, en 1907-1987. *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. 80 años después*, coord. José M. Sánchez Ron, t. 2, p. 504.



plo de esto: Marcelino Menéndez y Pelayo, el mayor erudito de mediados del siglo XIX, publicó una serie de obras literarias en la *Biblioteca de Autores Españoles*, pero como no siguió un método riguroso, algunos años después de su muerte se llegó a la conclusión de que esas obras eran poco fiables y por lo tanto no servían como documentos en investigaciones serias<sup>9</sup>. Por último, nos interesa el tercer punto del Decreto, pues una tarea del Centro era “iniciar” a un reducido número de alumnos en el conocimiento de los métodos de investigación. Edición y métodos de investigación son, entonces, dos saberes unidos en la preparación que recibieron los filólogos del CEH.

Toda la labor del Centro, que parecía difícil de realizar, se antojaría imposible si tenemos en cuenta el estado de la ciencia en España al momento de la fundación de la Junta y del Centro. Rafael Lapesa, uno de los más reconocidos estudiosos de la literatura española, dejó un valioso testimonio del estado de las disciplinas que nos ocupan:

Por lo que se refiere a la lingüística, el panorama no podía ser más desolador. Las corrientes europeas que

---

<sup>9</sup> Sobre este tema véase AMÉRICO CASTRO, “La crítica filológica de los textos”, en *Lengua, enseñanza y literatura (esbozos)*, Victoriano Suárez, Madrid, 1924, p. 174. Más adelante volveremos a tratar este asunto.

habían creado la nueva ciencia del lenguaje —la lingüística comparativa e histórica, la dialectología— apenas habían tenido eco en España. Lo más que se daba era algún caso de conocimiento directo respecto a la obra de Raynouard y Diez, los fundadores de la lingüística románica, pero sin empuje para fomentar el estudio de las lenguas peninsulares con metodología adecuada... En España la investigación de la lengua medieval y de nuestros dialectos estaba en manos de alemanes, franceses... y algún norteamericano<sup>10</sup>.

Ante este panorama, en que los estudios lingüísticos y los literarios habrían de partir de cero, la persona indicada para dirigir un proyecto de tal magnitud era Ramón Menéndez Pidal, un hombre nacido en 1869 que se doctoró en 1893 con una tesis sobre las fuentes de *El Conde Lucanor*. En 1899 ganó la oposición para impartir la cátedra de filología románica en la Universidad de Madrid<sup>11</sup> y se había ganado fama, incluso fuera de España, desde varios años antes, gracias a obras importantes como la edición crítica del *Cantar de mio Cid*, que fue premiada por la Academia de la Lengua y en 1896 publicó la reconstrucción, a través de la

---

<sup>10</sup> RAFAEL LAPESA, "Don Ramón Menéndez Pidal. Ejemplo y doctrina", *Filología*, Buenos Aires, 1968-69, núm. 13, pp. 1-32.

<sup>11</sup> Sobre estos trabajos de Menéndez Pidal y su repercusión en el avance de los estudios filológicos véase ANTONIO ANTELO IGLESIAS, "Filología e historiografía en la obra de Ramón Menéndez Pidal", *Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, Bogotá, 19 (1964), núm. 3, pp. 397-415.

prosa encontrada en crónicas medievales, de *La leyenda de los Infantes de Lara*, de la que uno de los filólogos más importantes de su tiempo, además de destacar lo novedoso, destaca la metodología usada por el filólogo español. Dice Morel-Fatio en la revista *Romania*:

Si en España se lee este libro, si se le comprende, puede provocar un verdadero renacimiento de los estudios filológicos e históricos. Los jóvenes, sobre todo, aprenderán en él, que nada, ni aun las dotes más brillantes, puede reemplazar al trabajo metódico, la escrupulosidad en las investigaciones y el prurito constante de la exactitud<sup>12</sup>.

Esto era, precisamente, lo que hacía falta en España. Así que Ramón Menéndez Pidal fue nombrado director del Centro de Estudios Históricos de Madrid. Él se encargaría de organizar los trabajos al interior y al exterior y, lo más importante, formaría a los jóvenes investigadores en la metodología científica. Por eso es conocido en la actualidad como el “padre de la filología española”, pues de alguna manera, su magisterio alcanzó más de tres generaciones de filólogos y lingüistas. Francisco Abad escribió sobre este magisterio:

---

<sup>12</sup> Citado por DÁMASO ALONSO, “Pluralidad y unidad temáticas en la obra de Menéndez Pidal”, en *¡Alça la voz, pregonero! Homenaje a Don Ramón Menéndez Pidal*, Cátedra-Seminario Menéndez Pidal-Institución Libre de Enseñanza, Madrid, 1979, pp. 22-23.

...entendemos por Escuela Española de Filología, la que constituyó Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos de la Junta para Ampliación de Estudios a lo largo del cuarto de siglo anterior a la guerra civil... en estricto sentido la Escuela Española de Filología es la pidaliana, la de don Ramón y sus discípulos y colaboradores directos<sup>13</sup>.

Para este estudioso, Menéndez Pidal fue “durante algunos años el único lingüista moderno que tenía España”, y en su magisterio se formaron prácticamente todos los hombres importantes en el estudio de la lengua y la literatura españolas<sup>14</sup>.

La formación del primer grupo de filólogos españoles se produjo en el Centro de Estudios Históricos que estuvo dividido en tres Secciones, número que luego aumentó, eran: *Instituciones sociales y políticas de León y Castilla*, bajo la dirección de Eduardo de Hinojosa; *Trabajos sobre arte medieval español*, dirigida por Manuel Gómez-Moreno y *Orígenes de la lengua española*, dirigida por Ramón Menéndez Pidal. Estas secciones tenían características nunca antes vistas en el sistema escolar español:

---

<sup>13</sup> F. ABAD, “Dámaso Alonso y la Escuela Española de Filología”, *Anthropos*, Barcelona, 1990, núms. 106/107, p. 79.

<sup>14</sup> Sobre este tema es fundamental MANUEL PEÑALVER CASTILLO, *La escuela de Menéndez Pidal y la historiografía lingüística hispánica. Aproximación a su estudio*, Universidad, Almería, 1995.

Podían tomar parte en aquellos trabajos todos los alumnos que los profesores estimaban preparados... las inscripciones eran gratuitas... además la Junta podía conceder algunas becas para determinados alumnos. Dentro de las actividades del centro se contaban reuniones 2 o 3 veces semanales del profesor con los inscritos en los cursos y las excursiones (bajo la dirección del profesor o siguiendo sus instrucciones)<sup>15</sup>.

Era una forma de trabajar novedosa en España. También lo eran las labores a desarrollar. Entre las obligaciones de los filólogos en ciernes durante esta primera etapa estaban el “estudio filológico de los primeros monumentos de la lengua en los diversos dialectos leonés, castellano y aragonés para la publicación de una *Crestomatía del español antiguo*”, así como la creación de “un mapa lingüístico del antiguo reino leonés”. El éxito de estas empresas dependía del magisterio de Ramón Menéndez Pidal.

#### LA CREACIÓN DE UNA ESCUELA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA

Como la filología antes del Desastre prácticamente no existía en el país, Ramón Menéndez Pidal

---

<sup>15</sup> JOSÉ MARÍA LÓPEZ SÁNCHEZ, *Las ciencias sociales en la Edad de Plata española: el Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*. Tesis de Doctorado, Universidad Complutense de Madrid, 2003, p. 91.

había tenido que implementar un método de trabajo nuevo, aunque, sin duda, lo hizo a partir de lo que se estaba haciendo en otros países, en especial, Alemania, Francia e Italia, que sí tenían una tradición de estudios filológicos en la que el propio Menéndez Pidal se formó.

Américo Castro, por ejemplo, se refiere a las carencias con que llegaron algunos estudiantes al Centro:

Se introdujo así, de golpe, una manifestación de orden y precisión técnica en los modos de tratar los fenómenos lingüísticos y literarios... Los mismos discípulos de Menéndez Pidal tardamos en disciplinarnos, y en olvidar los modos de trabajar, ingenuos y provincianos, legados por la tradición<sup>16</sup>.

Menéndez Pidal comenzó a preparar a jóvenes que ya tenían estudios de licenciatura o de doctorado en la Universidad de Madrid a quienes invitó a formar parte del Centro de Estudios Históricos. Parecería difícil explicarse cómo lo hacía tratándose de condiciones novedosas. Francisco Javier Sánchez Cantón, fue su alumno en esos primeros años y dejó un testimonio de la forma de trabajar del maestro. Él era estudiante en la Universidad y estaba inscrito en la asignatura Filología compa-

---

<sup>16</sup> AMÉRICO CASTRO, "Cuánto le debemos", *Papeles de Son Armadans*, Madrid-Palma de Mallorca, 1959, núm. 39, p. 286.

rada del latín con el castellano, impartida por Menéndez Pidal, y recuerda:

Por fortuna, el pedantesco en la palabra no pasaba del título, porque su desarrollo constituía la sorpresa máxima que nos deparaba la Facultad: ni programa, ni libro de texto, ni, propiamente, apuntes; tampoco explicaciones teóricas. Sobre ejemplos concretos exponía el Maestro su opinión, insistiendo en que no callásemos si no la comprendíamos, o si se nos ocurría otra suposición, que con ejemplar humildad anotaba -nos decía para mirar en sus ficheros, si se encontraba datos acerca de ello.

La forma de trabajar y el método de enseñanza se tuvo que ir inventando sobre la marcha. De esta cita es interesante destacar dos cosas que después serán de utilidad. La primera es que las clases eran prácticas, colectivas y que se basaban en el fichero del maestro en el que se ha recogido información y que, desde estos primeros días del magisterio de Menéndez Pidal, aparece como la solución a dudas de los estudiantes o investigadores. Sobre cómo se realizaba este trabajo colectivo en los inicios del CEH son las palabras que siguen de la cita:

Y al día siguiente nos daba noticia de lo que había visto. Aquel nuevo sistema de enseñar y de aprender se completaba un día por semana, en que la clase se tenía en el naciente Centro de Estudios Históricos... En aquel curso, en torno a una mesa, en duras sillas iguales, nos sentábamos con don Ramón a escuchar trozos de la *Gramática histórica* de Hansen que iba

traduciendo de viva voz nuestro ilustre compañero, hoy distante, Tomás Navarro Tomás, y comentaba la lectura, tanto como el maestro, alumnos de años precedentes: Américo Castro, Federico Ruíz Morcuende, Justo Gómez Ocerín... a veces, nosotros mismos<sup>17</sup>.

Varios testimonios de estos métodos de enseñar y de aprender podremos verlos más adelante. Lo que es interesante ahora es que se trata de una práctica novedosa en el ámbito español en la cual el aprendizaje se lograba mediante el ejercicio colectivo y gracias a la cercanía entre maestro y alumnos.

Menéndez Pidal insistirá en infundir entre los discípulos los valores éticos con el fin de que las obras en que colaboraban fueran útiles para la comunidad. Este aspecto, además de la importancia en la transmisión del conocimiento, era fundamental para poder realizar los trabajos en equipo que se hacían en el Centro desde el punto de vista práctico: se tenía que confiar plenamente en la labor realizada por cada uno de los miembros del CEH que participaba en una investigación colectiva. Investigar en grupo requería de esa confianza en los datos aportados por el otro, algo que también requería que la información fuera recogida siguiendo un método común. Las papele-

---

<sup>17</sup> “Sobre el estilo de Menéndez Pidal”, *Boletín de la Real Academia Española*, Madrid, 49 (1969), p. 399.



tas que consignaban los hallazgos en el campo estaban organizadas de acuerdo con un código que cualquiera del grupo podía interpretar. Diego Catalán recuerda este trabajo en grupo que para nuestro trabajo es importante destacar. Se refiere a un modo de investigar particular y propio, al que llama “métodos de investigación pidalianos”. Catalán considera que Menéndez Pidal:

...invirtió enorme esfuerzo y no menos valioso tiempo en la creación y dirección de verdaderos “laboratorios humanísticos”, de centros de trabajo en que jóvenes investigadores pudieran adquirir los conocimientos teóricos y prácticos necesarios para el cultivo de una ciencia humanística a través de un diario laborar en común con maestros ya formados y en que esa docencia quedase perfectamente integrada en el quehacer investigador de esos maestros<sup>18</sup>.

Estamos ante la creación de una verdadera escuela que, como queda dicho, estableció que los discípulos adquirieran los conocimientos teóricos y los métodos de trabajo de manera colectiva. Se aprendían los fundamentos teóricos de la filología, pero también la parte “práctica” de la ciencia: la manera en que se llevaba a cabo una investigación.

---

<sup>18</sup> DIEGO CATALÁN, “El modelo de investigación pidaliano cara al mañana”, en *¡Alça la voz, pregonero!*, p. 117.

Rafael Lapesa, precisa la forma en que se trabajaba:

En el Centro se trabajaba en equipo: de una parte por continua consulta con el Director y la constante comunicación de unos colaboradores con otros; de otra, por la distribución de parcelas individuales dentro de empresas más amplias; finalmente, por la intervención en trabajos colectivos<sup>19</sup>.

Rafael Lapesa dice que al terminar la licenciatura, Américo Castro, quien había sido su maestro de Historia del español, le ofreció entrar como becario en la Sección de Filología. Su labor consistiría en elaborar un glosario del español primitivo, en el que se habían de registrar los vocablos romances encontrados en documentos notariales del siglo IX al XII. Esta investigación sería la segunda parte de los *Orígenes del español* y el director inmediato de Lapesa sería, nada menos, Ramón Menéndez Pidal. Una vez que aceptó el puesto y, “siguiendo las instrucciones de don Américo”, dice que se dedicó “a leer en el Archivo Histórico Nacional documentos en letra visigótica, a empaparme bien del contenido y método de los *Orígenes*... así como de la tarea futura”. Esto

---

<sup>19</sup> RAFAEL LAPESA, “Menéndez Pidal, creador de escuela: el Centro de Estudios Históricos”, en *¡Alça la voz, pregonero!*, p. 50.

en lo que comenzaba a trabajar con don Ramón. En un párrafo explica su tarea en el proyecto:

El inexperto aprendiz que yo era debía incorporar nuevos materiales al corpus reunido previamente... señalar la etimología de cada palabra y el significado de ésta; si tenía varias acepciones, definir cada una, distribuir los correspondientes ejemplos, y ordenarlas según su cronología y semántica<sup>20</sup>.

Esto lo tenía que hacer el joven aprendiz con datos obtenidos de documentos no siempre sencillos de interpretar:

Todos ellos sobre textos pertenecientes a un mundo lejano, cuya vida material, costumbres e instituciones reflejaban valiéndose de un latín deformado, con voces romances inusitadas más tarde, con multitud de arabismos extraños, y pródigos, unas y otros en variantes, tanto fonéticas como gráficas.

Dice que cuando llegaba con una duda, don Ramón “A menudo las resolvía aportando datos de sus ricos ficheros”. Cuando se trataba de una publicación, podían pasar dos cosas: en caso de que se le solicitara algún trabajo para un homenaje, “plaga que ya entonces existía”, dice:

---

<sup>20</sup> RAFAEL LAPESA, “Cómo enseñaba a trabajar don Ramón: sus obras y materiales inéditos”, *Boletín de la Real Academia Española*, Madrid, 68 (1988), p. 399.

En tales casos solía encargarme el borrador que después él corregía y ampliaba en contenido y alcance; pero otras veces hizo que la redacción final, muy mejorada con datos o ideas suyos, se publicara con mi nombre<sup>21</sup>.

Es decir, una vez realizada la investigación, la firma del autor podía pasar a un segundo término. Es algo que tal vez se pueda hacer en una escuela con características peculiares. El hecho mismo de poder trabajar un tema entre dos o más personas requería de un método que compartieran todos. Por eso Lapesa insiste: “fue una lección continua de exigente rigor”, sólo de esa forma se podía trabajar en equipo. Proporciona un testimonio de esto. Dice que al redactar el prólogo de la *Crestomatía*, no estaba en el país Menéndez Pidal, sin embargo, él pudo concluir el proyecto:

Lo compuse ya sin posible consulta con don Ramón, pero aprovechando notas tuyas que me había dejado meses atrás. Eran notas sueltas, apuntes inconexos al parecer; pero en ellas, como en las conclusiones de *Orígenes del español*, se ponía de manifiesto la asombrosa capacidad de relacionar los hechos lingüísticos unos con otros hasta descubrir las causas profundas a que obedecen...<sup>22</sup>

---

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 400.

<sup>22</sup> *Id.*

Las causas profundas de los hechos lingüísticos se desprendían de los mismos datos recogidos en las fichas; esa fue una de las grandes aportaciones de Menéndez Pidal: la capacidad para establecer relaciones entre datos aparentemente inconexos; explicar hechos literarios a partir del estudio de documentos notariales de la Edad Media, o al revés, iluminar procesos históricos del lenguaje a partir de datos obtenidos de textos literarios. Continúa Lapesa:

Aquellas notas aparentemente sueltas, pero con referencias de unas a otras, con epígrafes que subrayaban la significación de cada hecho registrado; factuales, sin doctrina explícita, pero elocuentes en su entramado, me enseñaron a ver como entidad orgánica e histórica el recién nacido castellano del siglo XII<sup>23</sup>.

Esto era posible gracias a la idea que tenía Menéndez Pidal tanto de la realidad como del método de investigación que se debía emplear para recoger y analizar los datos encontrados durante la investigación. Para sus estudios eran importantes los datos, pero considerados en su contexto social e histórico. Menéndez Pidal a sus intereses literarios sumó el conocimiento lingüístico y el histórico para hacer obras filológicas. En esto, en realidad, fue innovador; fue el primer español en ofrecer

---

<sup>23</sup> *Ibid.*, pp. 400-401.

estudios con esta visión de la lengua y de la literatura. Lapesa lo explica así, refiriéndose a las notas de don Ramón de que hablaba:

...implicaban una concepción del lenguaje en que cada cambio, producto de su actividad creadora, era inseparable de las circunstancias concretas históricas y sociales en que se produjo<sup>24</sup>.

De esta forma se hicieron los siguientes trabajos: *Documentos lingüísticos de España*, un proyecto de labor conjunta de todo el equipo en el que se reunió una enorme cantidad de textos notariales de la Edad Media “rigurosamente transcritos, que por contener suficientes datos respecto a localización y fecha, son testimonio inigualable para conocer la geografía y la historia de los romances hablados en el centro de España”<sup>25</sup>. También tarea colectiva, recuerda Lapesa, fue “la formación de un nutrido fichero con vistas a un vocabulario del español medieval. Se llegaron a reunir unas 400.000 cédulas de textos literarios, históricos, jurídicos, notariales y técnicos, aparte de no pocas referencias a arcaísmos dialectales...”<sup>26</sup>. Estas obras, y otras como una *Crestomatía*, sólo se po-

---

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 401.

<sup>25</sup> RAFAEL LAPESA, “Menéndez Pidal, creador de escuela: el Centro de Estudios Históricos”, en *¡Alça la voz, pregonero!*, p. 51.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 52.

drían haber logrado con la participación de un grupo de discípulos perfectamente preparados en la labor filológica.

Aunque era mucho el trabajo que se hacía en equipo, esto, según uno de los discípulos, no impedía que cada investigador tuviera sus preferencias. La escuela estaba más centrada en cuestiones de método que en imponer preferencias temáticas. Rafael Lapesa comenta:

El magisterio de don Ramón no constreñía la personalidad de sus discípulos ni desviaba sus respectivas preferencias. Tampoco imponía opiniones: escuchaba con afabilidad y corregía con paciencia. No regateaba su ayuda: enriquecía con datos e ideas los trabajos primerizos del neófito<sup>27</sup>.

Esta forma de trabajo muy pronto comenzó a dar frutos en la investigación. Así, en la *Memoria* de la Junta para los años 1910-1911, se habla de que la Sección Filología del CEH está produciendo obras importantes. Por ejemplo, dice el documento que en esos dos años “En total se recogieron unos 700 diplomas de interés lingüístico, copiados según las exigencias de la filología, los cuales se publicarán en dos volúmenes, que ya están en curso de impresión”; pero a la par de estos trabajos se producían otros. La *Memoria* que nos ocupa ofrece una

---

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 49.

relación de las publicaciones para ese bienio del grupo de trabajo de Menéndez Pidal:

Respecto á las publicaciones de esta Sección se halla muy adelantada la de los *Documentos lingüísticos*.

Los Sres. Menéndez Pidal, Gómez Ocerín y Castro trabajan en una *Colección de comedias inéditas* del teatro antiguo. Está en prensa el tomo I, que contiene: *La Serrana de la Vera*, de Vélez de Guevara, y *La comedia de la Zarzuela*, del Licenciado Reyes Mejía de la Cerda.

El Sr. Navarro publica una colección especial de *Documentos del Alto Aragón*.

Los Sres. Onís y Castro publican una colección de *Fueros leoneses*, de la que ya están impresos los Fueros de Zamora y de Salamanca, á los cuales seguirán los de Ledesma, Alba de Tormes y otros.

D. Mariano Arigita publica el *Cartulario del Rey Felipe III* de Francia, ya casi terminado.

D. Eduardo Josué tiene también casi acabada la impresión del *Cartulario de la Abadía de Santillana del Mar*. La Srta. Paula Blanchard imprime una nueva edición de las *Guerras civiles de Granada*, de Pérez de Hita.

D. Julián Paz publicará varios *Catálogos de Simancas*.

D. Pedro González Magro tiene en preparación un estudio geográfico, civil y eclesiástico de España en el siglo XIV.

Los Sres. Navarro y Solalinde preparan la edición de la *Grande e general Estoria* de Alfonso X, en vista de los diversos códices que se guardan en las Bibliotecas españolas y extranjeras<sup>28</sup>.

Para trabajar con textos tan complicados como los que aparecen en esta lista era necesario que los

---

<sup>28</sup> *Memoria correspondiente a los años 1910 y 1911*, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Madrid, 1912, p. 141.



miembros del CEH contaran con una excelente preparación en el manejo de los instrumentos de edición. Y como se desprende de esta lista, la labor de publicar los resultados de las investigaciones o de textos filológicamente editados, fue muy importante para el Centro.

Además, Menéndez Pidal y su equipo se dan a la tarea de “depurar” los textos antiguos para que puedan ser testimonio de la lengua y de la literatura de la época en que fueron escritos. Dámaso Alonso explica así esta labor:

La búsqueda exactitud de los textos lleva a los investigadores a ordenar la sucesión de los diferentes manuscritos de un mismo texto y a trepar por ellos por esa escañá de manuscritos, seguros los investigadores de llegar al original primero, tal como salió de las manos del autor.

Esta técnica, difícil sin duda, es la que obliga al filólogo a realizar una labor ardua que requiere un método preciso. Sobre las características que debía tener un investigador, dice Alonso:

...rigor, precisión, análisis pormenorizado, inducción sobre sólidos y múltiples puntos; inducción modesta, prescindiendo de llegar a grandes alturas, es decir apartamiento de grandes y locas teorías<sup>29</sup>.

---

<sup>29</sup> DÁMASO ALONSO, “Pluralidad y unidad temáticas en la obra de Menéndez Pidal”, p. 19.

Para Menéndez Pidal la lengua y la literatura son sólo diferentes aspectos de un mismo objeto: el lenguaje. Y la perspectiva desde la que ha de acercarse el investigador debe ser histórica. Una visión de la realidad, y de los textos, que sin duda requiere de un excepcional manejo de datos a la hora de hacer la investigación, no sólo por la cantidad de aspectos que se deben considerar en el hecho lingüístico y que deben documentarse, sino por la importancia que cada dato recogido tiene para la configuración de una teoría filológica que intentaba demostrar que el lenguaje es fiel reflejo de la cultura y de la civilización de un pueblo y que mediante el análisis de esos testimonios se puede llegar a conocer la civilización que lo produjo.

Es decir, para esta escuela la labor de editar un texto antiguo era una tarea de mucha responsabilidad, debido a que, además, de ella se nutrían otras ciencias, como la historia y la lingüística histórica y es, en muchas ocasiones, el único testimonio de que se dispone para conocer el estado de la lengua en un momento determinado.

Con la gran actividad que supone el número de obras producidas, muy pronto, el CEH alcanzó su madurez como escuela de filología y surgió entonces la necesidad de establecer canales más eficaces para la publicación de las investigaciones que

se estaban realizando. Se hacía necesaria una publicación periódica que lograra difundir los resultados dentro y fuera de España. Sobre esta necesidad contamos con el testimonio de primera mano de Tomás Navarro, Secretario del Centro, quien habla de cómo se planteó esta idea:

...surgió en el Centro la idea de publicar una revista que diera muestra del trabajo de sus secciones y sirviera para establecer intercambio con otras revistas. Tal publicación llevaría el título de *Cuadernos de Trabajo del Centro de Estudios Históricos*, su aparición no se sujetaría a plazos fijos, y reuniría colaboración de todas las secciones. A principios de 1914 el primer cuaderno estaba preparado con dos extensos estudios: el de Menéndez Pidal sobre el debate de *Elena y María* y el de don Miguel Asín sobre *La disputa del asno*, de Turmeda<sup>30</sup>.

Hay varios aspectos interesantes en estas palabras de uno de los filólogos que acompañó a Menéndez Pidal desde la fundación del CEH. Lo primero es la idea de que la publicación serviría para hacer intercambio con instituciones en el extranjero, es decir para obtener las publicaciones recientes, con el fin de mantener actualizada la biblioteca del Centro y contar con información novedosa tanto de libros como de revistas. La otra cuestión interesante es que se pensaba abrir las puertas de

---

<sup>30</sup> T. NAVARRO, "Don Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos", *Anuario de Letras*, México, 7 (1968-69), p. 13.

los *Cuadernos* a todas las secciones del Centro, que según la *Memoria* de la Junta del año 1914 eran diez<sup>31</sup>. Como los estudios que se hacían en el Centro de Estudios Históricos abarcaban disciplinas muy diversas, sería difícil encontrar instituciones que se interesaran en intercambiar sus publicaciones con una que no tuviera una especialidad determinada. Así que había que pensar en otra solución. Sin duda en esta decisión pesó el hecho que la sección de Filología era la que producía más material para la imprenta.

En ese entonces, Navarro Tomás se encontraba en Alemania estudiando fonética, que era su especialidad. Y sobre el tema que estamos tratando nos cuenta:

Por correspondencia con don Ramón, advertí que el proyecto de los *Cuadernos* no llenaba enteramente sus propósitos. Su deseo hubiera sido una revista de publicación regular y de carácter propiamente filológico.

Si Menéndez Pidal había pensado en una revista filológica, Tomás Navarro se encontraba en Alemania, país que, junto con Francia e Italia, contaba con la mejor tradición en estudios filológicos del mundo, y desde luego, también en cuanto a publi-

---

<sup>31</sup> *Memoria correspondiente a los años 1914 y 1915*, JAE, Madrid, 1916, p. 161.

caciones académicas de alto nivel. Y continúa diciendo Navarro:

Por su indicación, cuando me hallaba trabajando en el Phonetisches Laboratorium de Hamburgo, me puse en contacto con la oficina editorial de la *Revue de Dialectologie Romane*, establecida en el Vorlesungsgebäude de aquella ciudad. Recibí generosa información del doctor Fritz Krüger, joven hispanista entonces y hoy prestigiosa autoridad en lingüística española. Me hice además con un ejemplar de la *Zeitschrift für Französische Litteratur*, superior a las demás revistas de aquel tiempo por la organización de sus secciones y por su presentación tipográfica<sup>32</sup>.

Estas palabras nos muestran que el deseo de Ramón Menéndez Pidal era fundar una revista que se insertara en la tradición de la filológica europea en materia de publicaciones. Era, sin duda, una forma de incorporar a España en la tradición del Viejo Continente.

Cuando Navarro regresó a España ese mismo año de 1914, se concretó la idea de fundar la *Revista de Filología Española*.

Así que en el Centro se pusieron a trabajar para que la nueva publicación, que tendría una periodicidad trimestral, apareciera de inmediato. Y el primer cuaderno del tomo 1 lleva fecha de enero-marzo de 1914. En él aparecen los dos trabajos

---

<sup>32</sup> T. NAVARRO, "Don Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos", p. 13.

que se habían pensado para los *Cuadernos*, el de Ramón Menéndez Pidal y el de Miguel Asín, que abre la publicación. Una sección de Reseñas, una Bibliografía y al final una sección de Noticias. Con esto se completaron las 148 páginas del primer fascículo.

Desde el inicio, el trabajo que se hacía para la revista fue colectivo, como la mayoría de los proyectos del Centro de Estudios Históricos. Tomás Navarro dice que cuando se concretó la idea de fundar la *Revista de Filología Española*, “se procedió con urgencia a la redacción de las reseñas de libros y de la bibliografía metódica que habían de acompañar a aquellos estudios”<sup>33</sup>, refiriéndose a los dos artículos que ya tenían de Menéndez Pidal y de Asín.

Así que la urgencia de sostener una revista trimestral vino a reforzar el trabajo en el Centro, ya que se convirtió en una responsabilidad compartida, aunque Tomás Navarro Tomás recordó que la *RFE* fue un proyecto al que Menéndez Pidal le ponía especial atención:

El apremio de los cuadernos trimestrales de la Revista fue un activo elemento de cohesión entre los miembros de la sección de Filología. Daba ejemplo el maestro con su asidua colaboración... En todo momento la

---

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 14.

Revista fue empresa que don Ramón atendió con cariño, interés y esfuerzo<sup>34</sup>.

En un escrito, titulado “Menéndez Pidal, creador de escuela: el Centro de Estudios Históricos”<sup>35</sup>, además de reflexiones similares a las que acabamos de ver, recuerda algunos aspectos que tienen que ver con el trabajo para la *Revista de Filología Española*, que sin duda son de interés para nosotros:

cada uno de sus números traía una sorpresa, debida muchas veces a aportaciones del Director: poemas desconocidos del siglo XIII, como Elena y María (1914) y Roncesvalles (1917); artículos donde no sólo puntualizaba y ampliaba el conocimiento de problemas lingüísticos o literarios concretos, sino que, apoyándose en la nueva información suministrada, formulaba teorías renovadoras y de gran trascendencia...<sup>36</sup>

La *Revista de Filología Española* no sólo era el órgano para publicar el resultado de las investigaciones, sino que también era el instrumento para la formación teórica de los lectores que pronto se congregaron en torno suyo, incluyendo a los filólogos en formación en el mismo Centro.

---

<sup>34</sup> *Id.*

<sup>35</sup> Publicado también en *¡Alzá la voz, pregonero!*, pp. 43-79.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 47.

En tanto órgano de difusión de una escuela, los alumnos también tuvieron mucho que ver en la buena fama que pronto consiguió la revista, ya que su participación, además de actividades como la corrección de galeras, en la que colaboraban todos, en especial los más jóvenes, consistía en elaborar reseñas de libros y de revistas y de hacer fichas para formar la sección bibliográfica que aparecía al final de cada fascículo. Los alumnos con más experiencia escribían notas y artículos. Lapesa recuerda esa participación en los primeros números:

Acompañando a don Ramón hacían sus primeras armas en la Revista los discípulos de la promoción más antigua, convertidos ya en doctos colaboradores...

Y recuerda el trabajo de Américo Castro, “Disputa entre un cristiano y un judío”, inédito del siglo XIII publicado en 1914. De Solalinde recuerda que ahí inició los trabajos sobre el Rey Sabio, de quien luego publicó una edición imprescindible hasta hoy, con un artículo fundamental: “Intervención de Alfonso X en la redacción de sus obras” (1915). Federico de Onís publicó ese mismo año: “La transmisión de la obra literaria de fray Luis de León”; García Diego colaboró con “Dialectalismos” (1916), “Etimologías” (1920) y “Cruces de sinónimos” (1922). Por su importancia



y cantidad destacan los trabajos de Tomás Navarro sobre la fonética y que aparecieron de manera constante durante los años que la revista se publicó en Madrid antes de la Guerra.

Aparte de la *Revista*, el Centro seguía realizando otras investigaciones y continuaba con la tarea de preparar a los nuevos filólogos. Hacia 1916 ingresó otro grupo de jóvenes que serían fundamentales para los estudios filológicos en español del siglo XX. Entre los estudiantes de este grupo destacarán personajes como Amado Alonso, Samuel Gili Gaya, Dámaso Alonso y Rafael Lapesa.

También para la formación científica de esta nueva generación la labor en la *Revista* fue fundamental, pues como constata Navarro Tomás:

Su primer campo de entrenamiento fue la participación en los cursos para extranjeros y en las tareas de la *Revista*, empezando por las reseñas de los libros y la formación de la bibliografía trimestral<sup>37</sup>.

La *Revista* se vuelve así una especie de laboratorio para que los jóvenes investigadores enfrenten la responsabilidad de publicar el resultado de su trabajo y de cuidar la publicación del trabajo de otros. Es interesante que esas primeras actividades sean de reseñas y de recolección de información bibliográfica para la sección de Bibliografía,

---

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 18.

que aunque ahora suelen parecer labores menores, para ellos representaba la posibilidad de aprender de manera directa la clave de la investigación científica: el manejo de la información documental.

Alfonso Reyes, en una carta a Julio Torri fechada en noviembre de 1916 nos deja ver algunos aspectos interesantes de la forma de trabajar en el CEH, y nos permite referirnos a ella como “escuela”, en tanto que él la compara con la mexicana Escuela de Altos Estudios, que luego sería la Facultad de Filosofía y Letras:

Yo trabajo en la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos, al lado de don Ramón; especie de Escuela de Altos Estudios, pero donde no se dan ni se reciben clases... sino que se hace trabajo de investigación.

Y dice algo que me parece interesante porque habla de que, aparte del Director, no había adentro del grupo, distinción de jerarquías:

Después del director, estamos en la misma categoría, Navarro Tomás el fonetista (que, además, es secretario del Centro), Américo Castro el lingüista, Federico de Onís el historiador literario inédito casi... Antonio G. Solalinde de medievalista, y yo el *drôle de type*<sup>38</sup>.

---

<sup>38</sup> Carta publicada en *Alfonso Reyes. Cartas mexicanas (1905-1959)*. Sel. de Adolfo Castañón, El Colegio de México, México, 2009, pp. 102-103.

Este hecho me parece importante porque muestra que, si bien en el grupo había estudiosos con más experiencia que otros (y una obra mayor) como Tomás Navarro o Américo Castro, Alfonso Reyes sentía que había un ambiente de igualdad, lo que fue fundamental para ese grupo, porque sólo de esa forma se podía opinar sobre el trabajo de los demás y sólo así se podía adquirir el conocimiento de manera colectiva.

La *Revista de Filología Española* fue un éxito desde sus primeros números, tanto al interior, como laboratorio para la formación de investigadores, como al exterior, por la cantidad de suscriptores y relación con otros institutos con quienes estableció intercambio. Leoncio López-Ocón la considera uno de los elementos fundamentales en la consolidación de una verdadera escuela filológica española:

Otro hecho definitivo en la consolidación y crecimiento de la Escuela fue el prestigio que adquirió en los medios académicos del hispanismo internacional el principal órgano de expresión del Centro de Estudios Históricos, cual fue la *Revista de Filología Española*.

En su opinión, un gran acierto fue insertarla en la tradición de la filología europea; esto debido a que fue diseñada conforme “a los patrones académicos de las principales publicaciones filológicas de

la época”. Así que, continúa este estudioso: “gracias a la calidad de la *RFE* en particular, y de las publicaciones del CEH en general, esta institución se convirtió en un nudo de comunicaciones científicas de la Filología hispánica”<sup>39</sup>.

Karl Vossler hizo un análisis de este grupo y destacó la originalidad de la escuela en algunos aspectos que nos interesan, como la teoría y el método que caracterizó en trabajo de los filólogos del Centro:

Pertenecer a la escuela de Menéndez Pidal no sólo constituye un título de honor y una garantía de seriedad científica, sino que al mismo tiempo implica una orientación teórica y metodológica móvil y viva... en la que toda ideología nueva se absorbe y fructifica sin desvirtuarse y sin desvirtuar la base en la que se inerta<sup>40</sup>.

La *Revista de Filología Española* se convirtió en la actividad fundamental del Centro. Así, por

---

<sup>39</sup> LEONCIO LÓPEZ-OCÓN CABRERA, “El cultivo de las Ciencias Humanas en el Centro de Estudios Históricos de la JAE”, *Revista Complutense de Educación*, Madrid, 18 (2007), núm. 1, p. 65.

<sup>40</sup> FRANCISCO ABAD, “La obra filológica del Centro de Estudios Históricos”, en *1907-1987: La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después. Simposio Internacional. Madrid, 15-17 de diciembre de 1987*, coord. J. M. Sánchez Ron, t. 2, p. 508.

ejemplo, la *Memoria* del JAE para los años 1918-1919, dice de la Revista:

-Se ha publicado en cuadernos trimestrales el tomo V correspondiente al año 1918, con 440 páginas, y los cuadernos correspondientes a los tres primeros trimestres del año 1919, tomo VI. Los artículos aparecidos han sido diez y nueve, cuyo detalle puede verse en el § 12.

-En la sección de Miscelánea se han publicado veintitrés comunicaciones y notas, indicadas también al final de esta reseña.

-Se han hecho reseñas bibliográficas de ciento cincuenta y seis obras, habiéndose procurado, especialmente en esta Sección, recoger todo lo más importante de lo publicado con motivo del tercer centenario de la muerte de Cervantes; se han publicado cerca de dos mil noticias bibliográficas en la Sección correspondiente.

-El número de Revistas recibidas por cambio con la nuestra ha sido ciento veinticinco.

-En el último cuaderno publicado se ha abierto una Sección de "Análisis de Revistas", en la cual, como complemento a la Sección de reseñas de libros, se irá dando cuenta de los artículos que aparezcan referentes a filología española en las revistas que lleguen a nuestro poder<sup>41</sup>.

Como se ve en este informe, redactado seguramente por Ramón Menéndez Pidal, la revista ha ido ampliando sus secciones: aparecen ahora la de "Miscelánea" y la de "Análisis de Revistas". Su campo de acción también ha crecido, pues han

---

<sup>41</sup> *Memoria correspondiente a los años 1918 y 1919*, JAE, Madrid, 1920, p. 119.

logrado establecer intercambio, nada menos que con 125 publicaciones, con las cuales además se nutre una sección de Bibliografía formada por unas dos mil fichas. Sin duda para llevar a cabo una labor de tal magnitud se necesitaba de un equipo importante.

Así, a cinco años de fundada, la *Revista de Filología Española* había logrado tener presencia en más de un centenar de instituciones con las que mantenía intercambio. Sin duda, ese número nos habla de que la labor científica del CEH estaba siendo aceptada por una comunidad más allá de España.

Aunque la *Revista de Filología Española* tuvo mucho éxito tanto en lo editorial como en lo académico, después de casi un cuarto de siglo de intensa labor, en 1936, al estallar la Guerra Civil española, las cosas en el Centro de Estudios Históricos cambiaron. En septiembre de ese año se invalidan las pensiones en el extranjero. Los integrantes del CEH tuvieron que dejar la capital española y al inicio del conflicto trataron de continuar su labor en Valencia.

En Valencia se encontraban Navarro Tomás, Dámaso Alonso, Emilio Alarcos y algunos otros, que se negaban a abandonar el proyecto editorial más importante de su tiempo en España. Incluso Navarro manifiesta cierto optimismo sobre la posi-

bilidad de continuar en esa ciudad con algunas labores del grupo. Desde ahí se mandó a la imprenta un número de la Revista. El 21 de enero de 1937, Tomás Navarro le escribió a Ramón Méndez Pidal sobre el Centro y la Revista:

Hemos salvado el cuaderno de la *Revista de Filología Española* que había quedado en la encuadernación de la Imprenta Hernando. Vamos a hacer su reparto estos días. Además estamos preparando otro cuaderno que se va a componer de muchos elementos, nos esforzamos en mantener la continuidad de la revista. La normalidad en Valencia es completa y se podría trabajar si tuviéramos aquí los materiales del Centro<sup>42</sup>.

Estas palabras de Tomás Navarro son reveladoras porque muestran que aún durante la guerra, para ellos era muy importante seguir publicando la Revista por lo que había llegado a significar. Sin embargo, conforme avanzaba el conflicto, el enemigo dejaba cada vez menos espacios a la República. Hasta que viene la derrota final. Al término de la guerra, la Junta Nacional disolvió la Junta para Ampliación mediante decreto de mayo de 1938.

---

<sup>42</sup> Citado por MARIO PEDRAZUELA FUENTES, “El Centro de Estudios Históricos durante la Guerra y su conversión en Consejo Superior de Investigaciones Científicas”, ponencia presentada en el *Congreso La Guerra Civil Española 1936-1939*, 2006, publicado en [dialnet.unirioja.es](http://dialnet.unirioja.es), p. 5, nota. [acceso sept. 2011].

Era el final del Centro de Estudios Históricos de Madrid.

Amado Alonso, quien se encontraba en Argentina dirigiendo un Instituto de Filología, fundado con ayuda del Centro de Estudios Históricos, le escribe a Menéndez Pidal una carta el 8 de marzo de 1939 en la que muestra su preocupación por el destino de los compañeros y por el proyecto común, que era la Revista:

La guerra se acaba, quizá ya esté acabada cuando usted reciba esta carta. ¿Qué será de Navarro Tomás? Si no consigue salir lo llevarán a un campo de concentración o lo fusilarán. Dámaso podrá quedar tranquilo. No sé de Iglesias, Lapesa y demás jóvenes. Pero Américo, Montesinos, Onís, Salinas y yo, no podremos nunca más ni volver a España ni escribir para ella. (¿Qué será de Gili Gaya?) ¡Qué cataclismo! La *RFE*, como todo lo de la Junta, que cuenta con el odio explícito de los vencedores (¡Pedro Sainz Rodríguez!) no podrá seguir publicándose. Primero porque la prohibirán, y segundo, porque si no la prohíben nos prohibirán a los que la podríamos seguir haciendo<sup>43</sup>.

Es interesante constatar en esta carta la idea de que la Revista era parte importante de la ciencia filológica del grupo, así que si no la publican ellos, desaparecería. Efectivamente.

La escuela de Madrid terminó. La Junta también y su labor fue continuada, con otra orienta-

---

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 6.



ción, por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Actualmente la *Revista de Filología Española* sigue publicándose con una excelente calidad, pero, desde luego, ha tenido que pasar por varias etapas:

De 1937 a 1948 la *RFE* no alcanzó el grado técnico y riguroso del período de preguerra. Entre 1937 y 1941 la *RFE* se edita sin nombre de responsable, y, a partir de 1943, don Vicente García de Diego se hizo cargo de la dirección y la revista mantuvo una buena parte de su sentido anterior, aunque dando cabida ya a los investigadores de la posguerra<sup>44</sup>.

La *Revista de Filología Española* es la más antigua en su especialidad en español y sin duda sigue siendo una de las mejores a nivel mundial, pero luego de la desintegración del Centro de Estudios Históricos, la forma de trabajar para su elaboración dejó de ser la misma.

---

<sup>44</sup> MANUEL ALVAR y PILAR GARCÍA MOUTON, “*Revista de Filología Española*”, *Romanische Forschungen*, Frankfurt/M., 100 (1988), p. 201.

EL INSTITUTO DE FILOLOGÍA DE BUENOS AIRES  
Y LA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

Desde sus inicios, la Junta para Ampliación de Estudios tuvo la misión de establecer relaciones científicas con otros países, en especial con los de “la América española”, en tanto que compartían con España una misma lengua. Una Real orden del 16 de abril de 1920, establecía las siguientes tareas para la Junta:

1º reservar un número de plazas a estudiantes americanos en los centros de estudio e investigación en los Institutos de educación que dirigiera en España y en las escuelas españolas que fundase en el extranjero; 2º dar facilidades a esos estudiantes para aprovechar las Instituciones de patronato que la Junta organizase para los españoles en el extranjero y el servicio de información; 3º enviar pensionados a América “para hacer estudios”, y delegados encargados de la propaganda y la información, y el establecimiento de relaciones entre los jóvenes y el profesorado de aquellos países con los del nuestro; 4º establecer intercambio de profesores y alumnos; 5º favorecer “en España la publicación de obras científicas sobre América (instituciones sociales y políticas, derecho, historia, fauna, flora..., arte, industria y comercio, etc.), especialmente como resultado de los estudios de los pensionados”; 6º fomentar el cambio de las publicaciones de la Junta con las de entidades científicas americanas...<sup>45</sup>

---

<sup>45</sup> PILAR GARCÍA MOUTON, “La vocación americanista de la Escuela de Filología Española”, *Revista de Indias*, Madrid, 2007, núm. 239, p. 164.

Era de capital importancia para la España de antes de la Guerra expandir su influencia y compartir el conocimiento con los demás países hispanohablantes:

...a principios de siglo está presente en diversos sectores de la intelectualidad española, la necesidad de acercamiento a América, la necesidad de impedir que siguiese avanzando en el Nuevo Continente la influencia que los países más adelantados y emprendedores habían comenzado a ejercer tras el vacío dejado por España<sup>46</sup>.

Desde 1908 España había enviado a América a Rafael Altamira con el fin de establecer relaciones con algunas universidades y centros científicos hispanoamericanos. La Junta envió a estudiantes a varios países y posteriormente a maestros. Pronto comenzaron a fundarse institutos a partir de esas relaciones binacionales. Primero fue la Institución Cultural Española en Buenos Aires y la Institución Cultural Española en Uruguay. A estas le seguirían otras: en Puerto Rico, en Santo Domingo, el Instituto hispano-mexicano de intercambio universitario en nuestro país y otro en La Habana.

---

<sup>46</sup> JUSTO FORMENTÍN IBÁÑEZ y MARÍA JOSÉ VILLEGAS SANZ, *Relaciones culturales entre España y América: la Junta para Ampliación de Estudios (1907-1936)*, Mapfre, Madrid, 1992, p. 48.

De estos institutos nos interesa ahora el de Buenos Aires, pues aquel Centro cultural fundado en 1914 fue el germen para el nacimiento del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, proyecto iniciado en mayo de 1920, que fue planteado como un instituto dedicado a estudios de filología general, romance, americana e indígena. La dirección “recaería sobre un joven filólogo español, investigador y profesor”<sup>47</sup>. Menéndez Pidal fue nombrado director honorario, quien “asumió el compromiso de enviar todos los años a uno de sus discípulos para hacerse cargo de la dirección del nuevo centro de estudios”<sup>48</sup>. En 1923 llegó a Buenos Aires el primer director, uno de los colaboradores más cercanos de Menéndez Pidal, Américo Castro. A él siguieron en la dirección de este Instituto, considerado “verdadero trasunto americano de la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos de Madrid”<sup>49</sup>, Agustín Millares Carlo en 1924, y Manuel Montoliú al año siguiente, hasta que en 1927 arribó a Buenos Aires el joven Amado Alonso, quien llegaba luego de una modificación en el reglamento para que el

---

<sup>47</sup> *Ibid.*, p.142.

<sup>48</sup> ANA MARÍA BARRENECHEA y ÉLIDA LOIS, “El exilio y la investigación lingüística en la Argentina”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 1989, núms. 473/474, p. 81.

<sup>49</sup> P. GARCÍA MOUTON, art. cit., p. 171.

cargo de director de aquel Instituto bonaerense durara cuatro años y no uno.

El 15 de septiembre de 1927, el diario argentino *La Prensa* daba la noticia del arribo del filólogo español. Ese día, Alonso declaró al periodista que lo entrevistó al bajar del vapor que lo trajo de España, algunas de las ideas que tenía:

Nos declaró que se propone en primer término conseguir que se establezca un laboratorio elemental de fonética y luego tratar de levantar un mapa lingüístico del país... Otro que tiene en vista cumplir es la fundación de una "Revista de Dialectología Hispanoamericana" pues cree que Buenos Aires es el lugar más indicado para centralizar esa labor en la América española<sup>50</sup>.

Amado Alonso había estudiado en Hamburgo teorías fonéticas, así que quería establecer un laboratorio de fonética. Conocía la riqueza de dialectos del Continente y la necesidad de su estudio. De ahí su idea de fundar una revista que se dedicaría a esta disciplina. Esa revista terminó siendo la prestigiosa colección *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, que aunque publicó menos de diez tomos, aún hoy es fundamental para la historia de la lingüística americana. Por otro lado,

---

<sup>50</sup> Citada por ANA MARÍA BARRENECHEA, "Amado Alonso en el Instituto de Filología de La Argentina", *Cauce*, Sevilla, 1995-96, núms. 18/19, p. 97.

Alonso estaba modernizando la filología aprendida al lado de Menéndez Pidal, ya que se interesaba en las nuevas corrientes de la lingüística. Así que su labor en Buenos Aires tendrá esa dicotomía enriquecedora:

Alonso era heredero de la tradición humanística de la disciplina, pero, por su formación previa en la Universidad de Hamburgo, se había acercado a las corrientes más contemporáneas de la lingüística, como el estructuralismo y las teorías del lenguaje, la dialectología y la estilística moderna<sup>51</sup>.

Esto hacía muy atractiva la presencia de Alonso en Argentina para los lingüistas y estudiantes de Buenos Aires, pues además de ser uno de los representantes de la Escuela de Menéndez Pidal, para entonces estaba trabajando en áreas de la lingüística novedosas incluso en España. Es por eso que la labor que desarrolló en el Instituto de Filología de Buenos Aires fue valorada por Eugenio Coseriu de esta forma:

This Institute was at first the only center of importance and later (until 1946) the most important of all the philological and linguistic research centers in Ibero-América... but especially from 1927 to 1946, under the direction of Amado Alonso, it displayed an

---

<sup>51</sup> CLARA E. LIDA y FERNANDO LIDA GARCÍA, “Raimundo Lida, filólogo y humanista peregrino”, *Boletín Editorial*, El Colegio de México, marzo-abril de 2010, núm. 144, p. 19.

intensive and manifold activity, becoming one of the most important centers of the Hispanic world and even the foremost at the time when philological and linguistic activity decreased in Spain<sup>52</sup>.

Aunque Alonso estaba enseñando lingüística moderna y apoyando estudios dialectales novedosos, en el fondo, la forma de trabajar que implementó en Buenos Aires, en lo esencial, era la misma que aprendió de Menéndez Pidal. Rafael Lapesa, un testigo de ambos proyectos, dejó constancia de ellos en una entrevista:

El ambiente que se respira en el Instituto de Filología me hace recordar el que hace treinta años disfrutábamos en el Centro de Estudios Históricos de Madrid: interés común en la labor científica, para la que, cada cual en su medida, ponía auténtico afán y entusiasmo<sup>53</sup>.

Seguramente esta idea sobre la labor científica incluía la necesidad de publicaciones especializadas para difundir los trabajos y para sostener un instituto de estudios avanzados<sup>54</sup>; así que, como

---

<sup>52</sup> Cit. en ANA MARÍA BARRENECHEA y ÉLIDA LOIS, art. cit., p. 82.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 90.

<sup>54</sup> John M. Ziman, reconoce que “la investigación científica es una actividad social”, para él en la labor científica es fundamental esa idea de comunidad de que hablamos. En relación con las publicaciones, concluye que “El público al que van dirigidas las publicaciones científicas”

Menéndez Pidal, él también se esforzó por darle al Instituto bonaerense un prestigio internacional mediante la publicación de obras de autores importantes, la mayoría de los cuales fueron traducidos al español por él con la ayuda de un joven colaborador suyo, Raimundo Lida. La publicación (en editorial Losada) de obras destacadas de la lingüística contemporánea, como las que tradujo de Charles Bally, que incluía la publicación del fundamental *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure, nos hablan de ese convencimiento de que la labor científica sólo se puede llevar a cabo cuando existen canales para la difusión de las ideas.

Amado Alonso daba clases en la Universidad de Buenos Aires así que muy pronto comenzó a invitar a los alumnos destacados a unirse a los trabajos del Instituto, una práctica que se inició en el CEH de Madrid. Uno de los primeros alumnos y más cercano colaborador fue Raimundo Lida, un destacado filólogo, quien por su capacidad intelectual, pronto se distinguió entre los alumnos argentinos formados en el Instituto bonaerense.

---

cas no permanece pasivo”, y por ello, ese público “regula la sustancia de las noticias que recibe”; JOHN M. ZIMAN, *El conocimiento público. Un ensayo sobre la dimensión social de la ciencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, pp. 23-24.



Amado Alonso estuvo 19 años en Buenos Aires y, como su maestro Menéndez Pidal, pudo presumir de haber creado una escuela en torno suyo. En este equipo de los primeros años destacan nombres como los de Ángel Rosenblat, los hermanos Raimundo y María Rosa Lida, Marcos A. Morínigo, Enrique Anderson Imbert y más tarde, jóvenes como Ana María Barrenechea, Frida Weber, Daniel Devoto y Juan Bautista Avalle Arce, entre otros. Junto a ellos trabajaron algunos investigadores experimentados, como el dominicano Pedro Henríquez Ureña, quien coincidió con Alfonso Reyes en Madrid en los inicios del CEH.

En esta escuela era fundamental el trabajo en equipo no sólo para lograr una eficaz formación de los alumnos, sino por la idea de ciencia que inspiraba al director. En un discurso que Amado Alonso pronunció en 1943 con motivo de los actos conmemorativos del primer centenario de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile<sup>55</sup>, hizo una breve comparación entre el objeto de estudio de las ciencias físicas y el de las ciencias humanas y destacó lo provisional de los resultados de las investigaciones de ambas áreas

---

<sup>55</sup> El discurso le editó en su segunda edición VIDAL TORRES CABALLERO, como “Un discurso chileno de Amado Alonso”, *Cauce*, Sevilla, 2007, núm. 30, pp. 473-480, de donde cito.

del saber. Propuso una solución del eterno dilema de ciencias o letras, y sobre todo, lo que nos interesa, sobre el objeto último de la investigación. La investigación queda ahí explicada como un complejo proceso del que cada investigador es sólo una parte:

...los conocimientos científicos que hemos levantado después de resquebrajar o de reducir a escombros los cimientos anteriores, serán a su turno resquebrajados y finalmente demolidos para la erección de los futuros y mejores conocimientos.

El conocimiento es provisional, sí, pero mientras se avance en él, aunque sea poco a poco, al fin se llegará a metas superiores. Termina su discurso diciendo:

Adelante, y siempre animosamente; convencidos de que de nuestras conquistas algún día caducadas, nuestros sucesores han de sacar nuevas y luminosas conquistas. Adelante en nuestra infinita carrera de relevos, de verdad en verdad provisional, siempre a los alcances de la última e inalcanzable verdad<sup>56</sup>.

Esta forma de pensar es importante para nuestro trabajo, ya que deja ver lo que es para él la labor de investigar no sólo con el fin de aportar nuevos conocimientos, sino de, a la vez, dar cuenta de la labor de investigadores que abordaron

---

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 480.

antes el tema. En esta carrera todos son importantes pues supone la visión de la ciencia como un sucesión de ideas y de hallazgos. Peter Boyd-Bowman, discípulo de Alonso, recuerda que cuando comenzó su preparación filológica, con la colaboración en la redacción de la revista haciendo reseñas primero y luego artículos, le enseñó Alonso:

...a guardar un tono moderado, diplomático, aun cuando se trataba de criticar muy severamente alguna obra. No se debía impugnar jamás la competencia o la integridad personal de ningún autor. Esta práctica inviolable, aprendida seguramente del mismo don Ramón, la ilustra perfectamente su genial "Examen de la teoría indigenista de Rodolfo Lenz"<sup>57</sup>.

Se pueden atacar ideas, no personas. Boyd-Bowman explica esta actitud que tiene que ver con la formación del científico: "en el conocer, lo que importa es la cualidad científica del conocimiento, aparte si nos conduce a un sí o a un no". La investigación puede aportar resultados negativos, lo que es aceptable porque evita que otros investigadores anden por ese camino. La idea de la ciencia de Alonso muestra la importancia que tiene para él la investigación, en tanto acercamiento a las ideas anteriores, pero también es fundamental la

---

<sup>57</sup> Este episodio lo recuerda PETER M. BOYD-BOWMAN, en "Amado Alonso: un homenaje tardío", *Cauce*, Sevilla, 1995-96, núms. 18/19, p. 108.

publicación de los resultados de las nuevas investigaciones. La “carrera de relevos” sólo se entiende como una serie de conocimientos compartidos. Y para la formación del grupo era importante contar con ese instrumento; la publicación era parte de la ciencia filológica, así que fundar una Revista era fundamental en este sentido para la escuela bonaerense. Ángel Rosenblat, el primer alumno que Alonso tuvo en Buenos Aires recuerda unas palabras que seguramente escuchó de su maestro, en las que destaca un punto en que la labor de edición fue importante para su formación en la escuela madrileña:

En 1924 estaba... en el Centro de Estudios Históricos, trabajando con Don Ramón, que le encargó la revisión de las colaboraciones de la *Revista de Filología Española*, labor que siempre consideró importante en su formación, sobre todo en lo de sus hábitos de lectura<sup>58</sup>.

No deja de ser interesante que Alonso destaque este aspecto de la lectura. Es indudable que la lectura que se hace de un material que será publicado es muy diferente a la que se realiza cuando se lee para obtener información. Esta lectura, además de proporcionar conocimiento, fomenta el

---

<sup>58</sup> ÁNGEL ROSENBLAT, *La primera visión de América y otros estudios*, 2ª ed., Ministerio de Educación, Caracas, 1969, p. 214.

hábito de la lectura atenta por periodos de tiempo prolongados. Sin duda, lo que nos interesa es ver que Amado Alonso sabía que los trabajos editoriales que hizo para la *Revista de Filología Española*, fueron importantes para su formación como filólogo. Así que fundar una revista en Buenos Aires era para él de capital importancia.

#### LA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

Desde su llegada a Buenos Aires, Amado Alonso había manifestado su idea de fundar una revista como órgano del Instituto de Filología. Ya tenía logros importantes en el campo de la edición gracias a la publicación de obras importantes de la lingüística, así que cuando la *Revista de Filología Española* se encontró amenazada por el franquismo, él comenzó a hacer las gestiones para revivirla en Buenos Aires.

Amado Alonso le escribió a Ramón Menéndez Pidal una carta fechada el 8 de marzo de 1939 en la que da a conocer su intención de no dejar morir la revista madrileña:

Pienso, don Ramón, en que bien podría, objetivamente hablando, salvarse la *Revista de Filología Española*, publicándose fuera: Buenos Aires-Nueva York. Desde luego, nada de dar a su publicación ninguna significación antisituacional. Sólo seguir nuestra labor científi-

ca. Los de Onís harían la bibliografía, que desde aquí no podemos hacer con seguridad por falta de muchas revistas. Nosotros la costearíamos. Las colaboraciones las pediríamos unos y otros. Espero en mi alma que no sea (o fuere) ningún peligro para usted seguir siendo su director<sup>59</sup>.

En esta carta se ve la importancia que para ellos, como grupo, había llegado a tener la Revista. Los colaboradores están dispuestos a continuar el proyecto en tanto que significaba la posibilidad de “seguir nuestra labor científica”. Alonso no tiene intención de fundar otra revista, sino de seguir con la española.

Desde ese primer momento, Alonso sabía que era necesario que la nueva revista fuera reconocida y aceptada, al menos, por los lectores de la publicación madrileña, algo que incluso económicamente era fundamental para el proyecto. Esto que sin duda podría explicar en parte la similitud del formato de ambas publicaciones, lo manifiesta Alonso en su preocupación por conservar a los suscriptores. Le dice a Menéndez Pidal en la misma carta:

---

<sup>59</sup> Citado por MARIO PEDRAZUELA FUENTES, “El Centro de Estudios Históricos durante la Guerra y su conversión en Consejo Superior de Investigaciones Científicas”, p. 15.

Un punto delicado, importantísimo y cada día más difícil de resolver (si es a favor) es éste: ¿podría la *RFE* de Buenos Aires-Nueva York contar con la lista de suscriptores de la *RFE* de Madrid para ofrecerles la continuación? ¿Cómo obtener -en caso afirmativo- esa lista?

Esta es la otra parte de la escuela: los lectores de la revista. Los suscriptores no sólo son los que apoyan económicamente el proyecto editorial, sino que son los destinatarios de las teorías y de las nuevas ideas producidas por los filólogos. Con ellos la comunidad está completa, si, como ya vimos con Ziman “la ciencia es conocimiento público”, que entre otras cosas tiene como objetivo “un *consenso* de la opinión racional sobre el campo más vasto posible”<sup>60</sup>.

Alonso piensa que Menéndez Pidal podría seguir apareciendo como director de la revista argentina, y además, por como se refiere a la publicación en este párrafo, su intención era que continuara con el mismo nombre; pero Menéndez Pidal y algunos otros miembros del CEH no estuvieron de acuerdo con que la revista quedara en manos de Alonso. Es posible que pensarán que aún podían volver a unir al grupo en Madrid, lo que no sucedió nunca. Menéndez Pidal le contesta a Alonso desde París el 17 de junio de 1939:

---

<sup>60</sup> JOHN M. ZIMAN, *op. cit.*, pp. 22-23.

Castro me escribe... que están ustedes ya lanzados a la *Revista Hispánica de Filología*. Mi esperanza se desvanece del todo. Creo que se precipitan ustedes un poco<sup>61</sup>.

Así que el plan de Alonso tuvo que ser modificado. Él ya le había escrito a Menéndez Pidal una carta en la que le decía que pensaba que el instituto de Buenos Aires estaba maduro para fundar su propia revista, y ahora, ante esta respuesta de su maestro, vuelve a dejar en claro que, de todos modos, saldrá la revista bonaerense:

Como yo le escribí a usted, creí ver en las actuales circunstancias la publicación y oportunidad de que la nueva revista fuese la continuación de nuestra *Revista de Filología Española*, de ningún modo lo hacía yo como un gesto de rebeldía, sino, al revés, como una demostración de piedad, de respeto y de cariño para el Centro. Con la respuesta de usted, es claro que desistí en seguida de esta idea, pero no de la publicación de nuestra necesaria publicación periódica.

Pero esta aclaración con Menéndez Pidal, tuvo repercusiones con respecto a la orientación de la nueva revista, ya que Amado Alonso se propuso hacer una revista centrada en temas hispanoamericanos para, llegado el caso, ser un complemento de la madrileña. La *Revista de Filología Española*

---

<sup>61</sup> Carta reproducida por MARIO PEDRAZUELA FUENTES, *Alonso Zamora Vicente: vida y filología*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2007, p. 303.



continuó publicándose en la capital española pero por personas con una formación y unos intereses muy diferentes de los que la fundaron en 1914. El franquismo evitó que se continuara trabajando en España de la forma como lo hacían en aquel Centro de Estudios Históricos. Del consejo de Redacción de la revista madrileña desaparecieron los nombres de Ramón Menéndez Pidal, Tomás Navarro, Américo Castro, Amado Alonso, quienes, como muchos otros, habían tenido que salir al exilio.

Amado Alonso optó por otro título: *Revista de Filología Hispánica*, publicación trimestral, que apareció a partir de enero de 1939, como órgano oficial del Instituto de Filología Hispánica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Alonso tenía para entonces doce años dirigiendo el Instituto y esa fecha “marca una maduración del trabajo en el Instituto de Filología de Buenos Aires y del desarrollo sostenido de un grupo de colaboradores alrededor de la figura de Amado Alonso”<sup>62</sup>. Sin el apoyo de este grupo de filólogos en formación, sin duda, Amado Alonso

---

<sup>62</sup> FEDERICO NAVARRO, “Un índice crítico para la *Revista de Filología Hispánica* (1939-1946)”, en *Actas del XXXV Simposio Internacional de la Sociedad Española de Lingüística*, ed. M. Villayandre Llamazares, Universidad de León, León, 2006, p. 1384. ([ww3.unileon.es/dp/dfh/SEL/actas.htm](http://ww3.unileon.es/dp/dfh/SEL/actas.htm)).

no hubiera podido plantearse la posibilidad de emprender una empresa de tal magnitud. La razón de este éxito está, en buena medida, en lo aprendido por la escuela en el pasado. En realidad, desde su llegada a Buenos Aires, Alonso trató de reconstruir el ambiente académico que diera tan buenos frutos en el Centro madrileño. Cuando aparece el primer número, Alonso le escribe a Menéndez Pidal y, entre otras cosas, le dice que también ésta, es una empresa colectiva:

Trabajamos todos con entusiasmo y creo que saldremos adelante. Le repito, don Ramón, lo que le escribí. Ojalá reaparezca pronto la venerable *RFE*, con toda el alma querría yo colaborar con usted en ella. Entonces nos dedicaríamos nosotros más (aunque no exclusivamente) a lo americano y nos sentiríamos honrados con ser un hijuelo de ella<sup>63</sup>.

Esta declaración muestra que el interés de Alonso es continuar con la escuela de Madrid a pesar del franquismo; pero Alonso sabía que para repetir el éxito del grupo en Europa era necesario tratar de igualar el método de trabajo en América. Ángel Rosenblat, quien estuviera en el CEH y trabajó muy cerca de Alonso en Argentina, relata la relación entre la revista y el trabajo del equipo de filólogos de Buenos Aires:

---

<sup>63</sup> MARIO PEDRAZUELA FUENTES, *op. cit.*, p. 303.

En el Instituto, que es su obra, creó un ambiente de colaboración y entusiasmo. Y lo creó sobre la base de la generosidad y de la mutua comprensión. Jamás hubo allí celos ni cuestiones personales. Todos le entregábamos nuestros trabajos y los revisaba hasta en lo más pequeño, y lo aprobaba o discutía todo, y daba generosamente sus ideas o sus críticas. ¿Y quién podía tomarle a mal sus críticas si él también daba lo suyo para que entre todos se lo criticásemos, y atendía y agradecía las más pequeñas observaciones u objeciones como una colaboración?<sup>64</sup>

Esa parte que dice: “Se trabajaba entre todos, y todo se discutía”, es algo que sin duda recuerda la forma de trabajar en el Centro de Estudios Históricos de Madrid de Menéndez Pidal. Y el método de trabajo impuesto por Amado Alonso en torno a la *Revista* también es muy similar al de Menéndez Pidal:

De su formación positivista conservaba la severidad científica, el afán por los hechos, la precisión y el rigor. Pero más que los hechos le interesaba la interpretación<sup>65</sup>.

Como se hacía en Madrid, el maestro corregía y criticaba los trabajos del grupo en sesiones colectivas, en los “laboratorios de investigación”, como se llamó al método de trabajo impuesto por Menéndez Pidal en la capital española. Sobre el

---

<sup>64</sup> ÁNGEL ROSENBLAT, *La primera visión de América y otros estudios*, pp. 219-220.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 218.

modo de trabajar de esta escuela filológica también es importante otro testimonio de Ángel Rosenblat, pues vemos que es muy parecido al de Madrid: además de las investigaciones personales, a algunos investigadores se les asignaba (o elegían) un tema que debían desarrollar con un pequeño equipo, siempre bajo la supervisión del director. Rosenblat explica esta distribución de los primeros años:

Me puso a trabajar en el castellano de América. Juntos, hora tras hora, durante tres años, preparamos el tomo I de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, de la que llegaron a publicarse siete densos volúmenes y tres anejos...<sup>66</sup>

A Marcos A. Morínigo, por ejemplo, "...lo puso a trabajar en un tema tan importante, desde el punto de vista lingüístico y cultural, como eran las relaciones entre el castellano y el guaraní". El mismo Alonso, además de una cantidad importante de investigaciones individuales, con varios estudios del Instituto publicó diversas obras: con Eleuterio F. Tiscornia una edición del *Martín Fierro* y con Pedro Henríquez Ureña una *Gramática española* en dos tomos que todavía sigue siendo útil.

---

<sup>66</sup> *Ibid.*, pp. 216-217.

María Rosa Lida, recuerda a su maestro de esos años y dice que el verdadero conocimiento lo adquirirían viendo trabajar a Alonso. Dice que cuando algún discípulo le presentaba un trabajo “después de planeos, borradores...”, entonces:

el doctor Alonso interrumpe todas sus tareas, no permite que el novicio le exponga ni lea su investigación -¡nada de ahorrarse fatiga!- toma una por una las hojas del ensayo, vuelve a pensar uno a uno los planteos y las soluciones... y, respetando siempre la forma mental de cada discípulo, aconseja la crítica objetiva y cortés de las opiniones ajenas, reordena la exposición, desdobra el párrafo intrincado, concentra la página floja, sustituye un término vago por el tecnicismo exacto, rectifica aquí un modismo local, allí un giro castizo, enmienda la ortografía... sana la puntuación, prohíja lo aprovechable, subraya con efusivo elogio lo acertado, agrega material, ejemplos, bibliografía....

Estas palabras, que describen perfectamente la labor que debe hacer con un texto un editor académico, muestra la cercanía que existe entre la labor del filólogo y la del editor. El maestro, en esta labor, tiene en mente al receptor de la publicación. Una cosa que señala Lida que aprendieron de Alonso es a trabajar perfectamente un texto que se va a publicar y lo sintetiza de esta manera:

Eso se aprende a su lado: a no librar nada a la improvisación, a no conceder nada al menor esfuerzo, a no hurtar nada al respeto que merece el lector<sup>67</sup>.

Ese respeto al lector era fundamental en la labor del cuidado editorial de los materiales. Se trataba, nada menos, de una Revista sucesora de la *RFE*, que tenía suscripciones y canje con las instituciones interesadas en temas lingüísticos más prestigiosas a nivel mundial.

Con un grupo de jóvenes filólogos con esta formación, sin duda Alonso podía esperar que la Revista fuera un éxito.

En el ambiente del Instituto bonaerense, en el que se había consolidado un buen grupo de investigadores jóvenes, capaces de hacer obras de muy alto nivel y de trabajar en equipo, que ya tenían experiencia en el quehacer editorial porque preparaban la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, se pudo continuar la publicación de la revista. Ahí, a los investigadores españoles, Alonso sumó algunos jóvenes de la América hispana formados por él.

El primer número de la *Revista de Filología Hispánica* muestra el magisterio de Alonso, pues al lado de un trabajo de Tomás Navarro Tomás sobre “El grupo fónico como unidad melódica”,

---

<sup>67</sup> MARÍA ROSA LIDA, “Amado Alonso”, *Cauce*, Sevilla, 1995-96, núms. 18/19, pp. 903-904.

aparece otro de una joven estudiante argentina, María Rosa Lida, sobre “Transmisión y recreación de temas grecolatinos en la poesía lírica española”. Así, la unión al grupo de Madrid de los jóvenes formados por Alonso, fue importante desde el primer número, en que aparece Amado Alonso como Director y Raimundo Lida como Secretario. Estaba compuesta prácticamente por las mismas secciones que la *Revista de Filología Española*:

Artículos,

notas,

reseñas,

revista de revistas

bibliografía,

noticias

Igual que la española era trimestral y es evidente la similitud en cuanto al formato, tipo de papel y la fuente. En una “Noticia” del volumen de 1941 se habla de que la *RFE* acaba de reaparecer y se dice de ella: “el hogar espiritual de muchos de los que hacemos ahora la *Revista de Filología Hispánica*”. Un investigador contemporáneo que estudió la publicación argentina comparándola con la de Madrid, observa:

La notable similitud que hallamos entre ambas publicaciones confirma que la publicación madrileña opera como modelo general de la revista argentina<sup>68</sup>.

Es una conclusión a la que sin duda se hubiera podido llegar luego de la simple observación de la segunda de forros, pues entre los Redactores de la *Revista de Filología Hispánica*, encontramos a miembros del CEH, como Américo Castro, Marcos A. Morínigo, T. Navarro, Federico de Onís, Ángel Rosenblat, y claro, el director, Amado Alonso.

La revista sólo completó 30 números, entre enero de 1939 y junio de 1946. En 1946 Amado Alonso fue invitado a impartir un semestre en la Universidad de Harvard. Con ese pretexto, las autoridades de la Facultad argentina decidieron revocarle la licencia y lo destituyeron, esto, sólo un poco antes de que Juan Domingo Perón asumiera la presidencia, en junio de 1946.

Al salir Alonso a Harvard, Enrique François, Delegado de la Universidad, nombró a Ángel J. Battistessa director de la *Revista de Filología Hispánica*. Los discípulos de Alonso, en su mayoría alumnos o profesores de la Universidad, le enviaron una carta al Delegado en la que manifiestan su desacuerdo con la destitución y le piden que solicite al Interventor de la Universidad que reconsi-

---

<sup>68</sup> FEDERICO NAVARRO, art. cit., p. 1402.



dere la decisión. La misiva no fue atendida por las autoridades que, como en su momento las españolas, se oponían a que la escuela de filólogos trabajara en el ámbito cultural de su país.

Esa carta, más allá de mostrar la solidaridad que imperaba en el grupo, habla también de algunos aspectos que los discípulos reconocían en Amado Alonso y que explican por qué al salir Alonso la revista dejaría de existir:

Casi todos nosotros nos hemos formado con el Dr. Amado Alonso, y hemos trabajado durante muchos años dirigidos y estimulados por él... Fue una preocupación constante del Dr. Alonso crear una escuela filológica argentina, y se empeñó siempre en que todos los que trabajábamos en el Instituto, o bajo la dirección del Instituto, alcanzáramos en nuestra labor el rigor y la altura que había alcanzado la ciencia europea. Y así, las publicaciones del Instituto, los libros y la revista, han tenido acogida favorable en los centros especializados del mundo, conquistando —nos parece indiscutible— sólido prestigio para el país. El Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires es hoy, en el mundo, el más importante centro de estudios de la lengua castellana...<sup>69</sup>.

Algunos puntos interesantes de esta carta, para lo que aquí nos ocupa, es que los discípulos reconocen el magisterio de Amado Alonso, y sobre todo que “fue una preocupación constante del Dr.

---

<sup>69</sup> Reproduce la carta JUAN MARÍA LECEA YÁBAR, “Amado Alonso en Madrid y en Buenos Aires”, *Cauce*, Sevilla, 1999-2000, núms. 22/23, p. 420.

Alonso crear una escuela filológica argentina". Esta escuela se esforzó por estar a la altura de la ciencia europea. En este documento el grupo se reconoce como una comunidad filológica que ha logrado un prestigio a nivel mundial en torno a las publicaciones que dan cuenta de sus trabajos. La *RFH* fue importante en este sentido y en su elaboración y cuidado participaba el grupo de españoles y de argentinos.

Es indudable que Amado Alonso había logrado reproducir las condiciones del Centro de Estudios Históricos de Madrid en Buenos Aires. También, como su maestro Ramón Menéndez Pidal, logró formar a un grupo de filólogos que luego serían importantes para la historia de la lingüística hispánica. Entre ellos, los firmantes de la carta, estaban Raimundo Lida, Ángel Rosenblat, María Rosa Lida, Frida Weber, Paul Bénichou, Berta Elena Vidal, y entre los que no aparecen al calce del documento, pero que también fueron sus alumnos, están nombres como el de Ana María Barrenechea. Ella, investigadora que luego alcanzaría un prestigio internacional por sus trabajos sobre la obra de Julio Cortázar, habla de las enseñanzas de Alonso al grupo de filólogos argentinos y destaca:

...su constante actitud de plantearse problemas sobre el lenguaje y la literatura en sus relaciones con la cultura; la capacidad teórica y la claridad metodológica, porque sus fundamentos figuraban siempre explícita-

dos en el encabezamiento de sus estudios; la avidez intelectual para buscar en la ciencia contemporánea nuevos caminos, junto con la originalidad para adaptarlos y el rigor para validarlos<sup>70</sup>.

“Capacidad teórica y la claridad metodológica”, palabras que recuerdan, sin duda, algunos de los valores que los discípulos de la generación de Alonso apreciaron de Menéndez Pidal. Es evidente que el éxito de ambas revistas se debió, en buena medida, a estas coincidencias entre las que se encuentra un método de trabajo riguroso.

Lamentablemente, la *RFH*, como en su momento la *RFE*, tuvo que terminar sus trabajos debido a cuestiones políticas, en un momento en que había alcanzado la madurez y el reconocimiento internacional. La estancia del grupo en Buenos Aires les había enseñado que ellos constituían una escuela y que la revista era un medio de difusión de sus trabajos, algo fundamental para hacer ciencia. La publicación es parte de la producción de nuevos conocimientos, con la misma importancia que la enseñanza en el aula o la labor de investigación. No importaba en qué lugar se publicara, ni qué nombre tuviera: ellos, y el método de trabajo que habían logrado establecer para investigar y para publicar la revista eran lo funda-

---

<sup>70</sup> ANA MARÍA BARRENECHEA, “Amado Alonso en el Instituto...”, p. 99.

mental para la filología española o, ya para entonces, hispánica.

EL COLEGIO DE MÉXICO Y LA *NUEVA REVISTA*  
*DE FILOLOGÍA HISPÁNICA*

En octubre de 1914, el mexicano Alfonso Reyes llegó a Madrid, luego de dejar su puesto diplomático en Francia a causa de la guerra. En la capital española conocía sólo a Federico de Onís, un miembro del Centro de Estudios Históricos, con quien había mantenido una relación epistolar desde México unos años antes. Alfonso Reyes llegó a Madrid sin dinero, sin trabajo y sin la posibilidad de regresar a México, en ese momento también en conflicto. Reyes pasaba una de las peores épocas de su vida. Enrique Díez Canedo consiguió que la editorial La Lectura de Madrid le encargara la edición del teatro de Juan Ruiz de Alarcón para que pudiera aliviar en algo su situación económica, pues había viajado con su esposa y su hijo, y cuenta Reyes:

Para disponer de la bibliografía indispensable, comencé a frecuentar el Centro de Estudios Históricos, cuyo acceso me franqueó don Ramón Menéndez Pidal, por

presentación de Federico de Onís, con quien mantenía yo correspondencia de tiempo atrás<sup>71</sup>.

Muy pronto, don Alfonso Reyes se integró al grupo de investigadores en torno a la figura de Menéndez Pidal. En ese escrito recuerda:

La Sección de Filología estaba directamente gobernada por el maestro Menéndez Pidal, y contaba entonces como miembros principales a Tomás Navarro Tomás, secretario del Centro, y a Federico de Onís... a Américo Castro... y a Antonio G. Solalinde. Todos pusieron voluntad en atraerme y acogerme como un colaborador más de la Sección.

Claro, como un miembro más del CEH, además de sus investigaciones literarias, don Alfonso tuvo que colaborar en proyectos colectivos y en la elaboración de la *Revista de Filología Española*. Y lo hizo no sólo publicando varios artículos memorables, sino también, a la par, ayudando en el trabajo diario. Y recuerda que lo hizo “con el llorado Antonio G. Solalinde... para la preparación de la bibliografía en curso, que aparece al final de los cuadernos trimestrales de la *Revista de Filología Española*”<sup>72</sup>. Así, aunque a la distancia parezca difícil de creer, don Alfonso Reyes, el gran inte-

---

<sup>71</sup> A. REYES, “El reverso de un libro. (Memorias literarias)”, en *Obras completas*, t. 12: *Grata compañía, Pasado inmediato, Letras de la Nueva España*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p. 221.

<sup>72</sup> *Ibid.*, pp. 221-222.

lectual mexicano, estuvo encargado de elaborar las fichas bibliográficas de varios números de la *RFE*. Y al parecer era una tarea que lo llenaba de satisfacción, o al menos así parece cuando relata años después, en 1939, este episodio:

El arte de reducir a fichas toda noticia de publicaciones que afectara, en el más amplio sentido, a la filología española, tenía para nosotros —que éramos los más jóvenes de la casa— todos los encantos de un juego de solitario, de un rompecabezas, de una investigación policial. Trabajábamos como buenos hermanos en las cabeceras de una gran mesa, partida en dos por una pequeña muralla de libros como por una red de ping-pong<sup>73</sup>.

Posteriormente pudo continuar su carrera diplomática en Argentina y en Brasil, pero nunca olvidó los años que pasó en Madrid y nunca dejó de tener contacto con sus compañeros del CEH. Así, cuando salió a la luz en Buenos Aires la *Revista de Filología Hispánica*, Alfonso Reyes publicó en *El Nacional* una presentación a la que se referiría Amado Alonso en una carta que le envió el 26 de enero de 1940:

Todo el Instituto de Filología ha leído y releído emocionadamente su presentación de la *RFH*, y yo más que nadie, porque, naturalmente, mi resonador emocional coincidía más que ningún otro con el diapason de usted. Gracias, gracias. En su nueva vida ¿no tendrá

---

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 222.

ocasión usted de escribir para nuestra revista alguna cosa grande o chica? ¿No entrevé usted la posibilidad de poder dedicarle algún tiempo, aunque sólo se comprometa usted a reseñas y notas breves, para que le podamos incluir entre los redactores?<sup>74</sup>

Amado Alonso trata de incluir al mexicano en el grupo que está formando en Argentina. El grupo está disperso, pero los une una ida común y es en las publicaciones donde se encuentran. Alfonso Reyes fue una figura muy importante en la construcción del modelo de referencias bibliográficas que se utilizaba en el Centro de Madrid, y en esa presentación deja testimonio de eso:

...Solalinde, mi joven hermano de otros años, mi “compañero de galera” como yo le llamaba, porque juntos bogamos el mar de las pruebas de imprenta para la Revista y establecíamos la bibliografía del trimestre... Don Ramón Menéndez Pidal, nuestro común maestro, también ha viajado por Sud-América y por los Estados Unidos<sup>75</sup>.

En estas palabras, que luego serían interesantes por el solo hecho de que Reyes reconoce el magisterio de Menéndez Pidal y se presenta como

---

<sup>74</sup> Carta reproducida en *Crónica parcial. Cartas de Alfonso Reyes y Amado Alonso*, ed. Martha Elena Venier, El Colegio de México, México, 2008, p. 110.

<sup>75</sup> ALFONSO REYES, “La Revista de Filología Hispánica de Buenos Aires”, en *Obras completas*, t. 9: *Norte y Sur. Los trabajos y los días. História Natural das Laranjeiras*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996, p. 180.

uno de los discípulos de la escuela de filología de Madrid, nos muestra que los trabajos de cuidado de la revista eran parte de la formación de los filólogos de la escuela y que la elaboración de la bibliografía que aparecía al final de cada fascículo era una tarea que no estaba reñida con las investigaciones especializadas que cada uno o en grupo realizaban. Alfonso Reyes hacía la bibliografía, pero también contribuía con artículos importantísimos para la filología hispánica: aún hoy son útiles sus trabajos sobre Juan Ruiz de Alarcón y fue ahí uno de los primeros en revalorar la figura de Luis de Góngora, que sería tan importante para la Generación de poetas de 1927.

Ahora en esa fecha, septiembre de 1939, desde México, Alfonso Reyes, con pleno conocimiento de las dos revistas, la de Madrid y la de Buenos Aires, establece la estrecha relación entre ambas:

Al saludar la aparición de la *Revista de Filología Hispánica*, de Buenos Aires, hay que consagrar un recuerdo a la *Revista de Filología Española*, de Madrid, de que la nueva publicación viene a ser como el robusto brote transplantado a tierra americana<sup>76</sup>.

Al hablar de que la nueva revista se publica en Buenos Aires, con la colaboración de los hispanis-

---

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 178.



tas españoles que se encuentran en Nueva York, dice:

Ya sólo falta que en México, lugar intermedio entre las dos revistas, aparezca otra publicación de tipo humanístico general... Falta entre nosotros esta revista de tipo humanístico general, que recoja la colaboración de los mexicanos y los españoles de México, llamada a ser cada día más activa y más provechosa<sup>77</sup>.

Pronto Alfonso Reyes tendrá oportunidad de colaborar para que esa idea se hiciera realidad. Hay que recordar que ese año de 1939, cuando escribe a Amado Alonso, Reyes se encuentra en nuestro país presidiendo La Casa de España en México<sup>78</sup>, institución que Lázaro Cárdenas fundó con el fin de dar cabida a los intelectuales españoles que habían llegado expulsados por la Guerra Civil. Esta Institución sólo duró dos años, pues luego se transformó en el actual Colegio de México, del que también Alfonso Reyes fue primer Presidente.

En México se encontraban algunos de los intelectuales más destacados del Centro de Estudios Históricos de Madrid, a los que Reyes llama “es-

---

<sup>77</sup> *Ibid.*, pp. 181-182.

<sup>78</sup> Sobre esta institución y la labor de Reyes en ella véase *Alfonso Reyes en La Casa de España en México (1939 y 1940)*, comp. Alberto Enríquez Perea, El Colegio Nacional, México, 2005.

pañoles de México”, así que para cuando Amado Alonso se entera de que no podrá volver a ocupar su cargo en el Instituto de Filología de Buenos Aires, el primer lugar que se le ocurrió para continuar con la publicación de su Revista, fue México. Así que de inmediato se puso en contacto con Reyes para preparar el nuevo proyecto:

Que la RFH *no sale más* por voluntad declarada (aunque oralmente, ante los Lida, Battistessa, Vázquez, etc.) del interventor, ahora director del Instituto, Enrique François...<sup>79</sup>

Ante esa decisión de las nuevas autoridades del Instituto de Filología de dar por terminada la Revista, Amado Alonso ve la posibilidad de continuar con la publicación en México:

Para nuestra empresa nos es absolutamente indiferente que la continúen o no (como ya dice V.) Ellos son propietarios del material no vendido aún de los 7 y 1/2 tomos aparecidos. No son propietarios ni de los propósitos, métodos, ni siquiera del título, que podríamos nosotros usar perpetuamente sin anteponer siquiera la N. Que no pueden alegar derecho.

Esa N de la que habla transformará la *Revista de Filología Hispánica* en *Nueva Revista de Filología Hispánica*; y otra vez, Amado Alonso piensa en

---

<sup>79</sup> La carta está publicada en *Crónica parcial. Cartas de Alfonso Reyes y Amado Alonso*, ed. M. E. Venier, pp. 203-204.

los suscriptores, de donde saldrán los recursos necesarios para la empresa; y otra vez, como al fundar la *RFH* se preocupará por dejar claro que entre ambas publicaciones existe una estrecha relación, la de “los propósitos” y los “métodos” de que habló antes. Así que dice a Reyes:

A los suscriptores bastará con decirles: “Los mismos que hicieron la *RFH* y que ya no la van a hacer, más otros filólogos e historiadores de la Lit. (A. Reyes, Millares, Garcidueñas, etc.) van a publicar una *NRFH*. ¿Quiere usted suscribirse?”

Como cuando Alonso le propuso a Menéndez Pidal que la revista se instalara en Buenos Aires, vuelve a aparecer la preocupación por no perder a los suscriptores de la revista desaparecida, un elemento fundamental para el proyecto. Sin duda, el aspecto económico que las suscripciones representaban era indispensable para el establecimiento de la Revista, pero aquí asoma otro punto: el de tratar de volver a reunir a un mismo grupo, tanto de filólogos, es decir el grupo de investigadores que producen información novedosa, como del público lector, es decir la otra parte del proyecto editorial: una comunidad de lectores que era quien apoyaba el proyecto. Sin duda, por eso la insistencia a esos lectores de que, aunque cambiara el nombre de la publicación, eran ellos mismos los que la hacían. Es decir, el mismo método,

el mismo propósito y la misma comunidad. Era la segunda vez que Amado Alonso hacía eso: tomar la lista de suscriptores de la revista anterior y añadirle nuevos lectores. En el caso de la *NRFH* hay una novedad: incluiría a las universidades norteamericanas. Le escribe Alonso a Reyes el 17 de marzo de 1947 desde Nueva York:

En cuanto llegue Lida se tiene que hacer una circular invitando a suscribirse a todos los que lo eran de la *RFH*; y otros se ganarán en México y Cuba. Y se debe buscar la suscripción de *todas* las Universidades de aquí<sup>80</sup>.

También habla, en otra carta del 22 de junio, de la vinculación entre las suscripciones y la naturaleza de la Revista. Le dice a Reyes:

Para ofrecer la suscripción. Se tiene que presentar la nueva Revista como continuación científica de la difunta, pero administrativamente desconectada *del todo...*

Y aunque se refiere a las características de contenido, no deja de lado los aspectos editoriales que son de importancia para mantener la identidad de la publicación:

---

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 191.

Conviene que la nueva revista (NRFH? RAFH?) tenga las características materiales y técnicas que la anterior, y que al ofrecerla a las bibliotecas se declare así<sup>81</sup>.

Este punto es interesante: la nueva publicación (de la que aún no se tiene nombre) debe tener las mismas características materiales y técnicas. El mismo formato era garantía de pertenencia a una tradición filológica reconocida, pero también suponía la misma calidad que ofrecían las publicaciones antecesoras. Esto, hay que recordarlo, se hizo desde la primera revista, cuando Tomás Navarro llevó a España ejemplares de revistas alemanas que sirvieron de modelo y cuyo formato se siguió para la *Revista de Filología Española*. Lo mismo se hizo en Buenos Aires y se hará, ahora, en México. Con el formato se logra dar una identidad de las publicaciones que le permiten insertarse en una tradición editorial de los países dedicados a la filología en lengua romance, a la cual ahora se unía México.

Además de conservar los elementos estructurales de las otras dos revistas, era indispensable que en México se creara también un ambiente académico similar al del Centro de Estudios Históricos de Madrid y al del Instituto de Filología de Buenos Aires.

---

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 200.

El proyecto de la nueva publicación y el recuerdo de la escuela filológica de Menéndez Pidal estuvieron presentes en la empresa mexicana desde el inicio. Cuando el presidente Cárdenas fundó La Casa de España en México, la idea original era, según relata Daniel Cosío Villegas a Gabriela Mistral, la siguiente:

...el Presidente Cárdenas creó en julio del año pasado una institución nueva e independiente llamada La Casa de España en México, destinada a servir de centro de reunión y de trabajo a algunos intelectuales y artistas españoles a quienes la guerra no permitía continuar sus trabajos docentes, de investigación, o de creación artística<sup>82</sup>.

En esa carta, Cosío Villegas dice que la idea original no era invitar a cualquier intelectual:

Recordará usted que el punto mejor y más fuerte de la lista primitiva lo componían los principales Miembros del Centro de Estudios Históricos: Menéndez Pidal, Dámaso Alonso, Fernández Montesinos, Navarro Tomás y Sánchez Albornoz.

Sin embargo, esta “lista” que habían elaborado entre ambos en Lisboa y París, no se pudo concretar y Cosío expone las razones de algunos de estos cambios:

---

<sup>82</sup> Alfonso Reyes. *Cartas mexicanas (1905-1959)*, sel. e introd. de A. Castañón, p. 352.

...don Ramón renunció pronto a venir tanto por temor a la altura, como por tener parte de su familia en campo franquista y al parecer sin medio de sacarla; Dámaso se excusó en un principio por motivos de salud, ante nuestra insistencia decidió al fin aceptar la invitación, pero era tarde para entonces: en los días mismos en que caía Barcelona; Fernández Montesinos pudo haber aceptado venir, pero ciertas razones de índole personal... se lo han impedido hasta ahora; Navarro Tomás, no podía prescindir de su trabajo con el Gobierno y al salir de España prefirió ir a trabajar a la Universidad de Columbia; las pretensiones de Sánchez Albornoz nos obligaron a no contar con él.

Es claro que a la hora de crear la nueva institución se pensó, en primer lugar, en los filólogos del Centro de Estudios Históricos de Madrid con quienes Alfonso Reyes colaboró en 1914; pero aunque algunos de ellos no pudieron venir, se contaba con intelectuales como Jesús Balyu, José Gaos, Enrique Díez Canedo, Juan de la Encina, Agustín Millares Carlo, José Moreno Villa y otros del primer CEH, quienes con Amado Alonso garantizaban la continuidad de la tradición.

Además, con la llegada de la revista argentina al ya para entonces Colegio de México, llegarán los discípulos de Amado Alonso de Buenos Aires. En México, desde luego, se formaría un grupo de jóvenes becarios. Así que ahí se reunieron filólogos de varias partes del mundo hispánico, aunque todos directa o indirectamente vinculados con el magisterio de Menéndez Pidal.

La continuidad entre la revista argentina y la mexicana fue total. Al menos los dos primeros números de la *Nueva Revista de Filología Hispánica* habían sido preparados en su mayoría desde Buenos Aires y los traía Raimundo Lida bajo el brazo. Le dice Amado Alonso a Reyes el 17 de marzo de 1947:

Carta de Lida, feliz de hacerse mexicano. Siento que no pueda ir hasta junio. Empezaremos la Revista Hispánica de Filología ese año. Ya tenemos artículos de Bataillon, Sánchez-Albornoz, Hatzfeld, María Rosa Lida, otro mío, otro de Spitzer me lo dará. Y promesas de Harri Meier y otros europeos<sup>83</sup>.

Esto permitió que el lapso de tiempo que medió entre el último cuaderno de la revista argentina y el primero de la mexicana fuera muy breve. Dice Amado Alonso desde Cambridge que Lida:

Tiene material bastante para sacar este año 2 números de la *RHF*. Mi idea es dar por difunta la *RFH*, con el doble número 1-2 de 1946, que acaba de salir (muy hermoso), y seguir ahora con otro doble número 1-2 (= 3-4) de 1947<sup>84</sup>.

Antonio Alatorre deja el testimonio de esta continuidad:

---

<sup>83</sup> *Crónica parcial. Cartas de Alfonso Reyes y Amado Alonso*, ed. M. E. Venier, p. 191.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 189.



Lida fue el eslabón (de oro) entre el Instituto de Buenos Aires y el Colegio de México. Y su primera actividad fue la continuación de la *RFH* como *NRFH*. El último número de la *RFH* es de enero-junio de 1946. Siempre me ha parecido pasmoso el hecho de que entre éste y el primero de la *NRFH* no haya transcurrido sino un año<sup>85</sup>.

La continuidad entre ambas revistas es total. En tanto que los materiales venían desde Buenos Aires no se necesitaba mucho tiempo entre una y otra entrega. Los suscriptores no tuvieron que esperar mucho para recibir el siguiente número de la revista con los artículos que el grupo estaba produciendo.

El proyecto de la escuela de filólogos, no obstante, era más que la revista. Alonso sabía que era fundamental la formación de los jóvenes que con sus investigaciones nutrieran la revista y otras publicaciones. En enero de 1947 Amado Alonso le escribe a Menéndez Pidal lo que piensa hacer con la ayuda de Alfonso Reyes:

Rehacemos dentro del Colegio de México el destartado Instituto de Filología con Lida y Morínigo como núcleo inicial, y con el intento de entrenar mexicanos. Lida vendrá en seguida... y en seguida reiniciamos la *RFH* que se llamará *RHF*. Lida dará cursos de filolo-

---

<sup>85</sup> "Testimonio de Antonio Alatorre", en CLARA E. LIDA y JOSÉ A. MATESANZ, *El Colegio de México: una hazaña cultural (1940-1962)*, El Colegio de México, México, 1990, p. 243.

gía. El nuevo instituto publicará los libros que Lida, Frida Weber, Moglia, Rosenblat y yo tenemos en marcha. Hereda mi proyecto de publicar con estudio los cinco o seis libros capitales de la filología española....<sup>86</sup>

La intención de Amado Alonso era continuar con el Instituto de Filología de Buenos Aires en México.

Raimundo Lida llegó a México en 1947 para preparar el primer número de la *Nueva Revista*. Si bien es cierto que su aparición parecía una empresa sencilla, en tanto que ya se contaba con un buen número de colaboraciones escritas pensadas para su publicación en Buenos Aires, en México se tuvo que enfrentar otro tipo de contratiempos. La nueva publicación tenía que conservar aspectos formales precisos y mantener una calidad en la impresión que se había alcanzado con las dos que la antecedieron. En México, esto representaba un problema en esos momentos, debido a que aquí no se contaba ni siquiera con una imprenta capaz de publicar un trabajo con los requerimientos técnicos que necesitaba la Revista. Relata Alatorre:

la complejidad tipográfica de la revista obligó a buscar un taller capaz de armarla con precisión y cuidado, lo cual, gracias a los contactos de don Alfonso, se encontró en la Tipografía Indígena situada en Cuernavaca,

---

<sup>86</sup> Citado por MARIO PEDRAZUELA FUENTES, *op. cit.*, p. 442.

estado de Morelos, propiedad del Instituto Lingüístico de Verano, que imprimía allí sus obras especializadas<sup>87</sup>.

Esta preocupación por encontrar una imprenta que cubriera las necesidades que imponía la “complejidad tipográfica” de la Revista, de que habla Alatorre, nos deja ver claramente que, para entonces, estos recursos se habían convertido en parte fundamental del código usado por la escuela de filólogos de Menéndez Pidal para transmitir sus ideas en los impresos y, por lo tanto, eran indispensables para la nueva publicación. Pero esa imprenta representa, también, un elemento importante para el proyecto, pues al estar relacionada con los usos de la imprenta norteamericana, ofrecía nuevas y diferentes posibilidades tipográficas de las que tuvieron en España y en Argentina, aunque, como veremos adelante, sólo salieron de esa prensa los primeros números.

En julio-septiembre de 1947 se publicó el primer número de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*. Como Director aparece Amado Alonso, como Secretario Raimundo Lida y entre los Redactores destacan los nombres de Américo Castro, María Rosa Lida, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlo, Tomás Navarro Tomás, Federico

---

<sup>87</sup> “Testimonio de Antonio Alatorre”, en Clara E. Lida y José A. Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural (1940-1962)*, p. 240.

de Onís, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas y Ángel Rosenblat. Suma de colaboradores españoles, argentinos y mexicanos.

Ese primer número se abre con un artículo de Amado Alonso sobre “El trueque de sibilantes en antiguo español” y las secciones que la componen son:

Artículos

Notas

Reseñas

Bibliografía

Noticias

Posteriormente se incluirá la sección de Revista de revistas.

En ese número uno, en las Noticias, aparece la aclaración que algunos años antes Amado Alonso le pidió a Reyes dejar en claro a los lectores:

La labor del disperso Instituto de Filología de Buenos Aires se reanuda ahora en El Colegio de México, con ayuda de la fundación Rockefeller..., del licenciado don Carlos Prieto y de otros generosos amigos, y se irá dando a conocer en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, publicada con la misma orientación que la *Revista de Filología Hispánica* y con los mismos y nuevos colaboradores.

Raimundo Lida llegó de Buenos Aires también para crear un Centro de Estudios Filológicos en el que, además de dar clases, debía formar a los

jóvenes investigadores. Su primer discípulo y ayuda en esta labor fue Antonio Alatorre, quien nos dejó valiosos testimonios de estos primeros años. Habla de la prioridad de la revista para el grupo y de su importancia en la formación de los filólogos. Esa fue la primer enseñanza de Raimundo Lida en México:

Lida siempre era el maestro. A sus primeros discípulos, en esos primeros meses, nos enseñó a hacer *esa* revista. Ejemplo: cuando le llevé mi traducción del artículo de Bertoldi, la leyó en mi presencia, pluma en mano, y me explicó cada detallito que se iba presentando: terminología, significado de las comillas simples, abreviaturas... Lida tenía el don de *hacer trabajar a la gente*<sup>88</sup>.

Pareciera una reproducción de la forma de trabajar en el Centro de Estudios Históricos de Madrid y del Instituto de Filología de Buenos Aires. La enseñanza a los becarios se basaba, en buena medida, en la labor de hacer investigaciones que se publicarían en la Revista. Pero es en el reglamento del Centro de Filología, luego el actual Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, donde se ve más claramente la importancia del trabajo en la Revista:

---

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 244.

...estipuló... las obligaciones y actividades de los becarios, y las dividió en “trabajos obligatorios” y “trabajos optativos”. Los primeros consistían en seguir ciertos cursos específicos, en preparar “tesis, ensayos, artículos y reseñas”, y en colaborar en la preparación de la *NRFH*, corrigiendo galeras, revisando estilo, fichando bibliografía y demás labores de la revista, ya que éstas eran consideradas “parte integrante de la educación y enseñanza”<sup>89</sup>.

En estas palabras de la historia del Centro de Estudios Filológicos queda de manifiesto una idea que nos proponíamos demostrar en este trabajo, acerca de que las revistas que estamos estudiando eran parte importante de una escuela, la filológica, y que no se trataba sólo de una empresa editorial, sino que eran parte fundamental de la ciencia que estaban construyendo. Las revistas eran órgano de difusión de los Centros de formación filológica, es decir servían para dar a conocer los resultados de las investigaciones, pero a la vez estaban en el centro de la actividad docente: se enseñaba la filología enseñando a hacer su principal órgano de difusión. La revista era parte de la ciencia y, por lo tanto, era fundamental que los estudiantes aprendieran a hacerla. Parte de la enseñanza, como dice Alatorre, era participar en las labores técnicas de la revista. Los filólogos, al mismo tiempo que escribían artículos, preparaban los materiales para la imprenta, así, al aprender la filología,

---

<sup>89</sup> CLARA E. LIDA y JOSÉ A. MATE SANZ, *op. cit.*, p. 241.

aprendían la técnica tanto de investigación como de edición porque para ellos eran la misma cosa. Dos vertientes de la labor científica. Las labores editoriales para la revista, ha dicho Antonio Alatorre “corrigiendo galeras, revisando estilo, fichando bibliografía y demás labores de la revista... eran consideradas parte integrante de la educación y enseñanza”. Algo que quedó establecido en Madrid y que se continuó en Buenos Aires, se implantaba ahora en México.

Investigación y edición no eran labores incompatibles, por eso, dice Antonio Alatorre refiriéndose al trabajo en los números I a V de la *NRFH*:

...todos teníamos que ver con la *NRFH*. He dicho que una de las estancias chicas de nuestro local era “oficina” de la *NRFH*. Allí había una mesita y dos sillas, donde corregíamos, entre dos, las pruebas de imprenta de la *NRFH* (experiencia que nos tocó a todos). Allí estaba el tarjetero de las suscripciones, y allí se etiquetaban los números de la *NRFH* que iban saliendo. O sea que el departamento de distribución éramos nosotros mismos. Y lo más interesante es que varios de los estudiantes fuimos *colaboradores* de la revista. Veo los volúmenes I a IV (1947 a 1950) y encuentro: A) “Revista de Revistas”: Mejía Sánchez I:2; Durand I:2, Adib II:4 Carlos Villegas II:4 y Margit Frenk IV:2; B) Reseñas de Libros: Durand, Adib, Jorge Hernández Campos; Bartholomew, Addy Salas; Artículos y notas Durand, Mejía Sánchez y yo III:2... A lo anterior hay que añadir dos artículos, frutos del seminario de lingüística de estos años, que se publicaron más tarde: el de Margit Frenk sobre “Designaciones de rasgos físicos en el habla de la ciudad de México” VII: 2 (1953), y el

de Javier Sologuren sobre "Fórmulas de tratamiento en el Perú", VIII: 3 (1954)<sup>90</sup>.

Eran autores y editores, como en Madrid y en Buenos Aires. Raimundo Lida fue el encargado de reproducir en México la forma de trabajar que aprendió de Amado Alonso en Buenos Aires. Alonso se encontraba en Harvard y era el Director de la *Nueva Revista*, así que quien la hacía, como testimonia Alatorre, era Lida. Incluso, Alatorre recuerda una escena que pareciera dicha por alguno de los discípulos de Menéndez Pidal describiendo el ambiente del Centro madrileño:

Una de las estancias chicas era la oficina de Lida, separada de la grande por una pared de cartón, cuya puerta estaba siempre abierta. La otra estancia chica era la oficina de la *NRFH*. Todas las actividades del Centro tenían lugar en la estancia grande: allí teníamos clases, allí leíamos, allí trabajábamos en nuestras investigaciones. Y Lida estaba siempre presente, aunque lo viéramos, por la puerta, absorto en sus cosas. Lo que me dicen mis recuerdos es que *todos* los días, a lo largo de *todos* estos tres años, se sentó Lida, con nosotros, en una de las sillas que había en torno a la mesa; tengo la impresión de que siempre tuvimos o clase o seminario con él... ¡Qué generosidad de Lida! ¡Qué manera de entregarnos su tiempo! Lo que tuvimos los "filólogos" en esos tres años fue un *ambiente* privilegiado. Lida nunca perdió su fama de exigente, de severo (nunca se callaba cuando se topaba con la estupidez o con la improvisación), pero lo que reinaba era un espíritu de

---

<sup>90</sup> *Ibid.*, pp. 257-258.



cordialidad, de alegría, de entusiasmo. Había buen humor. Éramos una familia muy activa y muy feliz<sup>91</sup>.

Palabras que recuerdan, sin duda, a Menéndez Pidal sentado en una mesa con los discípulos a los que enseña filología preparando artículos y comentando cada detalle del proceso que va de la recolección de materiales hasta la publicación de los resultados.

Aunque trabajaba en Estados Unidos, Alonso no dejó de preocuparse por la *Nueva Revista* ni por el trabajo que se estaba haciendo con los jóvenes, a pesar de que sólo pudo visitar El Colegio de México un par de ocasiones antes de que empezara la penosa enfermedad que lo llevó a la muerte. Por ejemplo, luego de recibir los primeros números de la Revista, se preocupa por la tipografía. Si el primer número había salido de las prensas del Instituto Lingüístico de Verano, era necesario contar con materiales propios para los siguientes números. El 9 de agosto de 1948, Amado Alonso escribe una carta desde Cambridge a Alfonso Reyes y a Daniel Cosío Villegas, para decirles que está tratando de resolver eso desde Estados Unidos:

Ya he escrito a los Fundidores de N. York sobre los tipos especiales: 3 matrices para linotipo (van las de-

---

<sup>91</sup> *Ibid.*, pp. 254-255.

más señas) de cada letra de 1. el alfabeto griego; 2. el árabe; 3, el hebreo; 4, el fonético (especificado), y 5 de las 10 vocales latinas<sup>92</sup>.

Y aprovecha para pedir que se cuide más la cercanía entre el editor y los impresores para resolver dudas y evitar errores:

Creo que usted sólo, Don Daniel, tiene autoridad bastante para exigir de la imprenta (y mejor, convencerle de su conveniencia) una mayor calidad en la impresión de la *NRFH* y que para ello deben admitir y pedir la constante colaboración de Lida y sus ayudantes. Que las erratas corregidas vuelvan a pasar por la inspección de la Redacción y que en ningún caso tiren pliego sin que Lida dé el visto bueno.

Un testimonio importante que muestra muy a las claras que los grandes maestros de la filología hispánica no veían los detalles del proceso editorial como algo de poca importancia. El rigor científico con que se elaboraban las investigaciones requería una edición cuidadosa y Amado Alonso parece exigir que la responsabilidad, en todos los pasos del proceso editorial, debe recaer en el editor responsable, en esta caso Raimundo Lida. No se debe tirar pliego sin que lo haya revisado antes la Redacción, que en este caso, es el filólogo argentino y sus discípulos.

---

<sup>92</sup> *Crónica parcial. Cartas de Alfonso Reyes y Amado Alonso*, ed. M. E. Venier, p. 230.

Alonso termina su carta con un comentario sobre el puntaje, que tiene que ver no sólo con el asunto de la legibilidad, sino con el formato, el cual debía ser lo más parecido posible al de las dos revistas que la antecedieron:

De la letra, digo del tamaño, también les ruego que lo piensen. Es muy pequeña. Echen un vistazo a la *RFE* y a la *RFH*, y verán qué diferencia. Me dice Lida que es que la imprenta no tiene otra *combinación*, que si ponemos del 10, no hay *Electra*, sino *Fairfield 10/12*, que no tiene 10/10 para reseñas, notas y citas en medio del texto. Yo encuentro preferible, sin duda, poner la revista entera del mismo tipo 10/12. Ya le dije a Lida que sólo cuando hay citas *muy largas* conviene destacarlas con otra letra y línea la cita dentro del texto<sup>93</sup>.

No deja de ser interesante que en este momento en que se habla de los recursos tipográficos con que se cuenta, se piense en una solución para presentar las citas textuales. En este punto, la falta de tipos no representaría un problema para destacar lo citado. En los primeros números se presentaban las citas largas a bando, del mismo puntaje (10 pts.) y sólo se reducía la interlínea. Sólo el tomo 1 lo imprimió la imprenta de Cuernavaca, el 2 se hizo en Gráfica Panamericana del Distrito Federal, con mayores recursos tipográficos.

---

<sup>93</sup> *Ibid.*, pp. 230-231.

Es importante destacar que el encargado de la revista, el maestro del grupo, era el encargado de todo el proceso de edición. Trabajaba los textos de los alumnos desde el primer momento. Corregía párrafos, sugería bibliografía, revisaba el estilo. Después lo marcaba para la imprenta y se encargaba de cuidar que durante el proceso de impresión no se alterara. Para esto último echaba mano de los recursos tipográficos con que contaba la imprenta. El filólogo empleaba ambos saberes: el propio de las técnicas de investigación documental, y el conocimiento de la tipografía. Todo esto para transmitir correctamente el texto. El exigir a la imprenta que no se tirara pliego sin el consentimiento del encargado, garantizaba que al lector se le ofrecía un texto que decía exactamente lo que el autor había querido decir. Más aún, muchas veces autor y editor eran la misma persona. El filólogo tenía un conocimiento que ahora se considera propio del editor. Sin embargo, hay que tener en cuenta que ese proceso no se debe alterar. Si el filólogo tenía conocimientos de la edición y de la impresión, ahora es deseable que el editor tenga conocimientos de la ciencia y de las técnicas de investigación con que se trabaja en la disciplina para la cual colabora. Lo deseable es que el editor académico entienda perfectamente el texto que va a publicar, y eso, desde luego incluye el método de citación.

La Revista y el Centro funcionaban bien. En septiembre de 1950 fue la última visita de Alonso al Colegio de México y en una carta a Alfonso Reyes manifiesta su satisfacción por lo que observó aquí y muestra su confianza en que los becarios logren alcanzar grandes vuelos.

Antes, luego de su primera visita a México, escribió a Reyes el 11 de febrero de 1948:

Yo, contentísimo. La *RFH* seguirá viviendo hasta hacerse vieja, y a su calor puede y debe salir una decente nidada de filólogos mexicanos<sup>94</sup>.

Con estas palabras se resume mucho de lo que aquí queremos demostrar: primero que en las tres revistas estudiadas existe la idea de continuidad, al punto que en 1948 Alonso se sigue refiriendo a ella con las siglas de la revista argentina, la cual, dice, seguirá viviendo en la mexicana, y por otro, que de la Revista es de donde saldrán los nuevos filólogos. El centro de la escuela de filología mexicana.

Después de su segunda visita al Colegio de México, Alonso confía que en manos de Lida la Revista y los filólogos saldrán adelante:

El lote de filologueznos, admirable. Lástima no haber tenido más ánimo y fuerzas para estar con ellos más

---

<sup>94</sup> *Ibid.*, p. 217.

tiempo. Pero Lida es un despertador de vocaciones y un director de trabajos de primer orden. Él los llevará a buen puerto<sup>95</sup>.

Poco después de esta visita, en mayo de 1952, Amado Alonso murió y Raimundo Lida, en tanto sucesor casi obligado de Alonso, aceptó la invitación para sustituirlo en la cátedra de Harvard, a donde se mudó definitivamente en 1953.

El proyecto de la nueva revista mexicana fue una iniciativa de Amado Alonso quien contó con el apoyo incondicional de Reyes. Incluso, antes de que saliera el primer número, Alonso le propuso a Alfonso Reyes que ambos aparecieran como codirectores, a lo que el mexicano se negó. Reyes sólo lo apoyó pero sin intervenir de manera directa. Así que cuando faltó Alonso, Raimundo Lida se siente obligado a preguntarse sobre el futuro de la empresa. Unos días después de la muerte de Alonso, el 28 de mayo de 1952, le escribe a Reyes las siguientes líneas:

¿Qué hacer con la Nueva Revista, don Alfonso? Bien sabemos todos que don Amado querría verla continuar sin titubeos... Y sin embargo, me parece una especie de profanación el continuarla en su ausencia. ¿Qué hacer?<sup>96</sup>

---

<sup>95</sup> *Ibid.*, p. 246.

<sup>96</sup> *Correspondencia Alfonso Reyes, Raimundo Lida y María Rosa Lida de Malkiel*, ed. Serge I. Zaïtzeff, El Colegio de México, México, 2009, p. 54.

La preocupación de Lida parece tener sentido, pues sin Alonso difícilmente podría sobrevivir el proyecto; pero el problema no sólo era la ausencia de Alonso, sino que había que sumar a ella la del propio Lida.

Pero la revista continuó en manos de Antonio Alatorre, un joven estudiante mexicano que fue el más cercano discípulo de Raimundo Lida. Sin embargo, con él la forma de trabajar cambió radicalmente. El concepto de Revista como piedra angular en la formación de nuevos filólogos terminó. Los estudiantes sólo ayudarán en labores de menos responsabilidad. El mismo Antonio Alatorre explica la forma en que se trabajó cuando él quedó a cargo de la Revista y del Centro:

Decir que en cuanto atención a la *NRFH* yo dejé muy atrás a Lida suena muy positivo. Pero mi atención puede calificarse, muy objetivamente, de enfermiza. Lida supo delegar muchas cosas. Yo no delegué ninguna. Dejaba a veces que la corrección de las galeras la hicieran los becarios, para que se enseñaran, y yo, pacientemente, les enseñaba las erratas que se les habían colado, para que aprendieran, porque luego las leía de cabo a rabo, y las primeras pruebas, y las segundas y las terceras. Yo corregía el estilo de los originales que llegaban; traducía los que no venían en español; mantenía correspondencia (jamás tuve secretaria) con los autores para preguntar unas cosas, para sugerir otras<sup>97</sup>.

---

<sup>97</sup> CLARA E. LIDA y JOSÉ A. MATESANZ, *op. cit.*, pp. 275-276.

Con estas palabras muestra que con él terminaba una tradición en cuanto a la forma de vincular el aprendizaje filológico con el órgano de difusión del grupo. Aquel “nosotros” del Centro de Estudios Históricos madrileño y del Instituto de Filología de Buenos Aires, se transformó en un “yo” cuando, a partir de 1953, Antonio Alatorre se hizo cargo de la Revista y del Centro.

Clara Lida, hija de Raimundo, dice:

...a diferencia de los primeros años, con Alatorre nunca se alentó a los estudiantes e investigadores más jóvenes a colaborar en la *NRFH*, lo cual se puede verificar hojeando los números de la revista desde entonces. En estas circunstancias era inevitable que la presencia de los investigadores en el Centro fuera desganaada y más o menos efímera<sup>98</sup>.

Aunque la *NRFH* sigue publicándose, como sigue también la *RFE*, el sentido de ambas publicaciones ha cambiado radicalmente. Dejaron de ser órgano de difusión y de enseñanza de una escuela para convertirse en publicaciones abiertas a todo el mundo. Sin duda, esa apertura implica entre otras cosas, por ejemplo, la necesidad de publicar Normas de estilo, porque ahora los colaboradores no necesariamente aprendieron en la misma escuela el método de investigación.

---

<sup>98</sup> *Ibid.*, p. 278.



En este capítulo es interesante sintetizar una serie de circunstancias que le dieron un carácter peculiar no sólo al grupo de filólogos como escuela, sino a las tres revistas que publicaron durante el tiempo que el grupo funcionó como tal. Los “laboratorios de investigación” ideados en Madrid por Menéndez Pidal enseñaron al grupo a trabajar en equipo bajo la supervisión de un maestro e introdujeron la práctica de colaborar en los proyectos comunes. La Revista, como proyecto común, era parte fundamental para la formación de los miembros de la escuela. La edición de la revista, según Alatorre “era parte integrante de la educación y la enseñanza”. En la práctica diaria los mismos filólogos que aprendían a investigar cuidaban la edición de la Revista, así que eran productores y editores de muchos de los materiales que se publicaban. Esto garantizaba que el texto que se publicaba fuera fiel a la idea del autor. La perfecta difusión de las ideas, como parte importante del quehacer científico, se garantizaba con la labor de los autores en los trabajos de edición. Pero los filólogos sabían que el conocimiento de los recursos tipográficos con que contaba la imprenta era fundamental para publicar los textos. Esto, desde luego, es importante para nosotros debido a que, cuando las revistas alcanzaron una gran difusión afuera del grupo, tuvieron que cuidar el formato de la revista para mantener su

identidad pero a la vez tenían que buscar que el mensaje fuera comprendido por más lectores y de diversas nacionalidades. Además, el prestigio académico que con el tiempo adquirió el proyecto en otros países, fomentó la colaboración de filólogos de otras nacionalidades y otras tradiciones editoriales, quienes publicaban con su propio sistema de citas y que, lejos de ser modificado por los editores, fueron aportando detalles al sistema de citación que iban perfeccionando. Los recursos tipográficos también se fueron ampliando conforme las revistas pasaban de un país a otro, con la incorporación de nuevos recursos materiales y de nuevas prácticas de impresión.

La filología, además de un saber teórico, tiene mucho de conocimiento práctico. La labor de edición de los textos implica una forma determinada de presentar la información. Esto se aprendía editando textos bajo la supervisión de un maestro. También es necesario, no obstante, el conocimiento de un código especial que tiene importancia a la hora de editar un documento. A esto se refiere Alatorre cuando dice que Lida le enseñó el “significado de las comillas simples, abreviaturas...”, un conocimiento que difícilmente se podía aprender en los libros, entre otras cosas porque es un saber que hace muy poco llegó a las páginas de los manuales. Era fundamental para el correcto desempeño de la labor filológica. En este

sentido es importante el hecho de que el único que podía dar el tise era el mismo filólogo. No había un editor fuera de la escuela de filólogos; el editor era el filólogo de mayor experiencia del grupo. El filólogo era quien tenía comunicación con la imprenta y conocía una serie de recursos tipográficos de que podía valerse para transmitir correctamente el sentido del texto que publicaba.

Hemos visto que el filólogo (Amado Alonso) está preocupado por los recursos de imprenta con que cuenta la revista. La labor del filólogo empezaba en la investigación documental, pero terminaba hasta que el resultado era recibido por el lector. Entre ambos, filólogo y lector, estaba el conocimiento de una serie de valores asignados a recursos tipográficos, siglas y abreviaturas, que ambos debían conocer. Más adelante veremos algo de esto en las revistas de filología en español.



## EL SISTEMA DE CITACIÓN EN LAS REVISTAS

En el capítulo anterior comprobamos la existencia de una escuela de filología española, es decir de una comunidad con intereses científicos similares que compartía un saber y un método para alcanzar los objetivos propuestos en las investigaciones en torno a las revistas de filología que estamos analizando. También quedó claro que el grupo de filólogos hispánicos veía la labor editorial de las sucesivas revistas como algo fundamental no sólo para dar a conocer el resultado de sus investigaciones, sino también como un elemento que daba cohesión al grupo y parte fundamental de los “laboratorios de investigación” en los que aprendían la ciencia filológica. Las revistas fueron importantes para el grupo de filólogos en lengua española tanto al interior, útiles incluso para preparar a los jóvenes en las tareas editoriales, como al exterior, pues gracias a las revistas contaron con un público lector que era su objetivo principal y quien sostenía económicamente la empresa.

Lectores y productores de textos formaron una comunidad unidos no por compartir un mismo territorio, porque los encontramos en tres países diferentes, ni por compartir una misma revista,

pues se agruparon en tres revistas con nombre distinto. Lo realmente importante de esta comunidad era el conocimiento. Se compartía un interés por la filología. Entre quienes producían ese conocimiento y quienes lo recibían, estaba la revista; la edición de los textos era un puente entre el productor y el receptor del conocimiento. Esto supone un bagaje común. En este capítulo mostraré parte de las ideas que orientaban las investigaciones y que regían los criterios a la hora de editar las revistas, en el entendido de que estas ideas eran compartidas, también, por los lectores.

#### LA TRANSCRIPCIÓN Y EDICIÓN DE TEXTOS Y DOCUMENTOS

La labor del filólogo, de los filólogos que estamos estudiando, se centra, fundamentalmente, en dos procesos. El primero consiste en la edición de los textos antiguos para darlos a conocer o para hacerlos accesibles a las nuevas generaciones, por lo cual deben ser editados con rigor para que sean confiables, es decir reflejen fielmente lo que el autor ha querido decir, pero sólo así otro investigador puede extraer datos útiles de ellos. Cuando el texto refleja exactamente la idea que quiso transmitir el autor al escribirlo, servirá como ins-

trumento para entender la civilización y la lengua en el momento de su escritura, algo necesario sobre todo en textos antiguos. El segundo proceso de edición se da cuando los investigadores preparan el resultado de sus investigaciones o las de los otros colaboradores para que sean publicados en las revistas. Esta última forma de edición es la más común en la actualidad en el ámbito académico. Pero entre ambos modos de edición existe una correspondencia que es importante destacar. Más aun, muchos de los usos de la edición de las revistas, en cuanto al uso de signos y abreviaturas, por ejemplo, vienen de esa práctica de edición de textos antiguos.

En las revistas analizadas encontramos esos dos momentos de la edición; los filólogos se dedican a la tarea de editar textos antiguos, como el primer artículo de la *Revista de Filología Española*, en el que Menéndez Pidal publica la edición de un poema hasta entonces desconocido: *Elena y María*; pero ese texto editado sirve a su vez como fuente de datos para sustentar una teoría acerca de la poesía tradicional de la Edad Media, y posteriormente servirán para obtener datos acerca de la historia, la literatura o la lingüística del momento en que fue escrito.

Sobre la labor de edición de textos literarios de los filólogos del Centro de Estudios Históricos

tenemos un testimonio interesante escrito por Américo Castro. Podemos confiar que las ideas expuestas por él son las mismas que orientaban el trabajo de la escuela de filología española que estamos estudiando, según la siguiente anécdota. Alfonso Reyes, recordando su estancia en Madrid, dice que tenía la idea de escribir un folleto sobre crítica de textos “con una colección de casos ilustrativos, desde documentos paleográficos hasta ediciones modernas”<sup>1</sup>. Dice que él y Solalinde pidieron material a Américo Castro para preparar el texto, pero que como nunca llegaron a escribirlo, “Castro, que nos dio varias notas, al fin acabó por aprovecharlas en cierto articulito sobre «La crítica filológica de los textos»...”<sup>2</sup>.

Ese texto está publicado, así que podemos conocer algunas de estas ideas<sup>3</sup>. El autor comienza diciendo que se piensa que la labor de edición de un texto es un trabajo que sólo exige paciencia, pues se cree que consiste en “copiar fielmente, corregir con esmero las pruebas”. Con esto se queda la mayoría, aunque alguno va más allá y considera también como labor del editor “depu-

---

<sup>1</sup> ALFONSO REYES, “El reverso de un libro. (Memorias literarias)”, en *Obras completas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, t. 12, p. 222.

<sup>2</sup> *Id.*

<sup>3</sup> A. CASTRO, “La crítica filológica de textos”, pp. 171-197.



rar” un texto, es decir, a partir de la idea de que la lengua del texto o del manuscrito “se encuentra mezclada con impertinente broza, y que a la pluma del editor toca ir separando esas impurezas”<sup>4</sup>. Castro aclara que el trabajo del editor de textos literarios es algo distinto y “mucho más complejo”.

Recuerda que cuando ellos comenzaron a publicar ediciones filológicas, “lo extraño y anómalo de aquella técnica se revelaba en la escasa atención prestada a los nuevos métodos. Menéndez Pidal no era para muchos sino un hombre paciente y metódico”<sup>5</sup>. Recuerda un hecho de que se ocupó Menéndez Pidal. La *Biblioteca de Autores Españoles* fue uno de los pocos esfuerzos del siglo XIX español por editar textos clásicos españoles. Sin embargo, como fue hecho sin seguir un método científico, ese esfuerzo “inhabilita a dicha colección para estudios delicados de filología”<sup>6</sup>. El Centro de Estudios Históricos se propuso, entonces, volver a editar esos textos. Si los datos que aporta un texto no son confiables, las consecuencias pueden ser penosas. Castro recuerda el caso de Rufino José Cuervo, gran filólogo colombiano que emprendió la hazaña de publicar un *Diccionario de construcción y régimen*, el cual no pasó de la

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 171.

<sup>5</sup> AMÉRICO CASTRO, “Cuánto le debemos”, pp. 286-287.

<sup>6</sup> “La crítica filológica de los textos”, p. 174.

letra *d*, debido a “convencerse el autor de que el inmenso material lexicográfico que había reunido para aquella obra monumental, tenía como vicio de origen proceder de la *Biblioteca de Rivadeneyra*”. Así que cuando Rufino José Cuervo cotejó las papeletas con las ediciones primitivas encontró que “los mil detalles delicados con que necesita contar el lingüista para sus demostraciones no habían sido respetados por los editores de Rivadeneyra”.

Antes de entrar en materia, Castro da su definición de edición: “Editar un texto significa comprenderlo e interpretarlo”. Para lograr esto no basta con saber paleografía ni copiar fielmente el texto. De lo que se trata es de ir descubriendo “la lección del manuscrito o del impreso”. En ese sentido es que la escuela de Menéndez Pidal habla de la labor “científica” que desarrollaron, pues dice:

la tarea del editor científico es resultado de una larga elaboración técnica, y la publicación de un texto viene a ser el coronamiento de la labor filológica<sup>7</sup>.

Explica esa labor, más allá de la idea común de que la labor filológica consiste en mostrar el cono-

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 176.

cimiento que se tiene de lengua muertas o el “ocuparse de las palabras”:

La filología es una ciencia esencialmente histórica; su problema consiste en prestar el mayor sentido que sea dable a los monumentos escritos, reconstruyendo los estados de civilización que yacen inertes en las páginas de los textos<sup>8</sup>.

Este ejercicio requiere el uso del método científico por parte del filólogo, pues los textos, para él:

son una base sobre la cual ha de reconstruir sistemática, es decir, científicamente, en primer lugar, la lengua considerada en lo que tiene de realidad física, o sea los sonidos; luego, la forma y estructura de ese lenguaje, todo ello considerado como un momento en la evolución del idioma adscrito a cierto territorio<sup>9</sup>.

Los textos son, así, el testimonio de un estado de lengua, pero no sólo eso, sino que también son una forma de conocer el estado de la civilización del pueblo a que pertenece:

...hoy no se estudian las palabras sino unidas a la cosa real que representen, a cualquier orden que pertenezca esta realidad. Considerada de esta suerte, la filología invade la historia de la civilización en cuanto ésta se refleje especialmente en el lenguaje<sup>10</sup>.

---

<sup>8</sup> *Id.*

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 176-177.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 177.

Américo Castro expone los dos momentos esenciales en que se divide la investigación dentro de los estudios filológicos:

...primero, retrotraer los textos desde la forma en que se nos aparecen hasta aquella que tuvieron al salir de las manos del autor; después proyectar sobre dicho texto la mayor luminosidad cultural para que su realidad se aproxime cuanto sea posible a la que tuvo en la mente del autor y en las de los más comprensivos de sus contemporáneos<sup>11</sup>.

De esta labor saldrá un texto que, a su vez, será objeto de estudio de otras ciencias. De ahí la importancia del rigor que se debe observar en la edición de los textos.

Castro señala una serie de errores que encuentra en diversas ediciones españolas publicadas en el pasado. A lo largo de este recuento hace algunas observaciones interesantes. Por ejemplo, encuentra que hay errores “achacables a la falta de elemental diligencia” a la hora de transcribir un texto. Hay otros errores “que vienen transmitidos con el texto original” en cuyo caso la responsabilidad del editor moderno es menor. Pero aclara:

Todo texto es fuente perenne de enmiendas, e introducir las acertadamente es uno de los menesteres primordiales del filólogo<sup>12</sup>.

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 178.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 181.

Las enmiendas son fundamentales, pero esta labor debe hacerse bien. Pone como ejemplo la edición de una comedia de Calderón del siglo XIX, en la que encuentra:

No hay valoración previa de los materiales de que se sirve el editor; la reproducción de los originales es deficiente, y en fin, faltan notas e ilustraciones que permitan al lector comprender a fondo la obra.

Y no es que no existan las notas, sino que su empleo es deficiente:

Sólo de vez en cuando hay alguna nota para advertir errores del texto, pero no para enmendarlos eficazmente<sup>13</sup>.

Las notas a pie de página, entonces, son un elemento fundamental para el filólogo. Entre otros usos, sirven para enmendar los errores del original. Aunque una edición anotada no es garantía de que esté bien trabajado el texto, según Américo Castro:

Una de las causas más frecuentes de errores es la no comprensión de lo que dice el original; el editor se pone entonces a corregir lo que no lo necesita y resultan a veces divertidos disparates<sup>14</sup>.

---

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 184.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 187.

Esto me parece interesante para nuestro tema. El editor debe entender cabalmente el texto que está trabajando. No se trata de hacer cambios en el original cuando no son necesarios, algo que suele ocurrir con mucha frecuencia si la forma de citar que usó el autor del texto académico no se ajusta a las normas de la publicación que recibe el original. A veces, el editor aplica esas normas de manera casi automática y acaba modificando algo que de inicio no necesita ser corregido porque no está mal. Es necesario, entonces, que el editor comprenda perfectamente el sistema de citación que se empleó en el original para, en todo caso, hacer la conversión al sistema exigido por la editorial en que colabora tratando de no alterar el sentido.

Por último, se propone explicar el procedimiento que se debe seguir para publicar un texto. Lo primero que debe tener en cuenta el filólogo, al igual que el editor, es, precisamente, respetar el texto:

El principio general es que nuestra edición debe reproducir el texto tal como salió de manos de su autor<sup>15</sup>.

Una labor nada sencilla cuando se trata de un texto antiguo del que existen variantes. Para lograr

---

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 192.

este objetivo es necesario poseer el “autógrafo”, agrega: “con todos los signos de autenticidad”. Lo que, en realidad, reconoce, ocurre raramente. Lo más común es “que haya varios manuscritos, copia del original”, en cuyo caso es necesario que:

...a través de ellos tengamos que reconstruir la lengua de la primitiva redacción que no poseemos, al que se le suele llamar “arquetipo”<sup>16</sup>.

Para conseguir esto es necesario conocer a fondo la lengua de la época y de la región del autor, así como la de los escritos análogos.

Como deja ver este documento de Américo Castro, la labor de edición filológica de textos es fundamental para el conocimiento cabal del pasado, no sólo de las obras tratadas, sino de los diferentes estados de lengua y aún de la “civilización” en que fueron escritos. El interés por el conocimiento y rescate de ese pasado durante el siglo XIX era multinacional. Alemania, Francia, Italia, dedicaron grandes esfuerzos por conocer el origen y la evolución de su idioma y lo único que tenían para lograrlo eran los textos. Así que en este contexto, el rigor con que se editaba debía corresponder a las expectativas de estudiosos de otras naciones y de otras lenguas; pero también el

---

<sup>16</sup> *Id.*

método. Su conocimiento debía ser compartido por una comunidad de estudiosos de otras naciones. En este sentido se realizaron esfuerzos por elaborar unas normas “universales” para la edición de textos<sup>17</sup>.

Estas ideas de Américo Castro, que nos muestran algunos de los principios con que se editaba en la escuela de Menéndez Pidal, no deben entenderse sólo como un método para trabajar textos antiguos. Hemos dicho que el filólogo debe editar manuscritos antiguos igual que artículos actuales. Las ideas que expone Castro son válidas para ambos trabajos. Una idea fundamental es la de que el editor debe reproducir el texto que diga exactamente lo que quiso decir el autor. Algo válido en textos tanto antiguos como modernos. Ahora podemos iniciar la descripción de las revistas de filología en español. En este capítulo presentaré un artículo de cada una de las tres revistas tratando de destacar la forma de citar otros textos. Para ello he seleccionado trabajos escritos por filólogos que tuvieron que ver directamente con la edición de la revista en que aparecieron los trabajos con el fin de ver el sistema de citación sin que intervenga otro editor. En los tres casos, quien escribió el artículo fue el encargado de edi-

---

<sup>17</sup> Sobre este tema véase el Apéndice I de este trabajo.



tarlo. Es decir, en sus manos estuvo la labor de recoger el material en la investigación y de publicar los resultados.



~~Finol~~  
R

447

JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS  
CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

REVISTA  
DE  
FILOLOGÍA ESPAÑOLA

DIRECTOR:  
RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

TOMO I — 1914



113700  
28/4/17

MADRID



La *Revista de Filología Española* comenzó a publicarse en enero-marzo de 1914, según reza la cabeza del tomo I, Cuaderno 1º. Su periodicidad en esa primera época era trimestral, aunque ahora es semestral. Su formato 24 x 16 cm y la mancha tipográfica es de 17 x 9, 5 cm. En el período que aquí nos ocupa fue impresa en Madrid por los Sucesores de Hernando.

Las secciones que la componen son:

Artículos

Notas

Miscelánea

Notas Bibliográficas (Reseñas)

Noticias

Bibliografía

Índice de materias

En la portada del primer tomo aparece el nombre del Director: Ramón Menéndez Pidal. Por la *Memoria* de la Junta sabemos que “está encomendada su gerencia al señor Navarro Tomás”.

Sobre la labor de publicación dice el informe:

En la formación de la “Revista” ha colaborado propiamente todo el personal de la Sección de Filología, y en especial —aparte del Sr. Menéndez Pidal— los señores Castro, Onís, Solalinde, Reyes, Navarro Tomás y Gómez Ocerín.

En el último cuaderno del tomo 23 (1936) aparece un colofón con la siguiente leyenda: “Este número de la Revista de Filología Española ha sido impreso en Madrid, en la Imprenta de Librería y Casa Editorial Hernando, en el mes de julio de 1937”. Seguramente lo que motivó este inusual colofón fue la idea de que tal vez sería la última vez que la Revista se publicaba en Madrid, luego de que los miembros del Centro de Estudios Históricos tuvieron que abandonar la capital ante el avance del franquismo.

Con la dirección de Ramón Menéndez Pidal se publicó la revista durante 22 años: de 1914 a 1936, aunque hasta hoy se han conservado muchos elementos formales de la Revista.

El tomo 1 abre con un artículo de Miguel Asín, titulado: “El original árabe de la *Disputa del asno contra Fr. Anselmo Turmeda*”. El título de la *Disputa* va entre comillas y las que cierran son comillas bajas, ¿tal vez un rasgo de que la inspiración del formato se basó en revistas alemanas? Este artículo y el siguiente de Menéndez Pidal estaban pensados, como ya vimos antes, para la serie de Cuadernos que iba a publicar el Centro de Estudios Históricos, así que es posible que su preparación haya sido anterior a la fundación de la Revista. Sin embargo, como veremos, el sistema que emplean en su edición será, desde luego con

variaciones debidas a los autores, el mismo que se usará durante muchos años e incluso, en lo esencial, es el que seguimos encontrando en la *RFE* el día de hoy.

El título va en altas de 2 tamaños, centrado, y entre éste y el texto existe una pequeña pleca centrada:



Los subtítulos van en altas y bajas negritas centradas y con punto final.

En este primer artículo no se usan todavía las versales y versalitas para los nombres de autor en las notas a pie, algo que luego será común en las tres revistas.

Al final del artículo a la derecha aparece el nombre del autor en versales/versalitas con punto al final y abajo a la izquierda aparece "Madrid, diciembre de 1913".

El artículo comienza con sangría, aunque actualmente se ha hecho normal omitirla luego del título principal o de los subtítulos:

La primera sospecha de este plagio estupendo vino me a las mientes, al leer la introducción magistral de Menéndez y Pelayo a sus *Orígenes de la Novela*<sup>1</sup>. El sobrio pero perfecto análisis que allí se hace de la celebérrima *Disputa* del

Así como se respeta este blanco, se acostumbra en esta primera época de la *RFE* dejar un blanco (fino) antes de algunos elementos tipográficos, como antes de la llamada a pie. Esto servía para darle claridad al impreso, sobre todo cuando la llamada aparece después de un texto en cursivas o después de números. Por otro lado, también es interesante que la numeración de las notas empieza en cada página, una práctica antigua común, lo que contribuía a la claridad del texto, porque difícilmente encontraremos una llamada con dos dígitos.

También encontramos un espacio antes y después de los guiones:

lo que por muy suyo había tenido. Sin ser en realidad otra cosa que un traductor mediocre y un teólogo adocenado—en lo literario <sup>1</sup>—a la vez que un hombre sin convicción ninguna—en lo moral—, estuvo, sin embargo, a punto de alcan-

Las llamadas a pie de página siempre aparecen antes del signo de puntuación y luego de un espacio en blanco, algo que algunos editores actuales consideran una práctica errónea:

mos se convirtió al islam. Algún tiempo después llegó a reinar sobre los genios un príncipe sabio y prudente, llamado *Binarash*, apellidado *Xah Mardán*, que tenía su corte en una isla llamada *Blasagón*, en medio del mar Verde, contiguo al Ecuador <sup>1</sup>.



Para separar el texto de las notas se emplea una pleca y las notas tienen una sangría. La pleca la suelen usar hoy en la *RFE*:

de ver, en el pleito de los animales contra el hombre, inserto en la Enciclopedia de los *Hermanos de la Pureza*.

<sup>1</sup> Huelga decir que la primera maravilla, es decir, la inconfundible variedad de los rostros humanos, fué tópico vulgar en la literatura cristiana medieval, derivado de Plinio. Cfr. Köhler, *Alteine Schriftm.* II, 16. También la encuentro, pero como fruto de observación personal, en el *Libro de los caracteres y de la conducta*, del cordobés Abenházam († 456 = 1063). Cfr. edic. Cairo, pág. 69.

La pleca y la sangría de las notas, así como el puntaje menor del texto de las notas sirven para separar los elementos que son intertextuales, para darle claridad al artículo y para que no quede duda de a quién pertenecen las ideas de la página.

Las cornisas alternan nombre de autor en las páginas pares y título del artículo en las nones y la foliación no va alineada con el texto. Este recurso tipográfico es útil para que el lector encuentre fácilmente un artículo en la revista:

«LA DISPUTA DEL ASNO», DE TURMEDA

9

los hombres sobre los animales; pero añade que él la conocía muy bien desde el principio de la disputa [477-478].

Las diferentes secciones en que se presenta la exposición de las ideas en los artículos se separan por subtítulos que vienen en negritas y centradas:

3.— La Enciclopedia de los Hermanos de la Pureza, y su «Disputa de los animales contra el hombre».

Pasemos ya a precisar cuál sea el original que Turmeda plagió en su *Disputa*.

Otros recursos tipográficos que ayudan a identificar elementos textuales y que le dan personalidad a la revista son, por ejemplo, que los siglos siempre van en versalitas:

A mediados del siglo IV de la Hégira, correspondiente al X de nuestra Era, el pensamiento libre de los herejes *motáziles*, aliado con el sincretismo de los *xiiés*, dió origen en Ba-

Paréntesis: si el texto está en cursivas, también los paréntesis:

en una verdadera Enciclopedia formada por cincuenta y un tratados o epístolas (*rasail*), que versan sobre todas las ciencias

Las cursivas se usan para resaltar términos, para señalar locuciones extranjeras:

al X de nuestra Era, el pensamiento libre de los herejes *motáziles*, aliado con el sincretismo de los *xiiés*, dió origen en Ba-

y desde luego, para marcar el título de obras:

cante, desarrollando en cambio los elementos fantásticos, según se ve en *Li Fabelé dou Dieu d'Amors* y en *Vénus la déesse d'amour*!. Pero si la imitación se hacía teniendo en cuenta

Las comillas sencillas se suelen usar para dar el sentido de un término:

Pero la palabra «clérigo» olvidaba cada vez más el sentido de 'letrado', para quedarse sólo con el sentido fundamental de 'sacerdote'. *Hueline* trata con la más confiada desenvol-

Las negritas se usan para resaltar términos, como en los diccionarios:

<p><b>Abtarda</b>, 87, forma etimológica frente a «abutarda».  <b>Afijado</b>, 111, el bautizado respecto del cura que le bautiza.  <b>Agua sagrada</b>, 368, 'agua bendita'; «el agua es sagrada con las santas palabras que lí dicen; ..... quando es sagrada»</p>
--

Es interesante observar que el uso de las negritas en las revistas que estamos estudiando fue decreciendo. Mientras en la revista española era usual para destacar elementos de la página, como subtítulos y otros elementos, en la revista argentina disminuye hasta llegar a la mexicana, en la que prácticamente sólo se usan cuando el autor cita términos del diccionario.

En cuanto al uso de las comillas, encontramos una de las diferencias más visibles entre la revista española y la mexicana. Es normal en la *RFE* el uso de las llamadas comillas francesas:

<p>simplemente «un escolar....que moró mucho en Lombardía para aprender cortesía» 5. Se recuerda, pues, aquí bien claramente el antagonismo de las dos clases sociales.</p>
---

Estas comillas son muy útiles en el ámbito filológico donde son comunes los títulos de artículo o frases entrecomilladas que adentro llevan un término que debe ir entre comillas sencillas: así, con ellas se evita la unión de tres comillas al final o al principio del título o la cita. En la *NRFH* la costum-

bre es a la inversa, se ponen entre francesas los elementos a destacar dentro de comillas.

En la *Revista de Filología Española* hasta hoy se usan las comillas francesas. En los primeros números son raros los casos de citas largas que tengan que salir a bando. En el vol. 2 (1915), p. 9: encontramos este caso:

POESÍA POPULAR Y ROMANCERO	9
<p>La variante de Hurtado está más conforme con el espíritu y la letra de las crónicas: «E dezía en llorando la infante: «Mez-»quina, ¡qué faré o qué será de mí!... ¡Seer fija de tan honrra-»do rey e de reyna tan honrrada, e aver de andar por el »mundo lazada e desanparada! Más me valdría la muerte; »ca, mal pecado, non será tal ninguno que me quiera »aver que me non aya.»</p> <p>Todo lo dicho nos indica que la variante de Hurtado representa un estado del romance más próximo a la tradición</p>	

Así aparece en el artículo “Poesía popular y romancero” de Ramón Menéndez Pidal. Es curioso porque, al parecer, este antiguo modo de citar, al margen izquierdo y que para señalar que la cita continuaba se solía colocar una comilla al inicio de cada renglón dio origen a los espacios de las actuales citas a bando. El espacio dejado ahora es el que ocupaban las comillas en aquella forma de citar.

En la *RFE* prácticamente no encontramos citas largas, y las que aparecen (en estos primeros años de nuestro estudio) van integradas al texto, con excepción de las citas de poesía. En la revista argentina, empezaremos a ver, de manera más recu-

rente, las citas a bando que incluyen las llamadas a pie de página.

Luego del texto de Así aparece la primera colaboración de Ramón Menéndez Pidal, con el título: “*Elena y María*. (Disputa del clérigo y el caballero). Poesía leonesa inédita del siglo XIII”.

En la primera parte del trabajo, Menéndez Pidal presenta el manuscrito que dará a conocer. Al inicio explica la procedencia del texto: dice que lo obtuvo gracias al bibliógrafo Juan Sánchez y en nota a pie aclara: “El Sr. Sánchez había recibido a su vez este manuscrito del librero barcelonés Sr. Barba”. Es decir, se trata de una nota de agradecimiento, que a la vez sirve al autor para dar a conocer cómo consiguió el documento. Esta información, que pareciera de pura cortesía, en realidad sirve para darle autenticidad al documento; ha pasado por dos especialistas antes de recibirlo él.

Dice que se trata de un manuscrito desconocido hasta entonces y la compara con el hallazgo de *Razón de amor* que hiciera público A. Morel-Fatio en 1887 en la revista francesa *Romania*, algo que muestra su intención de poner a la Revista española al nivel de otra de mucha tradición en cuanto a la importancia del aporte.

Menéndez Pidal describe el manuscrito:

Trátase de un manuscrito en papel ceptí, letra de principios del siglo XIV, lleno de picaduras de polilla, y

muy destrozado en sus márgenes. Las hojas, por lo desiguales, parecen sacadas de desperdicios de papel: miden entre 63X65 y 50X55 milímetros, y forman un cuadernito, al que sirve de cubierta un pedazo de un diploma del siglo XIV (p. 52).

Y explica el tamaño:

El tamaño excepcionalmente pequeño del libro, propio para ser llevado en un bolsillo, y lo tosco de su ejecución, parecen indicarnos que se trata de una copia destinada tan sólo para el uso de un juglar ambulante (p. 52).

Antes de pasar al segundo apartado, Menéndez Pidal señala un problema que presenta el manuscrito: encuentra un “desorden” en el acomodo de los pliegos que van de los folios 13v al 18r. Esto lo tratará, dice, en el siguiente apartado, que lleva el título de “Contenido del manuscrito”.

El manuscrito contiene un poema en el que dos personajes, María, amiga de un abad y Elena, amiga de un caballero, discuten sobre cuál de los dos es mejor amante. Sin embargo, el diálogo se interrumpe en medio del folio 13 con un “inesperado” saludo de ambas a un rey a quien piden que intervenga en la disputa. El autor hace el siguiente razonamiento:

Hay aquí un evidente desorden en el original de nuestro manuscrito: en el folio 23 María propone llevar su cuestión al juicio de ese rey, y en el folio 25 v. ambas dueñas se ponen en camino para buscar a ese rey. Des-

pués de este folio 25 debe ir, pues, el saludo al rey del folio 13 v.

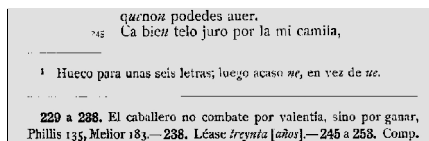
Por la lógica del desarrollo de la historia, el autor concluye que existe una alteración en el orden. Detecta un problema, pero aún no sabe cómo lo resolverá.

El autor propone un orden lógico y dice que, corregida esta dislocación de versos, tenemos que la poesía refiere un alternado alegato de María y de Elena en pro y en contra de sus respectivos amantes (folios 1 r. a 13 v., primera mitad, seguidos inmediatamente de los folios 18 v. a 23 r.); como la disputa se prolonga sin fin, María propone que la cuestión sea juzgada por el rey Oriol, cuya corte está toda consagrada al amor (folios 23 r. a 25 v.); ambas se encaminan allá, y después de saludar al rey, Elena empieza a alegar en favor del caballero, quedando aquí interrumpida la poesía (fol. 25 v., seguido de algunos versos perdidos, y luego de los folios 13 v., segunda mitad, a 18 r.).

Después se da a la tarea de transcribir el poema de acuerdo con el orden propuesto. Luego de esta transcripción, el texto, para el lector, será otro, muy diferente al que recibió Menéndez Pidal del bibliógrafo. Será el texto que se conocerá como *Elena y María*. Pero para esto hace falta que el filólogo fije el texto del poema y para ello se val-

drá de una técnica textual que ha ido desarrollando durante muchos años.

Antes de empezar hace la aclaración de que las adiciones, que aparecen entre “corchetes”, se deben a: “letras destruidas por la polilla o por el roce de los márgenes” y dice que “las adiciones o correcciones que hago al copista van relegadas a las notas”. Es decir, en esta parte del artículo va a valerse de dos sistemas: uno dedicado a aclarar el texto: para lo cual utilizará la numeración de los versos en el margen izquierdo cada 5; las notas irán a pie de página y en lugar de llamadas pondrá el número de verso que trata. Paralelo a éste aparece un sistema con llamadas en números volados y que refieren a notas puestas antes de las de versos y separadas por una fina pleca de margen a margen:



Por ejemplo, la llamada a pie en el verso 114 es:

fijas de omnes bo[nos] <sup>1</sup> en nartar,

y dice en nota: “1 Quizá no hubo espacio para [nos] y podría leerse *ha* sin más; comida la parte inferior de ambas letras”.



Porque lo que va entre corchetes lo ha introducido el filólogo, pero anota una posible justificación para el añadido. Así, por ejemplo, en el otro sistema de notas, en el que corrige el trabajo del copista, anota el verso 129, copiando:

que ayna falla ela olda.

En nota propone una palabra para el final de verso:

129 Léase *solda[da]*.

Para los versos 209 a 212:

Quando el abbad mi a dezia,  
a u moget maldezia;  
enla primera oraçion  
luego le echa la maldeçion.

En nota explica: “**209 a 212**. Parece que alude a las primeras palabras de la misa: «Judica me, Deus, et discerne causam meam de gente non sancta», Psal. XLII, 1”.

Luego de transcribir los 402 versos del poema, inicia el apartado 3: “El debate”, donde sitúa esta obra en el contexto de la tradición de la poesía latina y romance de los siglos XII y XIII en los que se discute, también, si es mejor el amor de un caballero (hombre dedicado a las armas) o el de un clérigo, entendido esto más como hombre de letras, propiamente, que de un sacerdote. Aquí introduce una llamada para remitir al lector a algunas obras dedicadas al tema:

2 Sobre este tema pueden verse A. JEANROY, *Origines de la poésie lyrique en France*, 1889, pág. 58 n.; y especialmente CH. OULMONT, *Les débats du Clerc et du Chevalier*, París, 1911; y E. FARAL, *Recherches sur les sources latines des contes et romans courtois du Moyen Age*, París, 1913, páginas 191-303, y *Romania*, XLI, 136 y 497.

El autor propone una serie de lecturas para conocer más sobre el tema, pero, al parecer, su intención no es avalar sus aseveraciones. Simplemente sitúa su trabajo también dentro de una tradición. Es interesante hacer notar aquí que en este, el segundo artículo del primer cuaderno, el nombre del autor de la obra citada ya está en versales/versalitas, rasgo que no se perderá a lo largo de la historia primera de las tres revistas y que servirá, más que un elemento decorativo, para poder hacer referencias abreviados poniendo el nombre en versales/versalitas. Hay un ejemplo de esto en la nota 1 de la página 63:

menos, luego los que tienen una sílaba más, y así alternativa

<sup>1</sup> Véase OULMONT, págs. 38-89, y FARAL, pág. 270, ambos citados arriba, pág. 69, n. 2.

Como ya ha citado la obra de ambos autores, le basta poner el nombre destacado tipográficamente y el número de páginas. El nombre así alcanza la categoría de sigla. Actualmente, podemos ver ese empleo del nombre como sigla de la obra, en citas en el texto entre paréntesis. Si antes se explica

que el nombre del autor equivale a la obra, no hace falta ni siquiera el hoy tan común *op. cit.*

El apartado 6 analiza la versificación del poema. *Elena* está escrito en pareados: 154 llevan consonante, 41 asonante y de 3 no se sabe qué rima llevan. Menéndez Pidal concluye, luego de un detallado análisis del manejo del lenguaje del poema, que “los juglares españoles, aun cuando imitaban la versificación francesa de metro constante, usaban el verso irregular, ateniéndose a formas primitivas y populares en España”. Como a esta conclusión llegó luego de comparar la versificación de este poema con otros españoles y franceses, apoya su idea con una nota a pie de página (p. 96) en la que dice:

1 Sobre la importancia de este hecho indico algo en el *Cantar de Mío Cid*, pág. 117. Sobre el metro irregular en España, véanse importantes observaciones de F. Hanssen en el *Bulletin de Dialectol. Rom.*, IV, 191 2, págs. 136-137.

Esta nota es interesante por varias razones. El autor es Menéndez Pidal, cita un trabajo suyo que apareció unos años antes, pero que supone que todos los lectores conocen bien. Así que únicamente da el título y la página, los datos editoriales no hacen falta entre la comunidad. Lo mismo sucede en la referencia al final de la nota; se refiere a un artículo de Hanssen aparecido en una revista

conocida por los lectores, así que omita el título y sólo da los datos necesarios para localizar el material: la revista, el número y las páginas.

Los materiales que le sirven de apoyo son conocidos por la mayoría de los lectores, en tanto que se trata de una revista especializada y en una época en que difícilmente existían dos ediciones de una obra. Pero el mayor apoyo de Menéndez Pidal para sus aseveraciones en este artículo es el propio manuscrito, el cual reproduce por completo.

Así vemos en este trabajo que, a partir de un manuscrito desconocido hasta entonces y luego de la organización de su contenido y un análisis que va desde la forma física hasta el significado de las palabras, el autor llega a conclusiones interesantes sobre el contenido y sobre la manera en que se producía y transmitía la poesía en una época muy lejana a la nuestra. Además, en el ámbito académico también es importantes, pues logra aclarar algunos aspectos de la relación de la poesía antigua española con la tradición francesa. La aplicación de la técnica filológica ha permitido obtener datos importantes a partir del estudio de un manuscrito que en la Edad Media sirvió para que un juglar se ganara la vida. La edición de textos consiste precisamente en eso, en hacer que de los documentos se puedan obtener datos útiles.

Véamos algunos ejemplos de la manera de citar en este primero volumen de la revista madrileña. En la página 97, en una reseña se habla de los textos de sintaxis y en nota a pie de página encontramos abreviado “Véase por ejemplo”:

el Sr. Haanssen en la edición alemana. Ha atendido el autor

<sup>1</sup> V. p. e. *Explicatio grammatice*, 1912; *La pasiva castellana*, 1912  
TOMO I.

Y unas páginas más adelante, en una reseña de Solalinde, quien se especializaba en hacer ediciones muy cuidadas dentro del grupo del CEH, en lugar de véase, usa *vid.*

En este primer número encontramos el uso del *ibid.* para sustituir nombre del autor y título:

el verso 16 de la primera parte, que dice así: *Septim*

<sup>1</sup> Petrus de Marca, *Marca hispanica*, Parisiis, 1688, col. 54  
<sup>2</sup> *Ibid.*, apéndice CCVIII, col. 1050.

Cuando se vuelve a hacer referencia a una obra luego de varias notas, encontramos en este primer volumen de la *RFE* el *op. cit.* completo y en español en notas a pie página:

<sup>1</sup> Véase también Hartel, obra citada, pág. 503, *Glossarium*, Abh. der phil. hist. Cl. d. Königl. St

En la página 365 del mismo volumen 1, Menéndez Pidal remite a una página posterior y no usa el *infra*:

de otra tierra venga, que non sea de León.

<sup>1</sup> Véase adelante, pág. 372.

En el tomo 1, en lugar del término latino *supra*, Menéndez Pidal prefiere la expresión en español:

**E**glisa, véase arriba § 2.

Sobre todo en los primeros números de esta revista española, el sistema que usan los filólogos de la escuela de Menéndez Pidal más que ajustarse a un sistema internacional para citar, se valen, en muchas ocasiones, de expresiones en español que significan lo mismo que las frases latinas, es decir prefieren la claridad antes que la abreviatura. En la forma de citar, de estos primeros números encontramos la misma redacción que se emplea en el texto, salvo algunas abreviaturas debidas al principio tipográfico de economizar en las notas a pie. Vemos “arriba” donde luego se usará *supra* y adelante donde *infra* o “Lug. cit.” en lugar de *loc. cit.*

<sup>1</sup> Lug. cit., pág. 366. Ya notó Schmidt, *Die Schauspiele Calderon's*, pág. 235, la estrecha relación entre esta novela de Lope y *A secreto*

En los artículos editador por esta primer generación de filólogos españoles, aún no es común el uso signos internacionales, por lo general en latín, tan comunes hoy. Es posible que no se tenga todavía una conciencia clara de los alcances internacionales de la publicación y que se piense más en un lector de casa. Por esta razón, por lo temprano de la publicación, vemos algunos detalles que ahora nos parecen extraños, y que luego desaparecerán. Por ejemplo las comillas al margen izquierdo en todos los renglones de la cita que vimos antes, que luego saldría a bando con un blanco donde antes estuviera la comilla, más de tres puntos suspensivos cuando se ha omitido algo, entre otros usos. Como raro nos parece hoy un caso que encontramos en el tomo 3 en el que vemos una nota a pie dentro de una nota a pie. La presenta Américo Castro, el teórico cuyas ideas vimos al principio de este apartado:

<sup>2</sup> Dice L. ZANTA, *La Renaissance du stoïcisme au XVI<sup>e</sup> siècle*, Paris, 1914, págs. 89 y 91: «Erasmе est le vrai type du rationaliste pratique de la Renaissance..... il connaît la nature humaine; le *sequere naturam* \* n'a pas seulement pour lui la portée de la loi antique, il l'applique à son temps..... La critique d'Erasmе consacre l'indépendance de la morale; elle affirme aussi la puissance de la raison et par suite l'autonomie de la volonté..... c'est en cela qu'Erasmе est stoïcien et sert le stoïcisme».

<sup>3</sup> Iniciador del neostoicismo renacentista. ZANTA, *op. cit.*, pág. 12.

\* Conviene recordar aún este pasaje de Cervantes: «Si acaso viniere a verte quando estés en la escuela alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes; antes le has de acoger, agasajar y regalar; que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás a lo que dehes a la naturaleza bien concertada.» *Quijote*, II, 42, edic. cit., VII, 103. (Véase arriba, pág. 361, n. 2.)





# REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

AÑO VIII

ENERO-JUNIO  
1946

NÚMS. 1-2



INSTITUTO DE FILOLOGÍA      HISPANIC INSTITUTE  
FACULTAD DE LENGÜAS Y LETRAS      DEPARTMENT OF SPANISH LANGUAGE  
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES      COLUMBIA UNIVERSITY  
BUENOS AIRES • NUEVA YORK



La *Revista de Filología Hispánica* apareció de manera trimestral en enero-marzo de 1939. Su formato es de 24 x 16 cm y su mancha tipográfica es de 20 x 11,5 cm. En la cuarta de forros dice: Printed in Argentina, Imprenta y Casa editora CONI, calle Perú 684, Buenos Aires (República Argentina).

En el centro de la portada aparece un cactus en sustitución del busto de Nebrija que aparecía en la portada de la *RFE* y al pie en dos columnas: Instituto de Filología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires y en la otra columna: Hispanic Institute, Department of Hispanic Languages, Columbia University.

Y al pie: Buenos Aires – Nueva York.

En la segunda de forros aparece la siguiente leyenda:

El Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y el Hispanic Institute in the United States de la Columbia University, de Nueva York, editan conjuntamente la *Revista de Filología Hispánica* en Buenos Aires y la *Revista Hispánica Moderna* en Nueva York, ambas complementarias en su objetivo común de estudiar y difundir la cultura hispánica. Se publican trimestralmente. La *Revista de Filología Hispánica* contiene artículos y notas sobre temas de literatura española, exceptuada la época moderna; sobre el español de la Península y de América; sobre el portugués, con especial referencia al Brasil; estudios teóricos y de métodos; información crítica, en reseñas y crónicas; una bibliografía clasificada...

En el directorio aparece: Amado Alonso como Director, como Secretario Raimundo Lida, luego se unirá a él el nombre de María Rosa Lida.

Entre los Redactores aparecen:

Ángel J. Battistessa

Américo Castro

Pedro Henríquez Ureña

Macos A. Morínigo

T. Navarro Tomás

Federico de Onís

Ricardo Rojas

Ángel Rosenblat

Las secciones que conformaban la *RFH* eran:

Artículos

Notas

Reseñas

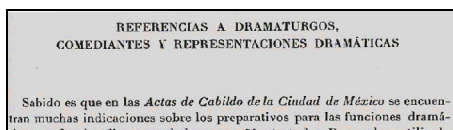
Bibliografía

Noticias

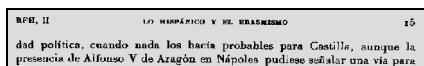
El último número publicado es el 1/2 del tomo 8 de 1946. Dejó de aparecer cuando Amado Alonso se fue a Nueva York y posteriormente en el Instituto de Filología de Buenos Aires, que ahora lleva el nombre de “Amado Alonso”, trataron de sustituirla con la revista *Filología*, que alcanzó un nivel de calidad en sus artículos muy bueno, sin embargo, en medio de retrasos, al parecer ya no se publica.

El número 1 inicia con un artículo de Tomás Navarro titulado “El grupo fónico como unidad melódica”. Con la participación de Navarro en esas primeras páginas queda de manifiesto la continuidad del grupo de Madrid. Hay que recordar que Navarro fue Secretario de la *Revista de Filología Española* y también nos muestra que la revista argentina no partió de cero, sino que ya contaba con los trabajos que estaban pensados para publicarse en la Península.

Aunque en sus elementos formales la revista es muy similar a la de su antecesora, encontramos algunos cambios interesantes en el formato. Uno de los que llama la atención es que ha desaparecido la pleca que dividía el título del texto en la *RFE*, aunque se sigue conservando la sangría en la primera línea del texto:



Las cornisas, a diferencia de la revista española, ahora van alineadas con los márgenes, es decir ha desaparecido el espacio que se le daba en la madrileña:



390	NOTAS	R.F.H., VI
puntos salteados. La forma pudo llegar desde España *. En Francia existe también, pero en zona reducida y muy distante de Italia, en la costa del Atlántico o cerca **.		

Además vemos algunos usos interesantes. En primer lugar, siguen conservando un espacio entre la llamada a nota y el signo de puntuación que le sigue, igual que en la *RFE*.

información salga a luz. Prescindimos, claro es, de noticias ya usadas en otros estudios *. Este cúmulo de datos se refiere en su mayor parte a las
---

También en este punto, observamos que siguen dejando un espacio fino antes de algunos signos:

comediantes, etc. Naturalmente, variaban en los gastos totales de las fiestas del Corpus (ejemplos : 3000 pesos en 1601 ; 4000 en 1606 ; 2000 en 1621 ;
---

Aunque ahora ha desaparecido la pleca entre el texto y las notas a pie de página que era común en la *Revista de Filología Española*:

na el sentido que para él tiene la pastorcita preciosa con que se topa a en aquellos pobres lugares de Barajas y Nava Redonda * , casi actúa como
---

\* AMÉNICO CASTRO, *El pensamiento de Cervantes*, págs. 37, 187.

\*\* *Íbidem*, pág. 189.

En las notas, el número que corresponde a la llamada va voladito; el nombre del autor sigue apareciendo en versales/versalitas, los títulos van en cursiva, incluso los de artículo en revista y las

siglas de revista ya no van siempre en redondas; aparecen las siglas o el nombre en cursivas. Aunque las notas ya no aparecen separadas por una pleca, queda muy clara la distinción entre texto y notas gracias a usar un puntaje menor. La interlínea en las notas hace que sea muy clara la lectura a pesar de usar un puntaje muy pequeño.

Igual que en la madrileña *Revista de Filología Española*, el nombre del autor aparece al final del artículo, alineado al margen derecho en v/v y con punto y una línea abajo la institución en redondas.

En esta revista, como en la madrileña se utilizan las comillas francesas para señalar palabras o términos, incluso, voces extranjeras, como en este ejemplo:

ten son como un « by-product » de aquel sentirse actuado desde afuera.

En la *RFH* aparecerá otro cambio importante: aunque sigue siendo muy superior el número de citas entrecomilladas dentro del texto comienza a ser frecuente el uso de las citas a bando, aunque a veces, en los primeros números, como en este primer intento se usen los dos elementos, sangría y comillas:

Pulgar, al echar en rostro al arzobispo Carrillo su deslealtad con los reyes, cuando su trono parecía tan inseguro, añade irónicamente :

« De espacio se estaba Dios, en buena fe, si había de consentir que el arzobispo de Toledo vanga, sus manos lavadas, y disponga así ligeramente de todo lo que él ha ordenado y cimentado, de tanto tiempo acá, con tantos y tan divinos misterios » .

Andrés Hernández, cura de los palacios, refiere cómo en su niñez caula-

Un formato que habíamos visto antes en poesía, no en prosa. En la misma página hay una cita más larga, pero sólo entre comillas e integrada al texto. Pero, a partir de aquí, ya sin las comillas, el sangrado sólo del lado izquierdo de la cita, se conservará hasta hoy en la *RFE* y en *NRFH*.

Las comillas simples se utilizan para referirse al sentido de un término:

los. Sea el verbo *salir*: en *salir del trance humillado*, *salir de apuras*, hay un uso metafórico, no un cambio semántico. La significación de *salir* 'pasar de dentro a fuera', o 'irse' es todavía valadera; sólo el recinto del

Una cosa que llama la atención es que han dejado de usarse las negritas para los subtítulos y en su lugar se hace un manejo más adecuado de los blanco. Podríamos decir que el uso de la tipografía es más discreto. Aquí un subtítulo se marca en versales/ versalitas en la misma línea con un guión largo de separación, un uso tipográfico que se ha conservado:

DIDO ES, TODA, OBRA DE VIRGILIO. — No cabe duda de que a Virgilio exclusivamente debe Dido su vida de fama dentro de la literatura occidental;

Un cambio interesante en la manera de citar es que se hace norma el uso de sólo tres puntos suspensivos ya sea en el texto o en las notas. Ya no veremos en ninguna ocasión más de tres puntos suspensivos como en la revista de Madrid.



Hay que destacar que el formato de las notas a pie que vemos comúnmente hoy en las revistas de filología se configuró, sin duda, en esta revista argentina: después serán normales el uso de las v/v en el nombre del autor, cursivas para el título del libro, cursivas para el título de la revistas...:

<sup>4</sup> NICOLÁS RANGEL, *Historia del torero en Méjico*, México, 1924, págs. 37 y 73-75; HARVEY LEBROT JOHNSON, *An edition of a Triunfo de los Santos with a consideration of Jesuit school plays in Mexico before 1650*, Philadelphia, 1941, págs. 28-30, y *Notas relativas a los corrales de la Ciudad de México (1626-1641)*, en *Recib*, 1941, III, 133-138. José Rojas Gar-

La *RFE* usa las comillas francesas en el título del artículo. En este ejemplo vemos que aún se conservan las cursivas para el título, tanto de artículo como de libro, es decir, no se distingue el título del artículo con comillas. Estos serán algunos cambios que se producirán en la revista mexicana. Pero con notas como ésta y las citas a bando, la *Revista de Filología Hispánica* está configurando una página más moderna que la de su antecesora, en el sentido de que los diferentes niveles de texto los establece con un manejo más adecuado y discreto de los elementos tipográficos y no con el uso de espacios y de plecas.

El número 2 del primer tomo abre con un largo artículo de Amado Alonso titulado "Sobre métodos: construcciones con verbo en movimiento en español", en él Alonso comienza por ofrecer una serie de ejemplos de oraciones con verbos como

*andar, poner, caer, echar*, del tipo *andar desatinado, caer en la cuenta, echar un discurso, salirle bien las cuentas...* entre muchos otros que, dice, aunque pueden tener algún equivalente con otras lenguas, en general “constituyen una manifestación de la específica «forma interior de lenguaje» del español” (p. 105), debido a que en ellos encuentra una singularidad del español en cuanto a la variedad de matices que tienen estas expresiones con verbos de movimiento. Dice que ya contamos con estudios parciales “sobre este singular aspecto del español”, de los cuales da cuenta en nota a pie de página:

RUFINO JOSÉ CUERVO, *Diccionario de construcción y régimen*. Paris, I, letra A, 1886; H, letras B-C, 1893, artículos *andar* y *caer*... HARRI MEIER, *Está enamorado – anda enamorado*, VKR, 1933, VI, 301-316. R. K. SPAULDING, *History and Syntax of the progressive Constructions in Spanish*, Berkeley, California, 1926...

El autor muestra en esta nota estudios sobre el tema que tratará, sin embargo, según Alonso, no todos son correctos, pues, asegura que le han sido de provecho “por sus aciertos y por sus fallas”, por eso habla del interés que lo mueve a publicar este artículo: “intento establecer los métodos que la investigación de estos temas requiere para ser satisfactoria” (p. 106).

Luego de esta introducción en la que plantea el tema y el objetivo, aparece el primer apartado cuyo título es: "I. La demarcación del material y la regularización de los usos". En esta parte del artículo explica qué material se debe incluir y cuál no a la hora de reportar los resultados. Dice que el material de estudio se debe recoger "con un cuidadoso trazado de los límites, de modo que entren todos aquellos giros que en el sentido idiomático del hablante guarden entre sí una relación sistemática" (*id.*). Aclara Alonso que en este registro que debe hacerse de los materiales es necesario determinar a qué corresponde cada uno de los giros idiomáticos recogidos, pues se puede deber a diversas causas. De esta manera se establece "qué es lo que realmente se usa (el material)". La primera parte del método sería ésa, la que consiste en el registro de materiales y en el estudio de su regulación. Pero esta primera parte desemboca en la segunda parte del método, que consiste precisamente en "la descripción de los contenidos de cada giro", lo cual, aclara el autor:

Ha de ser un análisis rigurosamente empírico del contenido lógico y psicológico efectivo... que atienda exclusivamente a observar y anotar lo que con el tal giro se signifique... sin ingerencias del observador para añadir sus propias interpretaciones, ni reducción a leyes, ni explicaciones genéticas (p. 112).

Es muy importante, conforme al método que está exponiendo, no sólo hacer un buen acopio de datos, sino que también es fundamental su manejo correcto. Los datos no deben interpretarse de manera subjetiva. Una vez que se tienen se debe analizar la regulación de su uso, es decir investigar qué quiere decir el hablante con ese giro, si en esta operación el investigador le asigna al hecho lingüístico lo que él cree saber, sin duda se llegará al error. Y aquí introduce una llamada a nota al pie para manifestar su desacuerdo con la forma de proceder sobre este punto de un autor:

1 El señor Matthies no ha tenido presente estas distinciones. Tampoco ha discernido entre el contenido de un giro y la regulación de su uso. Ambos aspectos, metódicamente discernidos, se iluminan recíprocamente; confundidos, traen oscuridad.

Esto lo demuestra con citas de la obra del autor: “*Una historia que anda impresa...*, interpreta Matthies (pág. 45) como que ‘se desarrolla’, gracias al carácter durativo (imperfectivo) del sujeto (!)” (p. 112).

En el apartado titulado “II. Análisis de los contenidos” explica que se debe describir el contenido de cada uno de los giros, tal como lo usan los hispanohablante. En este punto se debe discernir con toda claridad entre el contenido y las condiciones de su empleo de cada expresión. Hace el

análisis del contenido lógico y psíquico de varias frases con un sistema de oposición y contraste. Luego de esto, clasifica en grupos los ejemplos con que cuenta para el estudio. Con esto llega a algunas conclusiones teóricas, como la de que: “la descripción rigurosamente empírica de estos contenidos exige que se contemplen tanto las leyes de la forma como las leyes de la materia correspondiente” (p. 121).

En el último apartado: “III. El estudio histórico”, presenta el tercer “enfocamiento” del tema: la historia de los giros y la reconstrucción de sus encadenamientos genéticos. En este momento, ya no se trata de describir de manera empírica el contenido de una expresión, sino que se debe estudiar el proceso en términos sucesivos con el fin de “aclarar los procesos que han producido tal sucesión”. Advierte que el investigador debe abandonar “el sentimiento actual de lengua”. Y hace hincapié en un aspecto de la lengua que fuera determinante para los estudios de la Escuela de Filología de Madrid: “el idioma es concreta materia histórica, y como tal deben perseguirse las sucesivas etapas” (p. 131). Y es que, según aprendió en el Centro madrileño, para la reconstrucción de una historia semántica no se puede considerar el contenido de una expresión como un bloque homogéneo, ya que a lo largo de la historia

puede ir adquiriendo algunos rasgos y perdiendo otros.

Dice algo interesante: “La fonética histórica no tuvo carácter de ciencia hasta que la fonética descriptiva enseñó que cada fonema es un complejo de movimientos articulatorios...” (pp. 132-133). Pero no sólo basta ubicar el fenómeno en su contexto histórico sino, aclara más adelante el autor, “la investigación no se conforma con rastrear la antigüedad de la construcción; tiene que establecer si su estructura de significación ha evolucionado y cómo” (p. 133).

El aspecto histórico del lenguaje es sumamente importante para el grupo de filólogos que estamos estudiando. Ya para concluir el artículo, Alonso establece el por qué de esta importancia: hablando de la lengua, dice “más que un sistema asentado de elementos establemente relacionados, consiste en el perenne impulso del *homo loquens* a construir un sistema” (p. 138). El lenguaje está en constante evolución, y esto es importante para el filólogo, y es algo que no se debe olvidar, aunque para el estudio pueda parecer que es algo estable. Termina con esta aclaración:

En su última raíz, el ser del lenguaje es por eso un evolucionar; su funcionamiento es historia; y si, por las necesidades prácticas del trabajo científico, nos hemos visto obligados a separar cuidadosamente el estudio del funcionamiento actual del de la evolución (según

los conceptos saussurianos de sincronismo y diacronismo), al final nuestro pensamiento no se conformará con menos que llega a una síntesis de esos dos momentos: ver y presentar el funcionamiento de un sistema en perpetua evolución (p. 138).

Por esta razón, que comparten los lingüistas modernos, el estudio del lenguaje debe considerar la historia de la lengua. A veces lo único con que cuenta el investigador para tratar de deducir cuál era la lengua en una época y un lugar determinado es su literatura. Así que la tradicional relación que se da entre filología y texto escrito tiene, bajo esta premisa, plena justificación.

En este trabajo de Amado Alonso es evidente que los artículos publicados en la revista, trátase de cualquiera de las tres que estamos estudiando, eran una forma de difundir no sólo las ideas, sino además de los métodos de la escuela española a un público más amplio del que se reunía en torno a la publicación en el Instituto. Vemos la intención del autor de exponer de manera muy esquemática el método que debe seguir un estudioso en los tres momentos de la investigación sobre una forma particular del lenguaje. Este método que se explica es a la vez, como lo demuestra Alonso, el mismo que él está empleando en la investigación y que aparece como ejemplo a lo largo del escrito.

Esto nos permite entender el trabajo de los filólogos del CEH como la manera de comunica-

ción con los lectores también en ese nivel. Las revistas no estaban dirigidas a un público amplio, sino a especialistas que estaban interesados en los avances en las investigaciones tanto como en el desarrollo de los métodos de trabajo. Era una comunidad bien determinada la que se formó en torno de la publicación.

Este artículo (sólo uno de los que Alonso publicó en ella), aparece cuando en el grupo de filólogos de Buenos Aires se ha puesto de manifiesto el interés por mejorar la presentación de la Revista. Nada que pusiera en riesgo la "identidad" de que siempre se preocupó Alonso, pero sí de buscar, por medio de un manejo cuidadoso de los recursos tipográficos, una mayor claridad en la página.

#### EL SISTEMA DE CITACIÓN DE LA *RFH*

Amado Alonso dejó el Centro de Estudios Históricos de Madrid para dirigirse a Buenos Aires en 1927, así que cuando los filólogos madrileños dejaron de publicar la *RFE*, él ya tenía casi diez años preparando a un grupo de colaboradores que participarán en todos los procesos de la revista que se fundó en Argentina.

Alonso sigue usando la forma de citar que aprendió en Madrid. Así, por ejemplo, en el últi-



mo tomo de la *RFH* seguimos viendo formas de citar muy parecidas a las de los primeros tomos de la *RFE*.

Para referirse a un artículo en revista, pone en la nota a pie:

TOMÁS NAVARRO TOMÁS, *Rehilamiento*, *RFE*, 1934, XXI, págs. 274-279.

Una obra que ya citó la presenta en la nota a pie:

STEINGER, *ob. cit.*, pág. 180.

Pone la ficha del libro en nota sin editorial, como se hacía en Madrid:

F. J. SIMONET, *Glosario de voces ibéricas y latinas*, Madrid, 1888.

Aunque en la sección de Bibliografía de la revista se incluye el dato de la editorial.

Y seguimos viendo una abreviatura que él usó siempre:

Ap. Alarcón, l. c., pág. 303.

Algo que me parece interesante resaltar es que, como pasaba en la revista de Madrid, en ésta, Amado Alonso respeta la manera de citar de sus alumnos, aunque sea diferente a la que él utiliza. Tenemos un ejemplo que ilustra muy bien esto.

María Rosa Lida, la alumna que vimos en el capítulo anterior de este trabajo relatando cómo trabajaban con Alonso y que dijo que el maestro les corregía hasta la ortografía, publicó varios artículos en la revista, pero en algunos puntos su forma de citar es diferente y así se publicaron. En el tomo número 6 vemos que en las notas a pie de página, cambia el orden del año y tomo de los artículos en revista e introduce el lugar de edición:

Véase ahora LEO SPITZER, *A new program for the teaching of literary history*, en *American Journal of Philology*, LXIII, Baltimore, 1942, especialmente pág. 315.

Y más adelante:

*Logos*, XXII, Tübingen, 1933, pág. 210.

Este pequeño cambio es interesante porque se trata de una forma muy parecida a la manera actual de citar un artículo en revista donde suele ir primero el tomo y luego, entre paréntesis, el año.

Otro de los alumnos formados en el Instituto de Filología de Buenos Aires, y asiduo colaborador en la revista, Daniel Devoto, pone en nota a pie, la ficha de libro e incluye la editorial:

Según ERNESTO MARIO BARRERA, *Música española de los siglos XII al XVII*, Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1940, pág. 44.

Aunque los datos de la revista los da de la forma en que se hacía antes:

*RFE*, 1918, V, págs. 113-132.

Hay que decir que, igual que la revista de Madrid, la *RFH* tiene un formato establecido para presentar la información bibliográfica en la sección de Bibliografía. Más incluso que la española, porque sus entregas están de acuerdo con la parte que se hace en Nueva York:

La presente Bibliografía está en sistemática relación con la de la *Revista Hispánica Moderna*. Los libros y estudios referentes a Hispanoamérica figuran en la *Bibliografía Hispanoamericana* que se publica regularmente en aquella Revista.

Esta relación con la publicación estadounidense y la participación de los filólogos argentinos, hacen que en la Bibliografía encontremos aspectos novedosos e interesantes en la manera de reportar los materiales bibliográficos. Por ejemplo, vemos que empiezan a distinguir entre dos tipos de revistas:

*MLForum*, XXIII (1938), 132-136.

y

*RevCu*, 1941, XVI, 930-950.

Es que se empieza a distinguir entre las revistas que tienen una misma paginación a lo largo de varios fascículos y las que tienen una paginación completa en cada fascículo.

Seguimos viendo que el formato “sistemático” está en la bibliografía, no en la forma de citar en las notas a pie. La Bibliografía de la *RFH* está “en sistemática relación” con la *Revista de Estudios Hispánicos* que se edita en Nueva York, así que el formato para cada ficha se cuida más, algo que ya apreciamos en la de Madrid, con los modelos que establecieron Alfonso Reyes y Solalinde. En la revista española, había diferencias en la forma de citar entre los miembros de la escuela, que como ya dijimos, citan usando el mismo estilo de redacción que el texto. Los cambios importantes en el sistema de citación los encontramos cuando aparecen artículos de autores de otro país y cuyo sistema de citación no se cambia, en tanto que no se consideraba “incorrecto”, por lo general más técnico y basado en siglas y abreviaturas.

Esto se presenta en la revista de Buenos Aires, incluso entre autores del grupo. Es interesante ver que para el maestro Alonso no es incorrecto que María Rosa Lida cite un artículo en revista de una manera muy diferente a como lo hace él. Pero estos nuevos usos van haciendo un sistema abreviado de citar que además es más preciso, algo

que, inserto en una página mejor planeada tipográficamente, hace que la bonaerense presente ya los elementos fundamentales para que los textos que publica la revista transmitan las ideas científicas de manera más clara.



NUEVA REVISTA DE  
FILOLOGÍA HISPÁNICA

AÑO 1

JULIO-SEPTIEMBRE  
1947

NÚM. 1



EL COLEGIO DE MÉXICO





El número 1 de la *Nueva Revista de Filología Hispánica* aparece con esta información en la portada: Año I, julio-septiembre 1947, núm. 1. Su formato es de 24 x 17.5 cm.

En la parte baja de la portada aparece un maguey, en sustitución del cactus de la revista argentina y luego la institución: El Colegio de México. La *Revista de Filología Española* tenía en la portada el busto de Antonio de Nebrija, la *Revista de Filología Hispánica* lo cambió por un cactus americano. El maguey es la expresión mexicana de ese sentimiento americanista que dio origen a las dos revistas publicadas en el Continente.

En la segunda de forros aparece la siguiente leyenda:

El Colegio de México publica en cuadernos trimestrales la Nueva Revista de Filología Hispánica. En ella aparecen regularmente artículos y notas sobre temas de literatura española e hispanoamericana; sobre el castellano de América y de España; sobre el portugués, con especial referencia al Brasil; estudios de teoría y metodología filológica; reseñas críticas de libros y revistas; noticias sobre la actividad filológica en América y en Europa, y una bibliografía clasificada por materias.

En esa misma páginas aparece el directorio:

Director: Amado Alonso

Redactores: William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, María Rosa Lida, Agustín Millares Carlo, José F. Montesinos, Marcos A. Mo-

rínigo, Tomás Navarro, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, Ángel Rosenblat, Silvio Zavala...

Redactor bibliográfico: Mary Plevich.

Secretario: Raimundo Lida.

En las noticias de ese primer tomo aparece la siguiente leyenda:

La labor del disperso Instituto de Filología de Buenos Aires se reanuda ahora en El Colegio de México, con ayuda de la fundación Rockefeller (División de Humanidades), del licenciado Carlos Prieto y de otros generosos amigos, y se irán dando a conocer en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, publicada con la misma orientación que la *Revista de Filología Hispánica* y con los mismos y nuevos colaboradores.

En la cuarta de forros aparece un sumario con los siguientes apartados:

Artículos,

Notas,

Reseñas,

Bibliografía

Noticias.

Falta la sección de Revista de Revistas que aparecerá poco después y que sólo duró unos cuantos números.

Luego del sumario, al pie, aparece la imprenta:

Impreso en México, *Tipografía Indígena*. Zapata 13, Cuernavaca, Morelos.

El primer artículo es de Amado Alonso y se titula “Trueque de sibilantes en antiguo español”. Como ya vimos, el primer número llegó a México prácticamente preparado. Este artículo es de los que ya estaban listos para publicarse en Buenos Aires, sin embargo, vemos algunas modificaciones en la edición que no se habían visto en las otras dos revistas. Cambios, muy leves, pero que le dan una personalidad diferente a la revista.

Las cornisas de la *NRFH* son iguales a las de la *RFH*: en páginas pares, número de página, autor, *NRFH* I; y las nones: *NRFH* I, título, número de páginas:

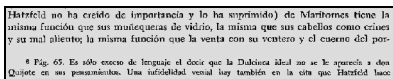
336	AMADO ALONSO	NRFH, II
Para citas bastan. Los hombres más representativos de la España contrarreforma, doctrinales y artistas, explican, predicaban y representaban que, cumpliendo cada		

Una primera novedad es que en las llamadas a pie ha desaparecido el espacio que las antecedía:

vistumbres de preciosas perlas orientales, las crines de Maritornes le resultan hebras de oro de Arabia, y el olor del alicanto, aroma?. Todos hacemos citas fragmentarias,
---

Las llamadas siguen apareciendo antes de la puntuación y en las notas a pie de página sigue sin aparecer la pleca de la *RFE*. Otra novedad importante es que aquí, por primera vez, las notas apa-

recen numeradas consecutivamente a lo largo de todo el artículo:



En esta *Nueva Revista*, por primera vez dejan de usarse las comillas francesas y se usan las llamadas “altas” que en México son las más comunes. Es posible que esto se deba a que en la imprenta en que se hicieron los primeros números no contaba con esos caracteres:

Guzmán (I, 4, 4): “Procura ser usufructuario de tu vida, que usando bien della, salvarte puedes en tu estado”. Y Guillén de Castro (*Las mocedades del Cid*, come-

Estas comillas son las que se usaban casi de manera general en América, y hay que recordar que los primeros números, como reza la cuarta de forros, se imprimieron en la Tipografía Indígena, que pertenecía al Instituto Lingüístico de Verano, de origen estadounidense, que se dedicaba a publicar descripciones de lenguas indígenas, porque fue la única en nuestro país que contaba con los signos fonéticos necesarios para imprimir una revista como ésta que, desde el primer artículo, representó un gran reto de impresión.

En esta revista aparecen las citas a bando cuando son más de cuatro renglones, sangría sólo en la izquierda y con una interlínea menor que el texto:

<p>Notros mismos somos testigos de ello (ejemplos, más adelante). Y cuando don Quijote quiere disuadir de su pelea a los del rebaño, declara:</p> <p>Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y descañonar la espada y poner a riesgo sus personas, vida y haciendas: la primera, por defender la fe católica...<sup>2</sup></p> <p>Más de dos docenas de pasajes equivalentes se pueden citar, pero solamente</p>
---

Después, cuando la Revista adquiere la nueva fuente de Nueva York de que nos habló en el capítulo anterior Amado Alonso, disminuye el puntaje de lo citado.

El tomo 7 de la *NRFH*, correspondiente al año de 1953, es un número excepcional para el tema de este trabajo, pues los 4 números, que sólo son dos volúmenes, 1/2 y 3/4, está dedicados al homenaje a Amado Alonso, quien acababa de morir. Supongo que la Redacción de la Revista invitó a colaborar en esos números a los colegas y discípulos de Alonso. Así que en el índice encontramos a casi todos los antiguos miembros tanto del Centro de Estudios Históricos de Madrid, como del Instituto de Filología de Buenos Aires, además de los jóvenes mexicanos que empezaban a publicar en la *NRFH*. En realidad se trata de un tomo excepcional. Difícilmente alguna publicación podría presentar un índice con tantos nombres fundamentales para la filología hispánica. Esta nómina

refleja de alguna manera el trabajo de la escuela de Madrid y de Amado Alonso. Así se publicaron trabajos de investigadores como:

Ramón Menéndez Pidal

Alonso Zamora Vicente

Juan Corominas

Ángel Rosenblat

Margit Frenk

Dámaso Alonso

Tomás Navarro

Berta Elena Vidal

Peter Boyd-Bowman

Marcos A. Morínigo

Américo Castro

Agustín Millares Carlo

María Rosa Lida

Rafael Lapesa

Homero Serís

José F. Montesinos

Emma Susana Speratti

Ana María Barrenechea

Eugenio Asensio

Leo Spitzer

Raimundo Lida

Antonio Rodríguez Moñino

Antonio Alatorre

Alfonso Reyes.

Como puede verse, este tomo de la *NRFH* es un verdadero compendio de filología hispánica. Estaríamos hablando de algo así como de cuatro generaciones de filólogos de la Escuela de Madrid: de la primera están nombres como el de Ramón Menéndez Pidal, Tomás Navarro y Américo Castro; de la segunda Dámaso Alonso y el propio Amado Alonso; de la tercera, nombres como Raimundo Lida, Emma Susana Speratti Piñero, Ana María Barrenechea y de una cuarta generación encontramos a los mexicanos, formados por Alonso y Lida: Margit Frenk y Antonio Alatorre.

En este volumen de homenaje, Reyes recuerda su relación con Alonso:

En los *teens*, que dicen los ingleses, apareció por el Centro de Estudios Históricos (Madrid) un muchacho navarro de boina azul y con aire de comedor de manzanas que, entre otros rudimentos, aprendió conmigo a redactar sus primeras fichas bibliográficas. Era Amado Alonso (p. 1).

Estas palabras son importantes para nuestra tesis: Alonso con Alfonso Reyes, aprendió de Menéndez Pidal, Tomás Navarro y Américo Castro a hacer bibliografía, “entre otros rudimentos”. No deja de ser interesante que Reyes destaque este conocimiento para iniciar la descripción de una vida tan exitosa en la filología hispánica como la de Alonso: todo empezó con un muchacho

navarro de boina azul que aprendió a hacer fichas. Parece que hasta hay cierto aire de orgullo en las palabras de Reyes.

Deja en claro que nunca se distanció de Amado Alonso. Recuerda que cuando fue embajador en Argentina “siempre disfrutando de su fraternal compañía, lo vi creer con autoridad y firmeza” (p. 1). Pero a pesar de la distancia, Reyes siempre mantuvo relación con Alonso, así como con otros filólogos del CEH: “A lo largo de los años, se ro bustecieron los lazos que nos unían” (p. 2).

Así que, luego de este número, Reyes se ocupará, seguramente en parte, de la Revista, hasta su muerte en 1959. Hay que recordar que a la muerte de Alonso, Raimundo Lida se va a Nueva York y deja a Antonio Alatorre al frente de la revista. Alatorre siempre entregó cuentas a Lida, y Lida entregaba cuenta a Alonso. Tengo la impresión de que Alfonso Reyes fue siempre muy respetuoso de la dirección de Alonso. Pero cuando Alonso y Lida dejan la revista, él ocupa su lugar. Así lo dice la Noticia publicada en la cuarta de forros del cuaderno 1, del tomo 8 (1954):

Don Alfonso Reyes, presidente de la Junta de Gobierno del Colegio de México, ha tomado a su cargo, desde julio de 1953, la dirección de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*.



En los números inmediatamente posteriores a este homenaje ya vemos algunos cambios en la forma de citar y de hacer bibliografía que permanecerán hasta hoy.

Las llamadas a nota van antes de la puntuación, la pleca aparece sólo si la nota continúa en la página non, los siglos van en versalitas y los subtítulos de los capítulos van en versales y versalitas.

Cambios menores pero notorios y propios de la *Nueva Revista de Filología Hispánica* de hoy aparecen en estos años: desaparece el “en” antes del nombre de la revista en la ficha de artículo y las abreviaturas “pág. págs.” y en su lugar quedan sólo “p. pp.”. Son pequeños detalles que van dándole a la *Nueva Revista* una personalidad propia, pero que no deja de reconocer la herencia que tiene de las dos revistas que la antecedieron. Las tres han podido cambiar y adaptarse a las nuevas posibilidades técnicas y por la participación de nuevos colaboradores, pero sin perder el aspecto tan peculiar que le dio Menéndez Pidal en el origen.

Entre la revista madrileña y la mexicana está la argentina con cambios importantes en la presentación de la página. Ahí encontramos un uso más cuidado de los elementos tipográficos para darle claridad a la publicación. Ahora, en la revista mexicana, se aprovechan esas mejoras para tratar de hacer un sistema de citas más formal, en el senti-

do de que habrá menos variantes y se buscará también hacerlo más internacional. No vemos ya, por ejemplo, expresiones poco formales como “véase más adelante” como en alguna nota a pie de la revista madrileña.

En el tomo de homenaje a Alonso apareció un artículo de Agustín Millares Carlo titulado: “Dos datos nuevos para la historia de la imprenta en México en el siglo XVI”. Tanto por el tema como por la especialidad del autor nos interesa en este trabajo. Millares Carlo desde su juventud en España se especializó en la bibliografía, hizo importantes estudios sobre paleografía y documentación tanto en Madrid como en algunos lugares de América donde vivió, como Buenos Aires, México y Caracas. Fue uno de los primeros españoles que llegó a México y en los tomos 4 (1950) y 5 (1951) y algunos números posteriores aparece como Redactor bibliográfico de la *NRFH*. Así que este artículo en homenaje a Amado Alonso es un valioso testimonio para nuestro tema.

En el primer párrafo dice que la historia de la imprenta en Nueva España desde sus inicios en 1539 hasta 1821 ha sido objeto de estudio por algunos bibliógrafos e historiadores entre los que destaca, por su importancia, Joaquín García Icazbalceta, Vicente de P. Andrade, Nicolás León y José Toribio Medina. Esta primera mención no la

utiliza para remitir a nota y dar los datos bibliográficos de las obras, en lugar de eso pone, entre paréntesis, años de nacimiento y muerte de cada uno de los personajes.

El segundo párrafo inicia: “La obra más importante del primero” e introduce la primera llamada a nota, aunque sigue con el título de la obra: *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, publicada en 1886. En la nota remite a un autor que avala su aseveración: Robert Ricard, en un artículo titulado “Joaquín García Icazbalceta” publicado en el *Bulletin Hispanique* y a un libro dedicado a Icazbalceta de Manuel Guillermo Martínez, publicado en Washington, 1947, del cual, dice entre paréntesis, hay traducción al español de 1950.

De Icazbalceta dice que su obra “marca una época en los anales bibliográficos del país” y apoya su aseveración con una cita en francés de la obra de Robert Ricard, así que pone al pie:

Cf. RICARD, art. cit., págs. 4-5: “On peut...”.

Luego de este párrafo dedicado a Icazbalceta, en el siguiente enlaza a este personaje, “continuando la historia tipográfica de México”, con el *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo XVII* de Andrade, quien continúa la historia “a partir del momento en que García Icazbalceta lo había dejado” (p. 702). Luego del título de Andrade remite a la nota

3 después de dar el año de publicación: 1899. En nota no da los datos bibliográficos sino que remite a un texto anterior:

Cf. A. MILLARES CARLO y J. I. MANECÓN, *Ensayo de una bibliografía de bibliografías mexicanas*, México, 1943, núm. 809, págs. 91-92.

Con base en los trabajos de sus antecesores y complementándolos con investigación propia en archivos, José Toribio Medina publicó entre 1907 y 1912 los ocho volúmenes de su “obra monumental” *La imprenta en México (1539-1821)*. Millares destaca los logros de Medina en el ámbito de la producción de las imprentas americanas “desde México hasta el Río de la Plata”. Apoyándose en un trabajo de Jorge Zamudio en la revista *Atenea* describe la constante en los trabajos de Medina.

Aunque afirma que la obra de Medina es la más completa visión de conjunto, reconoce que desde su publicación han aparecido algunos libros, folletos y hojas sueltas que Medina no llegó a conocer y que, por eso, deben ser descritos y registrados debidamente. A éste y otros autores que han escrito sobre el tema se suma la edición aumentada y anotada por el propio Millares Carlo de la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* de García Icazbalceta, que el Fondo de Cultura Económica estaba a punto de publicar. Dice que cuando redactó la

edición del Fondo, desconocía los dos libros de los cuales hace un somero análisis al inicio del artículo. Libros que “se suponen impresos en la Nueva España” en el siglo XVI son: uno que confiesa no haber podido examinar y que “constituiría una novedad sensacional”, en caso de ser cierto, algo que asegura su poseedor, el librero y bibliógrafo madrileño, Francisco Vindel: “afirma haber sido impreso en Tlaxcala por un naipero, hacia 1534”; es decir que este documento recorrería el comienzo de la imprenta en México cinco años. Pero se apresura a explicar Millares: “sólo que en comprobación de tan extraños asertos no se aduce ningún argumento que pueda considerarse como prueba” (pp. 705-706). Millares no dice más, simplemente en nota 20 remite a la obra que está cuestionando: *El primer libro impreso en América fue para el rezo del Santo Rosario (Méjico, 1532-1534)*, ed. facsimilar con comentarios de FRANCISCO VINDEL, Madrid, 1953.

El segundo es un libro que se presentó en la Exposición del Libro de Madrid en 1952, cuyo título es *Nuevo vergel de olorosas flores sembradas por la muerte dolorida y cogidas por la trabajada vida*, de Diego Bernal de las Indias, que había sido publicada en Sevilla por Bartolomé Pérez en 1534. Según el pie de imprenta del ejemplar de la Ex-

posición era: Juan Pablos, 1546. Sin embargo, Millares cuestiona este hecho con estas razones:

Pero los tipos góticos aquí usados no son los que empleaba el prototipógrafo mexicano ni antes ni después de 1550, y el opúsculo en cuestión nos parece una mistificación, aunque no se nos alcanza quién pudo hacerla ni los motivos que le guiaron (p. 706).

En nota a pie remite al lector a confrontar su dicho con el libro:

Cf. *Exposición histórica del Libro. Un milenario del libro español. Guía del visitante*, Madrid, 1952, núm. 816, pág. 141.

Al final del artículo presenta los dos impresos que sí hay que añadir a la historia de la imprenta en México. Un curioso inédito de don Pedro Ocharte, ympressor, del año 1592: "Para que se pague la ympression y costo de dos mill mandamientos que se ymprimieron tocantes a la cobrança del seruicio de los quatro rreales". Millares transcribe este documento en el que se pide que se le pague a Ochate la impresión y el papel de algunos trabajos que le pidió Luis de Velasco. El documento, sin duda, es interesante porque permite conocer un caso en que se hacen cuentas de pliegos, impresiones, pero sobre todo de la forma en que el impresor novohispano negociaba con las autoridades. Millares, a diferencia de los casos que

presentó antes, da, en nota a pie de página, la ubicación del documento, con lo que confirma su existencia: 22 Archivo Histórico de Hacienda (México), leg. 424-107, 1 fol. Debemos su conocimiento a don Luis Felipe Muro, de El Colegio de México.

El siguiente documento, y con el que cierra su artículo, es un impreso de Pedro Balli, también del año 1592. Millares Carlo lo describe por primera vez:

IVBILEO PLENISSIMO, QVE NVES |tro muy S. Padre Gregorio .14. ha concedido a toda la Christian| dad, para los Sanctos fines, que abaxo van declarados. (*Sigue el texto, y al fin:*) En México en casa de Pedro Balli 1592.

Una hoja en doble folio, impresa por una sola cara, en letra romana, con hermosa N capitular iniciando el texto. En nota 23 da la procedencia del documento:

Biblioteca Pública del Estado de Jalisco (Guadalajara, México), Colección de Documentos, tomo 34, vol. 3, hacia el fol. 40.-Museo Nacional de Historia (México, D.F.), Archivo de microfilms, serie Guadalajara, rollo 22.

Luego de la descripción termina con un breve comentario sobre el contenido del folio: es un jubileo concedido por Gregorio XIV al inaugurar su pontificado. Pero, explica Millares, como fue-

ron tan breves los pontificados de Gregorio XIV (5 de diciembre de 1590 a 15 de octubre de 1591) y de su sucesor Inocencio IX (29 de octubre a 30 de diciembre de 1591), dice “resulta que el jubileo de que tratamos se publicó en la Nueva España siendo ya papa Clemente VIII” (p. 708).

En este artículo hemos visto cuatro nuevos aportes a la historia de la imprenta en México. Dos son falsos y dos son verdaderos. Cualquiera de ellos, en principio, tendría alguna relevancia para el conocimiento de la historia del libro en México y en América. Nosotros aceptaremos sólo dos como genuinos por el convencimiento que logra Millares Carlo al aportar argumentos documentales que permiten al lector, incluso, comprobar los datos. De los otros dos solamente hay quienes dicen que existen, pero no muestran pruebas. En este sentido es interesante el trabajo de Millares porque nos enseña la importancia de la investigación documental para hacer una argumentación convincente, tanto a favor de su argumentación como para echar por tierra la de otros.

#### SISTEMA DE CITACIÓN EN LA *NRFH*

Como ya vimos, el primer tomo de la *Nueva Revista* la traía Raimundo Lida de Argentina, así que,



salvo dos reseñas del mexicano José Rojas Garcidueñas, todo el material estaba pensado para la revista bonaerense. En él aparecen contribuciones tanto de grandes filólogos no hispanohablantes como Marcel Bataillon, Helmut Hatzfeld y Leo Spitzer, como de discípulos de Alonso como Juan Bautista Avalle Arce y María Rosa Lida. El artículo inaugural es de Amado Alonso.

Así que la forma de citar de este primer artículo será la misma que Alonso empleó en sus artículos de Madrid y de Buenos Aires. Volvemos a ver notas a pie como ésta en su artículo:

Ver mi artículo *Las correspondencias hispano-árabigas en los sistemas de sibilantes*, en *RFH*, 1946, VII, especialmente págs. 60-63.

De igual forma cita el capítulo de libro:

Ver el capítulo *Equivalencia acústica* en mis *Problemas de dialectología hispano-americana*, Buenos Aires, 1930.

En ese fascículo en que aparece el trabajo de Alonso, Marcel Bataillon, el destacado filólogo francés, presenta un artículo en español en el que vemos por primera vez las citas a bando con interlínea menor a la del texto. En la *RFH*, en los últimos números vimos, de manera esporádica (por ejemplo en un artículo de Joan Corominas, en el

vol. VI) citas a bando pero conservando la interlínea. Otro aspecto interesante es que ahora vemos como algo común (herencia también de la *RFH*) el uso de sólo tres puntos suspensivos al final de la cita o cuando en el texto se ha eliminado texto, en cuyo caso van los puntos, desde el principio, sin los corchetes con que algunos editores actuales los encierran.

Amado Alonso sigue usando su abreviatura l. c. (ahora en redondas), mientras Bataillon usa *op. cit.*, y Frida Weber, alumna de Alonso, usa el *ob. cit.* que ya había aparecido antes.

En un artículo de ese primer tomo, María Rosa Lida, presenta en una nota a pie una forma de citar artículo en revista que no habíamos visto:

1 F. B. LUQUIENS, *The Roman de la Rose and Medieval Castilian literature*, en *RF*, xx (1905), pág. 298.

En esta ficha notamos que su origen está en la *RFE*, pero ya es otra, es un formato novedoso, el paréntesis en el año va a marcar el inicio de una nueva forma de citar los artículos en las revistas. Faltan algunos elementos que se añadirán pronto.

Los cambios más importantes en la manera de citar de la *NRFH* se manifiestan claramente en el tomo V (1951). En el artículo del mexicano José Luis Martínez vemos las comillas, llamadas ingle-

sas por Miguel López Ruiz<sup>1</sup>, ser utilizadas para citar artículos:

José María Vigil, “Algunas observaciones sobre literatura nacional”, en *El Eco de Ambos Mundos*, México, 12 de mayo de 1872, págs. 1-2.

Aunque en ese volumen Alonso sigue citando en nota el artículo en revista con cursivas.

En el artículo de Martínez vemos otro elemento interesante. Cita en nota la ficha de libro con el nombre de la imprenta y en el orden que se conservará hasta hoy en la *NRFH*:

Pedro Santacilia, *Del movimiento literario en México*, Imprenta del Gobierno en Palacio, México, 1868.

Mientras que en la *RFE* el orden es lugar y luego editorial.

En el fascículo 2 del tomo VI (1952), en la Bibliografía por primera vez aparecen las comillas en las fichas de artículo, y dos modelos diferentes de fichas de artículo:

AYUSO MARAZUELA, TEÓFILO - “El problema de la primitiva Biblia española”. - *Arbor*, XVI, 1950, págs. 426-432.

y el otro formato:

---

<sup>1</sup> MIGUEL LÓPEZ RUIZ, *Normas técnicas y de estilo para el trabajo académico*, UNAM, México, 2009, p. 80.

ZAVALA, SILVIO -"Cristianismo y colonización". - CuA, 1950, núm. 3, pág. 163-172.

De este modo se identifica el artículo por el formato de la revista, si es de numeración corrida o si es de numeración independiente.

Lo importante es que hasta aquí al artículo en revista se le empieza a dar una categoría y un formato diferente a la del libro, y en tanto que tiene personalidad propia, puede el investigador referirse a él de manera particular. Y así, en ese mismo volumen 6 vemos a María Rosa Lida referirse a un artículo del que ya habló:

El orden de Vanderford (*art. cit.*, pág. 53).

Luego se hará común la abreviatura en redondas.

Esos cambios en la bibliografía tan importantes como el uso de las comillas en los artículos y los diferentes formatos, tienen nombre de autor. En la Segunda de forros aparece como Redactor bibliográfico, Luis Felipe Muro Arias, un hombre nacido en Perú, pero que trabajaba en El Colegio de México.

Precisamente en el fascículo en que aparece la primer bibliografía que usa las comillas para los artículos, aparece, al final la nota necrológica de Amado Alonso firmada por Raimundo Lida. Una

muerte a partir de la cual empezarán importantes cambios en la manera de citar de la *NRFH*.

El tomo siguiente a la muerte de Alonso es el homenaje en el que participan casi todos los grandes filólogos que habían tenido que ver con la escuela de Madrid. Y los cambios en la manera de citar empiezan a aparecer. Así, por ejemplo, en el artículo de Ramón Menéndez Pidal (p. 40) vemos en una cita:

BERTOLDI, en el art. cit., de *BSZP*, pág. 109.

Una forma de citar un artículo en revista no imaginada en otros tiempos, en un artículo firmado por el maestro español.

A partir de ese número de la *NRFH*, Antonio Alatorre se hará cargo de la revista y con él la forma de citar se hará sistemática. Dice respecto al trabajo que realizó a partir de 1953:

Yo me encargaba de todo: preparaba los originales para la imprenta según normas muy precisas, traducía las colaboraciones que no venían en español, corregía el estilo de otras que sí venían en español, mantenía correspondencia con los autores... leía dos o tres veces las pruebas y dedicaba larguísimas horas al acopio de datos para la Bibliografía...<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> “Presentación”, en *NRFH. Índice de los tomos I-XLIV*, El Colegio de México, México, 1997, p. 2.

Dos cosas fundamentales de esta cita: preparaba los originales “según normas muy precisas” y por otro lado, la revista (las revistas) eliminan al especialista que hacía la Bibliografía, personaje a quien tantos cambios y mejoras en la forma de citar le debía la historia de la filología española.

Ahora la *NRFH* incluye en la tercera de forros unas Normas para la presentación de originales que básicamente pide que la forma de citar sea “conforme al formato de la *NRFH*”. En la *Revista de Filología Española* de Madrid, también han recurrido a publicar sus Normas para la entrega de originales. De esta manera, con el establecimiento de unos usos a los que se deben ceñir los colaboradores, las formas de citación en ambas revistas se hacen invariables. Al establecimiento de normas se llegó luego de un largo proceso de uso de signos y abreviaturas por parte de los filólogos. En el Apéndice I presento un listado de signos y abreviaturas con diversos ejemplos que encontré en las tres revistas a lo largo de los años. El formato de las fichas bibliográficas también tuvo que pasar por un largo proceso hasta llegar a los modelos que se han impuesto como invariables en las dos revistas de Filología. En el Apéndice II muestro ejemplos de estos cambios en la Bibliografía. He creído importante mostrar estos cambios en los que no es menor la importancia de los recursos

tipográficos, no sólo como factor de cambio, sino como elemento fundamental para precisar los mensajes. Algo que debe tener en cuenta el editor: los recursos tipográficos son un instrumento fundamental en su labor de edición.





## CONCLUSIÓN

En esta investigación pudimos dedicarnos al análisis del método de citación de tres revistas con título distinto y publicadas en tres países diferentes, debido a que fueron el órgano de difusión de un grupo de filólogos hispánicos que se constituyó en una escuela. Así, aunque diversos factores internos y externos modificaron la configuración del grupo, y hasta su lugar de residencia, siempre tuvieron la convicción de que la publicación del resultado de sus investigaciones era fundamental para su labor científica, por eso, mientras pudieron ejercer su trabajo, existió la revista para publicar sus resultados. Y aunque la edición y el manejo de textos es una actividad central para la Filología, su práctica por parte de esta escuela, presenta peculiaridades importantes para el tema que estudiamos. Pudimos observar cómo la *Revista de Filología Española* se convirtió en una tarea colectiva, igual que otras actividades de los discípulos de Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos de Madrid. En grupo se preparaban los originales, se corregían las galeras y se hacían varias de las secciones que la formaban. El trabajo de edición de un texto requiere del manejo preciso de una serie de elementos tipográficos

que los alumnos debían aprender; así, con la preparación de la revista aprendían el uso de comillas, abreviaturas y, en general, la forma correcta de citar un texto, por lo que esta labor siempre fue parte fundamental en el aprendizaje de la ciencia filológica. No deja de ser revelador, en este sentido, que el reglamento que regía las actividades del grupo que trabajó en México, considerara las labores de la revista “parte integrante de la educación y la enseñanza” de los becarios, por lo que corregir galeras, revisar estilo y fichar bibliografía eran “trabajos obligatorios”. Hemos visto que aprender a investigar y aprender a editar eran parte de un mismo ejercicio de los filólogos que estudiamos.

Contar con una revista era fundamental para este grupo de filólogos, pues como escribió Américo Castro: “La tarea del editor científico es resultado de una larga elaboración y la publicación de un texto viene a ser el coronamiento de la labor filológica”. Publicar el texto era la etapa final de un trabajo que empezaba con la investigación documental. Algo que respalda nuestra aseveración de que entre el manejo de las técnicas de investigación y la forma de citar en un artículo que se publica son actividades que tienen mucho en común. La investigación científica y labor editorial

no son prácticas separadas, sino dos momentos de la ciencia.

La tarea de recoger el material durante la investigación tiene mucho que ver con el sistema de citación con que se presentaba un artículo a la imprenta y en muchas ocasiones, en el caso que estudiamos, el autor de los artículos y el responsable de la edición son la misma persona. Esto nos permitió ver textos publicados tal como los escribió el autor. En este sentido son ejemplos útiles para nuestro tema. Así, vimos que en el sistema de citación de las revistas durante los primeros años la redacción usada es básicamente la misma que se usa en el texto. Hay abreviaturas, sobre todo de términos en español, con el fin de no presentar notas a pie muy extensas, un principio elemental para no complicar la formación del texto en la imprenta. Y es que otra cosa que vimos fue que el filólogo encargado de las revistas tenía conocimientos de tipografía por lo que podía establecer la comunicación con la imprenta.

La forma de citar en esos primeros años dependía directamente de la forma de investigar y cuando se modifica el grupo de investigadores, cambia también la forma de citar. En la revista madrileña, encontramos que en los artículos de colaboradores de otros países, el editor español respeta las abreviaturas y los signos que utiliza

para citar. Pero estas contribuciones de autores que no pertenecen a la escuela de Menéndez Pidal, se hacen constantes conforme el grupo tiene que mudar de residencia. Nuevos colaboradores de Europa y de América se hacen notar en la revista a lo largo de la historia. Estos cambios de país, hacen que cambien también las imprentas con las que se trabaja. De esta forma se incorporan nuevos elementos tipográficos que permiten a los filólogos ir presentando una página más clara gracias al uso de nuevos recursos técnicos. Así que podemos observar que los avances técnicos, o nuevas posibilidades que daba la imprenta, van perfilando el sistema de citación que ahora conocemos.

En los primeros años de las revistas, o más precisamente en los que los miembros de la escuela de Menéndez Pidal tuvieron bajo su responsabilidad la edición de las revistas, no encontramos un sistema de citación único formalmente establecido. Más bien, su trabajo de edición estaba orientado por algunas ideas de la Filología. Una de ellas es la de la corrección: a los colaboradores que citaban de una manera diferente no les cambiaba el sistema de citar porque no era "incorrecto". Otra idea importante para ellos era un fundamento de la Filología: editar es publicar un texto que dice exactamente lo que el autor quiso decir. En

los primeros años esto era fundamental, y más importante que imponer un sistema de citar. Otra idea que guiaba su labor editorial era de Menéndez Pidal, quien decía que la claridad debía imperar. Como editores, sabían que se debía economizar en el aparato de citas, esto, sumado a la claridad, fue perfilando un sistema de citar novedoso, pues no era ya citar por el interés erudito que obligaba a los escritores de los siglos XVIII y XIX a escribir prolijas notas llenas de datos a veces innecesarios.

Vimos que en las tres revista de filología hispánica el sistema de citación se va formalizando al pasar de una revista a otra con pequeñas modificaciones. En esto intervienen, sobre todo, dos factores: la incorporación de colaboradores de otras nacionalidades y la especialización de los bibliógrafos que redactan la última sección de las revistas. La práctica bibliográfica va especializando el formato para reportar los distintos materiales documentales, tratando de que sea comprendido por lectores internacionales y debido a las diversas posibilidades que con el paso del tiempo iba ofreciendo la imprenta. Por ejemplo, si en las primeras décadas del siglo XX, posiblemente no hacía falta dar el nombre de la editorial, pues por lo general con dar la ciudad de impresión bastaba para localizar un libro, después, esto no se consi-

deró suficiente y se tomó como norma dar el nombre de la editorial. Por otro lado, con el tiempo, a nivel internacional, algunos recursos tipográficos se fueron especializando en el sistema de citar. Es en este aspecto de la edición académica donde, seguramente como en ningún otro punto de la labor editorial, los recursos tipográficos son indispensables para que un mensaje se transmita de manera correcta. Algo que vimos en el primer número de la revista mexicana, cuando las necesidades tipográficas de la revista obligó a los filólogos a buscar, fuera de la ciudad, una imprenta que satisficiera los requerimientos que la complejidad tipográfica de la publicación imponía. Y es que, para entonces, en el sistema de citación, era ya fundamental el sentido que han adquirido algunos recursos tipográficos como cursivas, versalitas, tres puntos, voladitos, etcétera.

Por otro lado, los filólogos hispanos realizan cambios en la forma de citar conforme las revistas son reconocidas en el extranjero; esa necesidad de integrar la ciencia que desarrollaron a un ámbito internacional es también un agente de cambio. La idea de universalidad está detrás de la necesidad de “normalizar” el sistema de citación cuando las revistas de filología tienen que abrir sus puertas a la colaboración de estudiosos de cualquier

parte del mundo debido a que el grupo que dio origen a esta tradición editorial desaparece.

La forma de citar mediante términos y abreviaturas de palabras en latín, aunque no desconocida por los españoles de los inicios, solían aparecer sobre todo en trabajos de filólogos de otros países europeos, porque este sistema de citación se había ido configurando desde finales del siglo XIX en la filología europea por la necesidad de comunicar los resultados de las investigaciones a una comunidad que se encontraba más allá de las fronteras nacionales. Países como Italia, Francia y Alemania, que tenían una tradición filológica más añeja que la española y que contaban con instituciones y revistas dedicadas a la especialidad, la práctica editorial internacional los había llevado a buscar una forma universal para citar los textos encontrados. Investigadores como Leo Spitzer, Fritz Krüger y el mismo Wilhelm Meyer-Lübke, por citar sólo a algunos de los que vemos en las páginas de las revistas europeas más importantes, colaboraron en las revistas hispánicas que estudiamos y lo hicieron con el mismo sistema de citación que solían usar en publicaciones en otros idiomas.

El mayor cambio en el sistema de citación se debió a que las revistas dejaron de ser órgano de un grupo (o una escuela) y se convirtieron en espacios abiertos a todos los que quisieran colabo-

rar. Por eso surgen las actuales normas de presentación de originales.

Algo interesante que hemos visto en esta revisión histórica de la tres revistas de filología es que los trabajos de edición académica requieren del conocimiento de la disciplina a que se dedica una publicación. Si la forma de citar tiene que ver con la forma de investigar, el editor no debe aparecer como un elemento extraño en esta relación. Se trata de un sistema de signos que es parte del sistema de comunicación de una comunidad académica, por lo tanto también es editorial y el editor, en tanto mediador entre autor y lector, tiene que conocer sus fundamentos. El editor cuenta con un antiguo saber tipográfico que le permite echar mano de recursos para hacer preciso el mensaje, pero el acertado empleo de este saber está subordinado al conocimiento del sistema de signos pertinente de una comunidad académica determinada. El editor debe saber por qué usar esos signos y no otros. Debe seguir imperando, en el trabajo de edición, la idea de los filólogos de que el editor debe entregar al lector un texto que diga exactamente lo que el autor quiso decir, y aunque tenga que cambiar el sistema de citación del original, esto lo debe hacer sin olvidar el otro principio de la filología, que dice que editar un texto es comprenderlo.



No encontramos un sistema único de citación durante nuestro recorrido por las tres revistas, pero esto se debe a que no existe tal sistema para el manejo y presentación de la información documental. Encontramos la transformación de una escuela filológica. La forma de citar y de manejar la información documental no dependía de las revistas sino del conocimiento de la ciencia filológica y del uso de sus técnicas por parte de los investigadores. En ese sentido, podemos decir que es importante que el editor actual entienda perfectamente el texto que va a publicar. Esto traerá mejores resultados que ajustar un sistema de citación a un modelo predeterminado. El sistema de citación es parte del texto, una parte importante del mismo.

Queda una enseñanza y es la de que el editor académico debe manejar un sistema tan especializado que Alfonso Reyes lo llamó “álgebra del oficio”, refiriéndose sólo a una pequeña parte del proceso. Pero, además, el editor debe conocer el “álgebra” de ese otro oficio: el de la imprenta, para poder establecer un puente entre autores e impresores y entre autores y lectores, en bien del proyecto.

Hicimos un recorrido por la historia de estas tres revistas de filología para conocer la manera en que editaban los miembros de la escuela filoló-

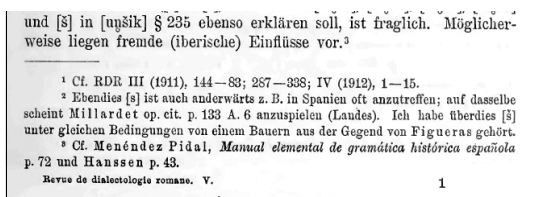
gica de Menéndez Pidal. Entre las tres publicaciones completan un capítulo de la historia de la edición académica en español de casi cien años. Es una historia que puede ser útil para quienes están interesados en la edición académica; pero más allá de eso, hemos visto un poco de la historia de un grupo de hombres cuyo principal objetivo fue que nuestros países de habla hispana tuvieran una ciencia, y unas publicaciones, a la altura de las mejores del mundo.

## APÉNDICE I

### SIGNOS Y ABREVIATURAS EN LAS REVISTAS

La primera revista española dedicada a la filología no era la única en Europa. Entre las revistas importantes que antecedieron a la *Revista de Filología Española* están el *Bulletin Hispanique* de Bordeaux que se publica desde 1899, la *Revue des Langues Romanes*, desde 1870. También importantes para la filología hispánica fueron la *Romanische Forschungen* de Erlangen y la *Zeitschrift für Romanische Philologie* (Halle, 1877). Estas son sólo algunas publicaciones, con las que incluso la *RFE* tuvo intercambio y las incluyó en su bibliografía desde el primer tomo. A esta tradición pertenecen las revistas que hemos estudiado. Hay que recordar que, por el testimonio de Tomás Navarro, sabemos que él entregó a Menéndez Pidal un ejemplar de la *Revue de Dialectologie Romane* cuando surgió la idea de iniciar una revista dedicada a la filología española. El número que le debió entregar seguramente era el correspondiente a 1913, es decir, el volumen 5. Es interesante ver que ese número de la revista publicada en Hamburgo por la Sociedad Internacional de Dia-

lectología tiene mucha similitudes formales con el primer número de la *RFE*. Para lo que aquí nos interesa, la forma de citar, encontramos un formato muy similar, nada menos en la primera página de ese tomo aparece una nota que remite a una obra de Menéndez Pidal:



Es interesante ver que en este artículo, que está en alemán, las referencias se pueden entender aún por quienes desconocen el idioma. La nota 1 remite a un artículo publicado en la misma revista en el tomo 3, y la nota 3 nos invita a confrontar lo dicho con el *Manual* de Ramón Menéndez Pidal.

Me interesa destacar esa similitud que está más allá de la pleca, el sangrado de los números volados en la nota o de la tipografía, que es muy similar. Los cambios en el sistema de citación de las revistas no se dieron de manera aislada y su formalización no fue sólo preocupación de los filólogos españoles. Así como las revistas en español trataron de insertarse en el ámbito de las publicaciones europeas en lo que se refiere al formato y

a las características tipográficas, también lo hicieron usando un sistema de citación que no era del todo extraño en esas publicaciones, sino que será muy similar al usado por otros filólogos del mundo. Podemos decir que la reflexión sobre un sistema coherente y claro en la forma de editar y de dar cuenta de los textos consultados es algo que, desde principios del siglo XX, está más allá de las fronteras del ámbito hispánico.

#### UNAS NORMAS PARA LA EDICIÓN DE TEXTOS Y DOCUMENTOS

La Union Académique Internationale publicó un folleto titulado *Emploi des signes critiques, disposition de l'apparat dans les éditions savants de textes grecs et latins*, París, 1938. Pero este documento estuvo, a su vez, inspirado en las normas que establecieron J. Bidez y A. B. Drachmann, “tras las oportunas consultas a destacados filólogos, en el año 1937”<sup>1</sup>. Es decir, estas normas recogen una tradición importante no sólo en el ámbito de la paleografía, sino de la técnica filológica, que es la disciplina que, en este terreno, ha alcanzado mayor desarrollo.

---

<sup>1</sup> Reseña a *Emploi...* en *Emérita*, Madrid, 8 (1940), p. 145.

En 1944, la Escuela de Estudios Medievales, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, organismo que sustituyó al Centro de Estudios Históricos de Madrid, publicó unas *Normas de transcripción y edición de textos y documentos* basándose en los otros dos documentos que contienen testimonios recogidos en 1937. Este pequeño folleto es interesante para nuestro trabajo porque es indudable que está basado en la práctica filológica tanto europea como española de los años en que el Centro estuvo dirigido por Menéndez Pidal<sup>2</sup>. En efecto, en la Advertencia con que abre el volumen se explica que el objetivo que sigue es la “unificación en la técnica de edición seguida en sus publicaciones” y ofrecer una guía para los trabajos de edición de textos y documentos. Sin duda existe una relación estrecha entre este documento y el trabajo que unos años antes hicieron los filólogos de la escuela de Menéndez Pidal. Por eso creo que sería útil mostrar algunos de esos signos que usaban los filólogos hispánicos.

---

<sup>2</sup> Pero, aunque los autores reconocen que *Emploi...* es la base de su aportación, reconocen también haber recurrido a otras fuentes como, la edición de la *General estoria* de Alfonso el Sabio publicada en Madrid en 1930 por Antonio G. Solalinde, edición considerada modélica desde su publicación y que hecha en el CEH de Menéndez Pidal.

El texto<sup>3</sup> comienza por destacar las reglas generales de transcripción de textos y documentos para su edición. Así, una de las primeras normas es que:

la transcripción debe hacerse con todo esscrúpulo y respetando en lo posible las peculiaridades del manuscrito... (p. 5).

Este respeto al original se mantiene en lo referente a la transcripción de los números que aparecen en el texto que se está editando:

Los números se reproducirán en cifras romanas o arábigas, según estén en el original (p. 6).

Esto no sucede en el caso de las abreviaturas y siglas, pues:

Todas las abreviaturas y siglas se resolverán, sin necesidad de indicar con distinto tipo de imprenta las letras suplidas (p. 6).

Con respecto a la ortografía se destacan los siguientes puntos, que abrevio:

-Se respetará siempre la ortografía del manuscrito.

---

<sup>3</sup> Cito por *Normas de transcripción y edición de textos y documentos*, Escuela de Estudios Medievales, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1944.

- En la transcripción se separarán las palabras que en el original se encuentren unidas.
- Las contracciones de palabras se respetarán.
- Las mayúsculas y minúsculas se emplearán, independientemente del uso que se haga de ellas en el original, conforme a la ortografía moderna.
- Para facilitar la lectura e inteligencia del texto se modificará la puntuación, o se pondrá de nuevo, acomodándola, parcamente, a las reglas modernas; no se emplearán acentos, salvo cuando su falta pueda producir confusión en los textos romances; si el sentido del texto así lo exige, podrán usarse los signos de interrogación y admiración.
- Las palabras textuales que se dicen o atribuyen a alguna persona se reproducirán siempre entre comillas.
- Las citas literales de algún texto se señalarán subrayándolas con puntos, imprimiéndose en la edición en letras espaciadas.

Como se ve, en estos criterios parece imperar la intención de hacer el texto que se está editando más cómodo para el lector, esto justificaría, por ejemplo, modernizar la ortografía. Algunos editores contemporáneos piensan que hay que respetar el texto a toda costa, con respecto a la grafía, aunque eso dificulte la lectura.

Cuando el texto se conserva en un manuscrito defectuoso se establecen algunos signos que se deben usar en los siguientes casos:

- Letras dudosas:* Estas letras se marcarán por un punto colocado debajo de cada una de ellas.
- Letras ilegibles,* o que falten en el manuscrito. Si el editor conoce su número podrá usar tantos puntos como sea el número de las letras ilegibles. Si se desco-



noce el número se indicará por un blanco, encerrado entre corchetes rectos: [ ].

*Suplementos*: Cuando el editor suple algunas letras ya sea porque sean ilegibles o porque no estén: las letras, palabras o frase suplidas se encerrarán entre corchetes rectos, p. ej. reg[es].

*Lagunas*: son denunciadas en el texto por falta de ilación, se marcarán con tres asteriscos \*\*\*.

*Adiciones*: Cuando el editor cubre una laguna. Lo añadido se encerrará entre corchetes agudos <reges>.

*Soluciones*: cuando el editor resuelve una abreviatura que es dudosa, se señalará encerrando entre paréntesis redondos las letras suplidas seguidas de un signo de interrogación reg(em)?

*Interpolaciones*: Cuando el editor cree que hay letras, etc., que aparecen en el manuscrito pero que se deben suprimir lo que juzga interpolado se encerrará entre llaves {regem}.

*Raspados*: Son correcciones que se encuentran en el manuscrito por raspado, borrado o tachadura, lo que hace ilegible lo que había en el manuscrito antes de la corrección. Los elementos afectados se encerrarán entre corchetes rectos dobles [[regem]].

*Corrupciones*: Son pasajes en que el texto aparece claramente corrupto sin que el editor se atreva a proponer una enmienda conjetural aceptable, ni entienda que la corrupción sea debida a una laguna. Se marcará con una cruz (+).

Muchos de estos usos están pensados para editar manuscritos o textos antiguos aunque se han conservado en la edición moderna. Un ejemplo importante es el uso de los corchetes que se usaban cuando el editor suplía algunas letras o palabras y que hoy se suelen usar para indicar que algo se ha añadido en la cita. Parecería un poco excesivo poner entre corchetes los tres puntos que indican que se suprimió parte de lo dicho por

el autor, pues no se trata de una laguna en el texto sino de una provocada por el investigador y es posible que, entonces, baste con los tres puntos.

Uno de los aspectos de este folleto que más nos interesa es el dedicado al aparato crítico. En él se establecen algunos principios que deben tenerse en cuenta en esta parte del proceso de edición. Por ejemplo, se aconseja que se tomen en cuenta todas las variantes que se encuentren, pues “la edición trata de reproducir el original, no el manuscrito o manuscritos que se conservan” (p. 23). Para establecer el original y al mismo tiempo dar cuenta de las variantes que se han hecho en él a lo largo de la historia, se recurre a las notas a pie de página. Este será uno de los principios para delimitar la cantidad de notas a pie que deben ir en el texto. Su cantidad dependerá de las modificaciones que se le han hecho al original.

En el segundo punto importante, para nosotros, de esta sección dice:

Se debe procurar que el aparato crítico sea comprendido y utilizado sin esfuerzo por el lector. Su primera exigencia es la claridad y aunque se tratará de que sea lo menos recargado posible, en caso de conflicto con la brevedad deberá sacrificarse ésta (pp. 23-24).

Es decir es mejor ser extenso que poco claro. Pero aquí interviene otra cuestión: técnicamente trabajar un texto con muchas notas o de una extensión

considerable hace difícil su lectura e incluso dificulta el proceso de impresión. Los impresores recurren al uso de una letra y de una interlínea menor al texto, pero estos recursos se apoyan con una serie de abreviaturas. Actualmente no faltan lectores que piensan que ese sistema abreviado es una costumbre, por desconocer los problemas técnicos a que se enfrenta quien tiene que publicar un texto con muchas notas a pie o con notas muy extensas. Con el tiempo, esas abreviaturas se fueron convirtiendo en un verdadero sistema de signos, en el que fue fundamental el acuerdo entre todos los miembros de la comunidad.

Y sobre esto versa el siguiente punto de las normas:

En el aparato debe haber uniformidad de expresión, las mismas cosas debe expresarse por las mismas palabras o las mismas abreviaturas.

y toca un punto que nos interesa mucho:

por eso, aun cuando las observaciones vayan en español en el aparato, se hará uso de las abreviaturas convencionales latinas (p. 24).

Es interesante que el uso de las expresiones en latín se argumente precisamente al hablar de que los signos deben ser uniformes e independientes del idioma del texto editado. Sin duda el uso del

latín en tanto lengua conocida, al menos entre los académicos y estudiosos, hacía que la edición de textos antiguos fuera comprendido por estudiosos de diversas nacionalidades. Algo sin duda importante para que el conocimiento fuera universal, pero también importante en el siglo XIX, cuando el interés por encontrar rasgos que permitieran probar la existencia de una lengua única de la que descendían las demás, llevó a lingüistas e historiadores en indagar en textos de varios idiomas. Los filólogos de las lenguas romances conocían bastante bien el latín, así que su uso en el aparato crítico hacía que esas expresiones tuvieran un sentido específico, técnico entre los lectores.

Y al final, como Apéndice, aparecen algunas abreviaturas latinas usuales. Reproduzco algunas de las que considero más útiles o interesantes:

**add.:** addidit.  
**adscr.:** adscripsit.  
**al.:** aliter, alias.  
**alt.:** alterum.  
**a. ras.:** ante rasuram.  
**ca.:** circa.  
**cett.:** ceteri.  
**cf.:** confer.  
**cl.:** collato, collatis.  
**cod.:** codex.  
**codd.:** codices.  
**comm.:** commentarius.  
**comp.:** compendium.  
**coni.:** coniecit.  
**def.:** defendit.  
**del.:** delevit.  
**des.:** desinit.

**dett.:** deteriores.  
**e. corr.:** ex correctione.  
**ed.:** editor, editio, edidit.  
**ed. pr.:** editio princeps.  
**e. g.:** exempli gratia.  
**em.:** emendavit.  
**eras.:** erasit.  
**gl.:** glosas.  
**h. l.:** hoc loco.  
**i. e.:** id est.  
**in m.:** in margine.  
**inc.:** incipit.  
**in v.:** in versu.  
**in r.:** in rasura.  
**iter.:** iteravit.  
**l.c.:** loco citato.  
**lac.:** lacuna.

<b>leg.:</b> legit.	<b>p. ras.:</b> post rasuram.
<b>legend.:</b> legendum.	<b>ras.:</b> rasura. s.: supra.
<b>lib.:</b> liber.	<b>sc.:</b> scilicet.
<b>lit.:</b> litura.	<b>scrib.:</b> scribendum.
<b>litt.:</b> littera, litterae.	<b>sec.:</b> secundum.
<b>l.l.:</b> loco laudato.	<b>sec. m.:</b> secunda manus.
<b>m.:</b> manus.	<b>s.s.:</b> supra scripsit.
<b>m.rec.:</b> manus recentior.	<b>subscr.:</b> subscripsit.
<b>med.:</b> medio.	<b>superscr.:</b> superscripsit.
<b>mg.:</b> in margine.	<b>suppl.:</b> supplevit.
<b>ms.:</b> codex manu scriptus.	<b>supra scr.:</b> supra scripsit.
<b>mss.:</b> codices manu scripti.	<b>s.v.:</b> supra versum.
<b>mut.:</b> mutavit.	<b>s.v.:</b> sub voce.
<b>num.:</b> numerus.	<b>transp.:</b> transposuit.
<b>om.:</b> omisit.	<b>v.:</b> versus.
<b>op. cit.:</b> in opere citato.	<b>v.:</b> vide.
<b>p.:</b> página.	<b>vid.:</b> videtur.
<b>p. corr.:</b> post correctio nem.	<b>vol.:</b> volumen.

Estas abreviaturas son usadas en el aparato crítico de la edición de un texto que se considera importante hacer legible en una época posterior a la que fue escrito; es decir, de un texto del que se trata de reconstruir el sentido para convertirlo en un instrumento útil para conocer el estado de lengua y de cultura del tiempo en que apareció. No es, exactamente, la misma labor de editar un texto moderno, y en esto, desde luego, tiene que ver el carácter del texto editado. El aparato crítico que se usaba para editar un documento antiguo no necesariamente deba coincidir con las abreviaturas que se requieren en un aparato crítico para reportar el resultado de una investigación moderna. Es posible que lo que tienen en común, y que

hace que en ambos casos se requiera de un aparato crítico, es la presencia de varios textos (o discursos), los cuales, necesariamente, deben ser claramente identificados por el lector. Puede ser una variante que se corrige en un documento antiguo, o las ideas de un teórico dentro de una tesis académica. De esto nos ocuparemos ahora.

En el último apartado del folleto se dan algunas normas para las referencias y citas bibliográficas que nos conviene señalar porque tienen que ver con el trabajo de edición y cuidado a la hora de imprimir el texto. Los puntos relevantes dicen:

-Se tendrá sumo cuidado en que las citas sean exactas. Convendrá volver a verificarlas todas al corregir las pruebas.

-Se evitarán, siempre que sea posible, las citas de segunda mano. Cuando sean obligadas, se indicará siempre la fuente de donde provienen, diciendo *citado en* o *por*, con la referencia exacta de autor, título y página de la obra.

-Para citar un libro convendrá seguir el orden siguiente: 1) nombre y apellido o apellido del autor, pudiendo el nombre estar limitado a las iniciales; 2) Título de la obra: completo, cuando sea posible, y cuando sea excesivamente largo, abreviado exclusivamente con palabras que figuren en la portada de la obra; 3) En algunos casos convendrá indicar la colección de que forme parte la obra, sin que pueda darse regla fija para este extremo; 4) Lugar de impresión y año; Número de página citada, o de la primera y la última, enlazadas las cifras por un guión, si son más de una.

Lo anterior se aconseja que tipográficamente tenga las siguientes características:

- El nombre y el apellido del autor en versalitas.
- El título de la obra en cursivas.
- Lugar y año de edición, en redondo, todo ello separado por comas. El año, siempre en cifras arábigas.
- Número de las páginas o láminas, precedido de *p. pág.*, *págs.*, o *l. lám.*, *láms.*
- Cuando la obra tiene más de un tomo, se citará éste después del título con su numeración en cifras romanas, o en cifras arábigas precedidas siempre en este caso de *t.* o *vol.*
- Cuando la obra haya tenido varias ediciones, habrá que indicar la utilizada, pudiendo hacerlo en la forma habitual: *3ª edic.*, o bien mediante exponente después del año: 1925<sup>3</sup>. En este último caso habrá que cuidar que la cifra usada como exponente no pueda confundirse con la usada para las llamadas a nota.
- Para citar los trabajos publicados en revistas: el autor y el título se darán en la misma forma que en los libros. A continuación, separado por una coma, precedido de *en*, el nombre de la revista, en redondo, y a continuación, el número del volumen, año (entre paréntesis), página o páginas, todo en cifras arábigas.
- Si se trata de revistas poco conocidas, o que existan varias con el mismo título, debe añadirse el lugar de publicación entre paréntesis.
- En los diccionarios o enciclopedias, ordenados alfabéticamente, bastará citar la palabra-guía precedida de las siglas *s. v.* (*sub voce*), pero siempre que la obra tenga varios volúmenes será preferible indicar el tomo y página o columnas.
- Para misceláneas o volúmenes de homenaje, pueden adoptarse indistintamente las normas fijadas para las colecciones o para las revistas.
- No son recomendables las citas hechas con *op. cit.*, *ob. cit.*, *loc. cit.*, etc. a no ser que la referencia aludida se encuentre muy próxima y sin que pueda dar lugar a confusión (pp. 43-45).

Es interesante hacer notar que muchas prácticas que presenta este documento fueron usadas en la *Revista de Filología Española* desde su inicio e

incluso se conservan hasta hoy, mientras que la *Nueva Revista de Filología Hispánica* ha dejado de usarlos. En este caso están abreviaturas como *edic.* que ha sido sustituido por *ed.*; *pág.* por *p.*, pues el sistema no ha permanecido sin cambios a lo largo de la historia. Han sido escuelas o grandes empresas editoriales las que lo han modificado para que en sus respectivos ámbitos sirvan a los propósitos que les dieron origen: claridad y economía, pero no se ha dejado de lado el otro objetivo: el de la universalidad, ya que aunque muchas publicaciones han optado por usar signos, ya no en latín, sino en otras lenguas, otras siguen un sistema estadounidense. En el fondo de estos usos existe idéntica motivación: lograr un sistema que pueda ser compartido por un amplio número de personas en el mundo.

A continuación presento algunos ejemplos del uso de abreviaturas y de signos, como aparecieron sobre todo en los primeros números de las tres revistas de filología hispánica, con la idea de mostrar que aunque no había un formato rígido para citar, imperó siempre la idea de ser claro. A veces hay más de una forma, esto indica que aún no se lograba imponer un uso, no su desconocimiento. En la actualidad, el sistema de citación establecido en las dos revistas que siguen publicándose es mucho más formal. Tanto la *Revista de Filología*



*Española* como la *Nueva Revista de Filología Hispánica* cuentan, cada una, con un sistema de citación coherente, que contempla casi todos los usos que una publicación especializada requiere para presentar la información a sus lectores de manera clara y concisa. Esta sección nos muestra cómo ese sistema no se hizo de un momento a otro, sino que se fue configurando conforme el uso fue fijando formas y dándole sentido a los signos. No es un catálogo, sino una muestra de la vida de los signos en las revistas.

**aa. vv.** Autores varios.

Se usa para indicar que una obra bibliográfica es colectiva. En la actualidad se prefiere poner, en ese caso, el nombre del editor en el campo del autor.

**acep. /ac.** Aceptación.

Para decir en qué nivel de uso aparece en algún diccionario el término citado.

A veces aparece como ac.

En *RFE* 7:        Dicc. Acad. 9ª acep.

**ad loc.** *ad locum*.

En el lugar. Con esta abreviatura se remite al lector a información en otro lugar.

Francisco Rico, *NRFH* 29 en nota a pie:

“romance” que en el verso 566 de la tragicomedia de Lope (cf. mi nota *ad loc*).

Y en otro lugar cambia *loc* por “nota”:

corrijase lo dicho en la p. 45, *ad* nota 56, a la luz de...

**adición (+).**

Además de su uso matemático, en trabajos dedicados a la lingüística sirve para describir la estructura de un sintagma. En *RFH* 6, nota 4: Domina la fórmula imprecativa, protestativa o meramente aseverativa: *sí* + pron. + *vala* + *Dios*.

Se usa para describir términos de una palabra compuesta, *NRFH* 7:

el *aguapié* (de *agua* + *pie*).

En las fichas de libro sirve para dar cuenta de las páginas separadas de las preliminares:

Madrid, XIII + 322 pp.

3 hojas + 499 págs.

Menéndez Pidal, describe la estructura silábica de un verso en *RFE* 2:

versos de 8 + 8 sílabas.

**apénd. Apéndice.**

En tanto parte de una obra, se cita antes o en el lugar de la página:

Menéndez Pidal en *NRFH* 7, nota 55 dice:

FERREIRO, *Historia de la Iglesia de Santiago*, vol. II, Apénd. 89.

Agustín Millares Carlo lo usa en minúscula en *NRFH*, 7, nota 11:

Francisco Cervantes de Salazar, en *Cartas recibidas de España por Francisco Cervantes de Salazar (1569-1575)*, introd., notas y apéndices de A. Millares Carlo, México, 1946, apénd. III, págs. 181-183.

**apóstrofo.**

No debe confundirse con apóstrofe (“invocación”). Se usa para señalar la elisión de uno o más elementos tanto en un texto escrito como en el habla oral.

Menéndez Pidal en *NRFH*, lo usa al referirse únicamente a los sufijos:

En los dialectos italianos abundan los derivados con sufijos '-al, por ejemplo: *pipítala*...

Berta Elena Vidal en *NRFH* 7, nota 10 aporta otro uso:

*Che amigo* > *ch'amigo* es expresión usadísima en la región.

**apud.** En.

Se utiliza cuando se hace referencia a una fuente que no se ha consultado directamente. Amado Alonso cita en texto un ejemplo de *andar* + participio usado por el cordobés Ben Cuzmán, de la primera mitad del siglo XII, y en nota pone:

1 Apud MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español*, § 46, 4.

Lo pone en redondas, pero ahora es común verlo en cursivas. Hay que insistir en que no lleva punto pues no es abreviatura.

José Durand en *NRFH* 7 habla del memorial testamentario del Inca y luego de la cita:

(*apud* JOSÉ DE LA TORRE, *El Inca Garcilaso de la Vega*, *Nueva documentación*, Madrid, 1935, pág. 212).

Amado Alonso lo abrevia en *RFH* 1, nota:

Ap. ALARCÓN, *l. c.*, pág. 303.

**art. cit.** Artículo citado.

Se utiliza en redondas para referirse a un artículo citado con anterioridad. En un principio se ponía luego del título abreviado, como aclaración de la falta de los datos de imprenta.

Ángel Rosenblat, en *NRFH* 7, nota 11 pone:

Cf. "Vacilaciones de género en los monosílabos", *art. cit.*, pág. 196.

Pero Rafael Lapesa en ese mismo *NRFH* 7, nota 7 dice, simplemente:

Véase M. R. LIDA, *art. cit.*, p. 30.

En la *RFE* 65, fieles a su costumbre de poner en cursivas el título del artículo, encontramos la nota a pie:

Cf. C. J. Wittlin, *art. cit.*, pág. 215.

**asterisco.**

Se suele usar para hacer llamadas a nota, sobre todo en apéndices o en tablas. Actualmente suele aparecer al final del título del artículo para, a pie de página, poner alguna aclaración de carácter institucional o algún agradecimiento. Pero en términos generales se usa para indicar una llamada aparte del sistema de notas que se sigue en la argumentación.

También se usa para indicaciones de la Redacción o del Editor. Al final del artículo de Homero Serís en *NRFH*, 7, en la última palabra de texto aparece un asterisco y en nota a pie aparece:

\*Nota de la Redacción.- Ya en prensa este Homenaje, recibimos una carta del señor Serís anunciándonos el envío de una elegía de don Pedro de Cárdenas, que publicaremos en uno de nuestros próximos números, con más datos biográficos.

En gramática histórica se usa para indicar que una voz o, incluso una oración, son hipotéticas, o cuya existencia no se ha documentado. Ramón Menéndez Pidal deja claro este sentido en *NRFH* 7, nota 17:

17 Holder, Schuchardt y Meyer-Lübke quieren explicar *Andújar* por \**Andura*, sin adecuación fonética; se apoyan en la inexacta creencia de que la inscripción donde ocurre *Andurensis* fue hallada cerca de *Andújar*.

Aunque también lo usa ahí para indicar una posible forma, en texto dice:

...al lado de *murciego* < mure caecu, debió existir un \*mure caeculu...

También, con el mismo sentido, se usa para explicar frases u oraciones que no han sido comprobadas durante la investigación.

**aum.** Aumentada.

Por lo general se usa para referirse a una nueva edición que luego de la primera se le ha añadido algo. En *NRFH* 7:

*El Aleph*, Losada, 1949; 2ª ed. aumentada, 1952.

**barra diagonal (/).**

La barra diagonal se usa para indicar la separación de los versos cuando se citan a renglón seguido. Las barras dobles indican un cambio de estrofa.

Juan Corominas las usa en *RFH* 6, nota 4:

*Cancionero popular de Jujuy*, pág. 346. El metro de la copla («En la falda de aquel cerro / Pasa garva y aguacero....»)

Se usan para encerrar los caracteres fonéticos.

Así en *NRFH* 11:

oposición frente a la sonoridad: /p/ frente a /b/.

Otro uso común de este signo es para indicar números dobles de revistas:

*NRFH* 38/39 (1984-85), pp. 45-69.

**barra vertical (|).**

Se usa sobre todo para indicar separación. En la descripción bibliográfica indica la forma en que se presentan los datos en la portada de un libro raro.

A. Rodríguez Moñino, en *RFE* 24, describe un manuscrito:

La Propalada | De Bartolome de | torres Naha-  
rro | Inpresa el año de |1590.

En trabajos dedicados a la fonética se usa también para señalar unidades melódicas en un período de habla. Tomás Navarro en *RFH* 1, cita un texto de Azorín:

«En ellas, | nuestra atención, | nuestro interés, | han sido siempre | hacia esos tres...».

En los primeros números de la *RFE* se usaba para dividir versos, para lo que ahora se usa la diagonal. En *RFH* 7, Ramón Menéndez Pidal copia un villancico:

«Haganos placer | en Sant Antrijo, | pues no hay regocijo | do falta comer ».

**Bibl. Biblioteca.**

Por lo general, el término aparece referido a lo que podríamos denominar colección de una editorial. Algunas por ser muy conocidas suelen aparecer en lugar de la editorial en la cita. Así en *RFE* 7:

Bibl. Esp., XXXV, pág. 132.

En este caso hay algunas dentro del ámbito de la filología hispánica como la prestigiosa *Biblioteca de Autores Españoles* de editorial Atlas o la *Biblioteca de Autores Cristianos*, las cuales suelen citarse con siglas y se puede así omitir editorial y lugar.

**ca. circa** 'alrededor de'.

Se usa cuando no se tiene la certeza del dato que se está dando, sobre todo en fechas.

E. Mejía Sánchez y L.A. Ratto en *NRFH* 7 se refieren en el texto a

Juan Antonio de la Vera Zúñiga y Figueroa (ca. 1580-1658)

Menéndez Pidal en *NRFH* 7, no utiliza la abreviatura en nota 70:

En los *Miráculos romanizados de Santo Domingo* (hacia 1285).

Mientras que Juan Corominas en *RFH* 6, lo sustituye por aprox. en la nota 1, p. 7:

*Gramática de la lengua general del Perú*, Sucre [1857 aprox.] pág. 7.

Se usa mucho para fechas de nacimiento y muerte inciertos. En *RFE*, t. 10:

Nicolás Monardes (c. 1512-)

**cap./ caps.** Capítulo.

En los primeros números era común ponerlos en romanos. Tomás Navarro, en *RFH* 1, cita en nota:

1 *General Estoria*, Libro XV, caps. XXXVIII-XLIII.

Aunque actualmente se suele poner en arábigos. Así Pedro Henríquez Ureña en *RFH*, 1, nota:

PEREDA, *Peñas arriba*, caps. 8, 20, 21 y 29.

**cf. / cfr.** Confer. Confróntese, compare.

Aunque la forma actual es cf. en redondas, en los primeros números de la *RFE* aparece en redondas pero con la forma cfr.

No sólo se usa para referirse a un libro o artículo, E. Mejía Sánchez y L. A. Ratto en *NRFH* 7, nota 6 remiten así:

Cf. Acta matrimonial en Quevedo, *Obras completas*. Verso, ed. Astrana Marín, Madrid, 1934, pág. 884.

Amado Alonso en *RFH* 8, usa cfr. en nota:

Cfr. DOZY, 18.

**cit.** citado.

Francisco Rico, *NRFH* 29, hace referencia a un texto que citó en la primera parte de su artículo:

J. ROMEU FIGUERAS, “*El Toro*, ensalada poético musical inédita”, cit. en I, p. 332, nota 10.

**citado por.**

En realidad no tiene el mismo uso técnico que *apud*, ya que más que remitir al lector a una obra que no vio el investigador de manera directa, se suele usar para decir que algún otro autor ya ha considerado ese dato y así darle autoridad a un término, por ejemplo, Ángel Rosenblat se refiere a un uso de la voz *vinagre* en Jiménez Patón en 1614:

“*El vinagre se dice en esta tierra, y en Castilla la vinagre*” (cit. por Cuervo, § 225).

**col.** columna; colección.

En bibliografía se usa para abreviar el término *colección*, que no sólo designa a una serie de libros independientes que comparten ciertas características dentro del catálogo de una editorial, sino que suele llevar ese título una obra que en un mismo volumen presenta piezas de varios autores.

En este último sentido lo encontramos en la *RFE*, 7, donde el autor se refiere a “la colección de gramáticos latinos publicada por Putsch en 1605”. Y luego cita esta obra así:

Putsch, vol. II, cols. 2449-2622.

Con ese uso lo cita Menéndez Pidal, *NRFH* 7, n. 59:

HOLDER, col. 1222.

Rafael Lapesa en *NRFH* 7, nota 15 usa el plural:

*PL*, vol. CLXXI, cols. 1656-1657.

Como colección, lo usa Ángel Rosenblat, en *NRFH* 7 nota 2:

Carlos Coloma en su traducción de Tácito (col. *Austral*, Buenos Aires, 1944, pág. 149).

Aunque el nombre de la colección va en cursivas, la abreviatura no. El nombre de la colección en lugar de la editorial en la ficha suele



usarse sólo en los casos en que la colección es muy conocida.

**comillas dobles altas.**

Se usan sobre todo para hacer citas directas de los documentos cuando la cita no excede los 4 renglones, en cuyo caso iría a bando.

Se usan para destacar un término que no es de uso común. Marcos A. Morínigo en *NRFH* 7, pone este ejemplo:

...un buen predicador tiene “buen pico”.

Américo Castro en *NRFH*, 7, trae este otro ejemplo:

Uso en mis escritos, según conviene en cada momento, los términos “morada”, “vividura”, “estructura funcional”.

En la *NRFH* se usan para distinguir el título de los artículos en revista o en libro colectivo y para distinguir un título dentro del título de un libro:

*“Propalladia” and other works of Bartolomé de Torres Naharro.*

**comillas francesas.**

Prácticamente tienen el mismo valor que las dobles. Así, la *RFE* desde sus inicios les da el mismo uso a las francesas que la *NRFH* les da a las dobles. En la *RFE* (tomo 9, 1922), estas comillas se usan para citar en el texto: «El redactor de los primeros capítulos...».

También se usa en esta revista para los títulos de artículo:

«Robert Southey und Spanien» (*Revue Hispanique*, XXVIII, pág. 249).

En la *RFH* también se usaron normalmente para citas y términos. No se usaban en los títulos de artículo, pues iban en cursivas.

En la *NRFH* se usan para citar algo entre comillas dentro de un título de revista o dentro de una cita entre comillas altas.

**comillas simples.**

Suelen usarse para expresar el significado de un término, por eso suelen llamarse comillas “de sentido”.

Samuel Gili Gaya en *NRFH* 7, en texto pone este ejemplo de uso de sentido:

*potar* ‘beber’.

A veces se usan para distinguir una cita dentro de otra, aunque esto no es muy recomendable sobre todo porque al final pueden coincidir 3 comillas. La *RFE* utiliza las llamadas francesas y se vale más de las sencillas en este caso. Por el contrario la *NRFH* que usa las dobles para citar, suele preferir las francesas para marcar una cita dentro de otra.

**comp.** Compárese; compilador, sobre todo en bibliografía.

En el primer sentido, Tomás Navarro en *RFE* 9:

Comp. B. Bourdon, *La reception du temps*, en *Revue Philosophique*, Paris, 1907, XLII, página 452.

Y en texto aparece desatada:

Compárese la alternativa (Dicc. Acad.)

**coord.** Coordinador.

Sirve para designar al coordinador de una obra colectiva. En bibliografía va en el mismo lugar que editor. En *NRFH* 36, en nota a pie:

“Naturaleza y estatus social de las hablas andaluzas”, en MANUEL ALVAR (coord.), *Lenguas peninsulares y proyección hispánica*.

**corchetes.**

Se usan para ofrecer algún dato que el investigador piensa que falta en el original.

Ernesto Mejía Sánchez y L. A. Rato, en *NRFH*, 7 presentan el título de un poema como:

Epi[gramma] Marci[alis]

Homero Serís, en *NRFH* 7, nota 7, lo usa para aventurar el año de publicación de un libro en una referencia bibliográfica y explica el porqué de su creencia:

*La estrella de Sevilla*, ed. whit notes and vocabulary by F.O. Reed and Esther M. Dixon; introd. by J. M. Hill, New York, [1939] (la introducción, págs. iii-xxxix, es un pormenorizado informe del estado de las investigaciones hasta 1939).

Obsérvese que la coma después del lugar de edición permanece antes del corchete.

Es común su uso para introducir, en medio de un texto, la aclaración de que en la forma en que se cita está en el original, en *NRFH* 7:

“Sale Diana como cacadora [sic]” y ahí mismo otro uso: “Dia[na]”.

Se usa para corregir un término que se está citando, *NRFH*:

*La porta [léase posta] meridiana, que trata de las cosas admirables...*

También se usan los corchetes para poner algo que debería ponerse entre paréntesis cuando el párrafo está entre paréntesis:

(*NRFH*, 7 [1953], p. 35).

Cuando un verso debe continuar por falta de espacio, en otro renglón, esto se indica poniendo el corchete izquierdo antes del texto:

con ser breve la edad de la

[hermosura!

En fonética se usa para referirse a la pronunciación de un fonema. En *NRFH* 11:

la vocal [u] llegó a pronunciarse [y].

**corr.** Corregida.

Suele seguir a ed. para indicar que la nueva edición que se cita se ha corregido.

**Dicc.** Diccionario.

*Dicc. Acad.* y *Dicc. Aut.* son abreviaturas de uso corriente en las revistas:

La primera se usa para abreviar el *Diccionario* de la Real Academia de la Lengua Española.

Ejemplo del primero en *RFE* 7, en nota:

Verbo huchear, «llamar, gritar... a los perros en la cacería» (*Dicc. Acad.*)

**Dicc. Aut.** Se usa para abreviar el *Diccionario de Autoridades*.

Ángel Rosenblat en *NRFH* 7:

“En el juego de la matarrata —dice el *Dicc. Aut.*— se llama *matas*...”

Pero también se puede usar para otros diccionarios. Así en nota encontramos:

CUERVO, *Dicc.*, 1886.

**e.g. *exempli gratia***, ejemplo.

En la *RFH* 6 hay un ejemplo de esta abreviatura hoy rara:

e.g., HUBERT, *Deutsches archöl...*

En *NRFH* 13, aparece en nota una variante:

(cf., p. ej., los epigramas 69 y 71 de Catulo).

**ed. /eds.** Edición, ediciones.

Amado Alonso en *RFH* 8, en nota usa *edic.*:

*Orígenes de la lengua española*, Madrid, 1873 (2ª *edic.*), pág. 281.

Pero lo normal es “ed.”, Diego Catalán en *NRFH* 7, tiene en nota:

Esta observación fue hecha ya por Menéndez Pidal en *La España del Cid*, pág. 675 de la ed. de 1929 (pág. 632 de la ed. de 1847).

En la *RFE*, en los primeros años es común encontrar *edic.*:

*caza* (*edic.* Bautista, pág. 48).

**ed. cit.** Edición citada.

Por lo general se usa para citar la edición de una obra (sobre todo literaria) que tiene varias ediciones y se refiere a la misma.

En *RFE*, 7: Carta de M. Tabareu (edic. citada, XLVII, pág. 42).

Ramón Menéndez Pidal en *NRFH* 7, en la nota 11 cita:

*Cartulario de San Millán*, ed. del P. Serrano, 1930, pág. 103.

Y posteriormente, en nota, 52, dice:

*Cartulario de San Millán*, ed. cit., pág. 10.

Aunque el autor lo subraya, no creo que sea necesario.

Serís lo usa para referirse a algo dicho por el editor, no por la obra; en *NRFH* 7, 13.

En el texto dice que Foulché no logró identificarlo, pero enumeró una serie de obras (ocho) en las que figura un "Cardenio", y en nota:

R. Foulché-Delbosc, ed. cit., págs. 532-533, nota 2.

Con lo que remite a su edición de *La estrella de Sevilla* que se atribuye a Lope.

**edit.** Editorial.

A veces el nombre de la editorial necesita esta abreviatura en la ficha:

En la Bibliografía de *RFH* 6, ficha 5863:

Zaragoza, Edit. Ebro, 1941.

Valencia, Edit. Tip. Moderna, 1941.

**est.** Estudio.

Se usa en la información bibliográfica para dar el nombre del autor del estudio preliminar.

**estr.** Estrofa.

Se usa para indicar la estrofa de un poema.

Leo Spitzer, en *RFH* 6, remite al libro de Arcipreste:

(*Libro de buen amor*, estr. 1200).

Paul Bénichou lo usa completo en *NRFH* 7:  
en *Reliquias*, estrofas 712 y sigs.

**et seg.** *Et sequens*, 'y siguientes'.

En realidad ahora se prefiere "y siguientes" o ss.

**et al.** *Et alii*. 'y otros'.

Se usa en Bibliografía cuando hay más de dos autores. Hay que decir que *et* no es abreviatura, por lo tanto no lleva punto y en tanto que es conjunción se debe usar sin coma antes.

En *RFE*, en nota:

Una bibliografía esencial articulada se halla en E. KIRSCHBAUM *et al.*, *Lexikon...*

En nota a pie, Antonio Alatorre, *NRFH* 29, lo usa cuando habla de una serie de autores:

La intervención del Obispo de Puebla ha sido enaltecida... por... Alfonso Junco, Alfonso Méndez Plancarte, Alberto G. Salceda *et alii*.

En *RFE* 9, en la bibliografía encontré este caso raro:

CANTÚ, A., I. R. FLORES, ETC. — *Spanish syllabus...*

**etc.** Etcétera.

Además del uso normal, en la *RFE* 7 encontramos este caso para abreviar el título:

Cómparese LAMBERT, *La grammair latine*, etc., pág. 13.

**fac.** Facsímil.

Sirve para abreviar el término que designa una obra editada en facsímil. En *RFE* 2, en nota aparece completo:

ed. facsímil.

En *NRFH* 3, aparece en nota a pie:

*Galatea*, lib. VI, f. 334v, ed. facs. Real Academia Española, 1917.

**fasc.** Fascículo.

Por lo general antecede inmediatamente al número de páginas en las notas. Juan Marichal en nota:

Véase COSTES, *op. cit.*, fasc. 1, p. 39.

**fol.** Folio.

En el número 1 de la *NRFH*, Amado Alonso abrevia folio en nota:

Ed. cit., f<sup>o</sup> 116r<sup>o</sup>.

Pero es un uso raro, por lo general se prefiere f. En *NRFH* encontramos el plural:

Madrid, 1945, ff. 103v-107r.

**guión largo.**

El guión largo, además de su uso para separar las oraciones incidentales del resto del período y para indicar en los diálogos la parte de cada interlocutor, se usa para separar los elementos de la ficha bibliográfica: se pone después del nombre y antes de los datos editoriales. Así que la ficha queda dividida en tres partes.

En las revistas se usa también para separar el personaje de una obra dramática y el texto.

Los cambios de turno en la narrativa.

—¿Es de muerte su sentencia, mi viejo?

—¿Pues conoce otra penalidad más clemente...?

En notas a pie se usa para marcar una pausa similar al punto y aparte:

cf. H. SERÍIS, en *RFH*, XIII, 1926, págs. 303-304.

— J. BRAUNS, *La estrella de Sevilla*...

Tomás Navarro, en *RFE* 9 usa guiones largos para dividir versos, ahora es más común dividirlos con /:

La princesa está pálida en su silla de oro. —  
¿Piensa acaso en el príncipe...?

**hs.** Hojas.

Se usa en la descripción de manuscritos o pliegos sueltos:

Daniel Devoto en *NRFH* 7 aporta varios ejemplos:

...coplas en que se contrahaze la germania...  
fechas por / Rodrigo de reynosa, gót., 4 hs. en 4º, s.l.n.a.

**ibid.** *Ibidem.* 'Ahí mismo, en el mismo lugar'.

Sustituye al autor y título cuando se usa para indicar que la referencia proviene del mismo libro o trabajo citado en la nota anterior. Por lo tanto no debe usarse cuando en la nota anterior se cita más de una obra.

Dámaso Alonso en *RFE* 24 lo pone completo y en español para referirse al mismo número de la misma revista citada en la nota anterior:

1 Tomo XIV, 1927, págs. 275-282.

2 *Ibidem*, págs. 280-281.

Es interesante porque muestra que lo que no sustituye es el número de páginas.

Antonio Alatorre en *NRFH* 7, da el siguiente ejemplo en nota 4:

Astrana Marín (*Obras en verso*, pág. 1379b) describe dos impresiones...

y más adelante en la misma nota:

Astrana (*ibid.*, págs. 1382b y sig.) describe...

Paul Bénichou, en *RFH* 6 en texto lo usa entre paréntesis:

...reproducida por Moya (*ibid.*, pág. 280)...

**id.** *Idem.* Lo mismo.

En *RFH* 6 Corominas habla de los lugares en que ha encontrado un término lingüístico, y en texto encontramos:

'tira para asegurar las esquinas de los cajones' (Román), 'encella, molde de hacer quesos' (id.).



Sustituye cualquier elemento de la referencia, que no sean los que permitiría el uso del *ibid.* Así, en ese mismo número de la *RFH*, en nota sustituye al autor:

CARRIZO, *Canc. de Tucumán*, copla 2069; Id., *Canc. de Jujuy*, c. 3873.

**igualdad (=).**

Además de su uso común de igualdad entre dos cifras, sirve para denotar que dos términos o expresiones tienen similar significado.

Margit Frenk en *NRFH* 7 lo utiliza varias veces:

*pelo chino* = 'greñas'

*banqueta* = 'acera'

Se usa con espacio antes y después del signo.

Pedro Henríquez Ureña en *RFH* 1, lo usa para aclarar el sentido de un término en nota:

«gentes bárbaras, enemigas de los cristianos, repugnantes [= que repugnan] la conversación de ellos...»

**il./ ilust.** Ilustración, ilustrador.

Se pone al final de la ficha cuando la obra contiene ilustraciones. La abreviatura aparece en *NRFH* 24 en texto:

El cuadro aludido es *L'entrée du Chist à Bruxelles* (ilust. 3).

**impr.** Imprenta.

En los primeros años se usaba sobre todo *Imp.*

En la *RFE*:

Montevideo, *Imp. Renacimiento*,

por eso podía aparecer *s.i.* (sin imprenta), como en:

F.G. DEL VALLE, *José de la Luz y los católicos españoles*, La Habana, (s.i.), 1919.

**introd.** Introducción.

Amado Alonso, en *NRFH* 3, cita las *Introductiones latinae*, Salamanca, 1481, en nota como: *Introd.*, fol. 43 v°.

Pero cuando se cita la introducción de una obra, va en redondas. Américo Castro en ese mismo volumen:

(Introducción a la *Historia de España*, Madrid, 1947, vol. 1, págs. lii-liiii).

Hay ocasiones en que lo que se cita es la introducción; así en *NRFH*:

(F.RICO, Introd. a *La novela picaresca*, Barcelona, 1968, p. clviii, nota 18).

**infra.** Abajo.

Suele usarse para remitir al lector a un pasaje que se encuentra después del que está leyendo.

H. Serís en *NRFH* 7 deja claro el concepto en la nota 9.

Bell, artículos mencionados *infra*, notas 15 y 16.

Y en *RFE* 9 aparece en español:

Véase más abajo, pág. 309, nota.

**I./ II.** Línea, líneas.

Suelen ocupar el lugar de las páginas en la referencias, de ahí la similitud con la abreviatura de página.

Daniel Devoto *NRFH* 7, usa lín:

pág. 5, lín. 7.

En la *RFE* 7, encontramos otro ejemplo:

(Cap. 1, lín. 15).

**lám.** /**láms.** Lámina, láminas.

Se suele usar al final de la ficha bibliográfica. Al fin de la ficha bibliográfica, en la descripción, indica que la obra contiene láminas. A veces pueden ser lo más importante de la obra y la descripción es más detallada. En *RFE* 2:

*La Inmaculada y el arte español*, con 67 reproducciones en 29 láms. en fototipia, Madrid, Imp. de San Francisco de Sales, 1915.

**leg.** Legajo.

Se usa para remitir a algún material de archivo.

Agustín Millares Carlo en *NRFH* 7, nota da un ejemplo:

Archivo Histórico de Hacienda (México), leg. 424-107, 1 fol.

**lib.** Libro. Librería.

Libro como elemento de una ficha en tanto sección de una obra. José Durand, *NRFH* 7, nota:

se halla recogido en la *Historia general*, lib. VIII, cap. XII.

En *RFE*, 7 aparece como nombre de la editorial:

Montevideo, Lib. Mercurio, 1916.

**loc. cit.** En el lugar citado.

Se usa cuando la referencia procede de la misma fuente, la misma página. Por lo general sirve para referir a un manuscrito ya citado, en tanto que para referirse a un mismo libro o artículo existen otras abreviaturas. A veces se usa sólo *l. c.*

Paul Bénichou en *RFH* 6 ha citado antes versos tomados de la *Primavera* de Menéndez Pidal, así que usa *loc. cit.* para decir que está tomado de esa obra:

A eso de la mañanita / el buen rey que ha consentido (*loc. cit.*, p. 234).

Algunos autores de los primeros números de la *RFE* veían su uso igual al de *op. cit.*, por ejemplo Tomás Navarro en *RFE* 9:

BOURDON, *Loc. cit.*, 423.

En *RFE* 9 aparece desatado y en español; un ejemplo raro:

Véase FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, lugares citados...

**mayor que (>).**

En matemáticas mayor que; en filología se usa para indicar que un término derivó en otro.

Ramón Menéndez Pidal en *NRFH* 7 pone este ejemplo:

Cernicŭlum > *cernícola*.

**menor que (<).**

En matemáticas menor que; en filología se usa para indicar que un término derivó de otro. En la página citada en la entrada anterior, Menéndez Pidal ofrece este ejemplo:

*Péñola* < pennula.

**ms. mss.** Manuscrito, manuscritos.

En *RFH*, 6, nota 2:

*Compendio historial*, Biblioteca Nacional de España, Ms. F. 115, fol. 152 vº.

**n.** Nota. En plural suele ponerse nn.

Amado Alonso en *RFH* 7, en nota:

Steinger, *ob. cit.*, pág. 180 y n. 3.

Homero Serís en *NRFH* 10, nota a pie:

(pp. 324-325, n. 2).

**n. b. Nota bene.** Nótese.

Sirve para llamar la atención sobre algún término. Alatorre trae un ejemplo en español en una nota a pie, *NRFH* 15:

JUAN DE LUQUE, *Divina poesía y varios conceptos* [nótese esta palabra] *a las fiestas principales del año*, Lisboa, 1608, p. 74.

**n.l.** No lugar.

Lo mismo que sin lugar.

**n.n.** ningún nombre.

Sin nombre de impresor.

**n.s.** Nueva serie.

Se usa para indicar una nueva época en alguna revista.

**núm. /núms.** Número, números.

Se usa sobre todo en la ficha de artículo en revista para indicar el número de la publicación, en plural cuando son dobles.

**olim.** Adverbio latino que quiere decir “En otro tiempo, antiguamente”.

En bibliografía se usa para referir que un título o documento inédito ha cambiado de nombre. Así en *RFE* 13, Solalinde se refiere a un manuscrito:

Biblioteca Nacional de Madrid, núm. 552 (olim A. 130).

**op. cit.** *Opere citato.*

No se usa cuando se ha citado más de una obra del autor. En tal caso se cita, abreviado, sólo el título a que se hace referencia. Su equivalente en español, “ob. cit.”, fue muy usado tanto en la *RFE* y en la *RFH*.

En la *RFH*, 1. Amado Alonso lo usa incluso en cursiva:

2 CUERVO, *ob. cit.*, 56.

**p. pp.** Página, páginas.

Al inicio tanto la *RFE* y la *RFH* usaban “pág. págs.” Incluso hoy la *RFE* sigue esa práctica. En la *NRFH* se usa p. / pp. y vemos ahora una tendencia a homologar con este uso otras abreviaturas como l. ll., v. vv. f. ff., etc.

**p. ej.** Por ejemplo.

En *RFE* 2 en texto aparece:

hay exageraciones y algún error sobre las fuentes (p.ej. en cuanto a Ovidio).

**paréntesis.**

Aparte de su uso para encerrar una frase incidental que se intercala en el hilo del discurso, es muy común para poner una referencia corta en el texto.

Ángel Rosenblat, en *NRFH* 7, por ejemplo lo usa así:

... *el aguaverde* (f. según la Academia)...

En las notas a pie de página es donde más se utiliza para intercalar en la narración datos de

la edición. El mismo Rosenblat en nota 1 lo usa para dar lugar y año de edición de una obra:

El *Diccionario de la literatura española* (Madrid, 1949), después de decir...

En las notas a pie sirve, en ocasiones, para dar elementos de la referencia bibliográfica en medio de la redacción:

...en el judeoespañol de Marruecos, Benoliel (*op. cit.*, p. 516) dice que...

En la *NRFH* en la Bibliografía los paréntesis se usan para encerrar el año de publicación de un artículo en revista:

*RFE*, 1 (1914), pp. 1-49.

En bibliografía se usa para aclarar el estado de un lugar de edición:

Editorial Cosmo, Córdoba (Veracruz), 1982.

También en Bibliografía el nombre de la colección va entre paréntesis.

#### **párrafo (§).**

Este signo llamado calderón se utiliza mucho en trabajos gramaticales. La cita suele remitirse al párrafo más que a la página:

Margit Frenk en la *NRFH* hace referencias a párrafos de su mismo artículo en nota:

Véase el § 20.

y abajo en plural usa dos:

Véanse §§ 21, 22.

Menéndez Pidal en *NRFH* 7, nota 46, remite a dos párrafos de su obra:

46 Recojo estas formas en *Orígenes del español*, §§ 232 y 451.

#### **passim.** Aquí y allá.

Sirve para indicar que la información a que se refiere se haya dispersa en la obra. Cuando va después de una o varias páginas, se usa *et passim*.

Marcos A. Morínigo en *NRFH* 7 para apoyar su idea de que los artesanos, por las leyes coloniales, casi nunca ejercían su profesión en América, usa *passim* pero sustituye *et por y*, en nota 14:

Cf. por ejemplo Las Casas, *op. cit.*, I, CXX, y *passim*.

Juan Corominas, *RFH* 6, pone ambos, conjunción y *passim* en redondas en nota:

LEITE DE VASCONCELOS, *Dialectología*, II, 245, 249 y *passim*.

Pero un uso común lo da José Durand en *NRFH* 7, cuando en texto habla de que en varias ocasiones el Inca dio “un orgullo patriótico” de peruano, y en nota 4:

4 Cf. “El Inca español” en *Américas*, mayo de 1953, *passim*.

En *RFE* lo encontré en texto:

Cf. AH 3.30.2, 12.315 et *passim*.

En un caso similar Antonio Alatorre lo pone en cursivas en nota, *NRFH* 29:

pp. 164-168 et *passim*.

**pref.** Prefacio.

En una ficha en francés se acentúa. Así en *RFH* 1, Bibliografía:

Préf. de R. Altamira.

**pról.** Prólogo.

En nota a pie en *NRFH* 15:

RAMÓN LÓPEZ VELARDE, *Poesías, cartas, documentos e iconografía*, pról. y recop. de Elena Molina Ortega, México, 1952, pp. 75-77.

Agustín Millares Carlo, *NRFH* 7, ofrece un ejemplo de una obra suya:

*La imprenta en México, 1594-1820. Cien adiciones a la obra de don José Toribio Medina*, pról. de A. Millares Carlo, México, 1947.

**pte./ part.** Parte.

Se refiere a cada una de las secciones en que se divide una obra. Por ejemplo, *RFE* 9:

*El nuevo reino de granada en el siglo XVII*, Pte. Primera, Madrid, Imprenta del Asilo de Huérfanos, 1921, p. 280.

Algunas obras clásicas, como *El Quijote* se dividen en Partes.

En *RFE* 7:

*Partidas*, Part. II, vol. II, pág. 226.

**puntos suspensivos.**

Indican que la cita está incompleta, sobre todo debido a que el autor ha suprimido algunas palabras del párrafo que está presentando. Por lo tanto pueden ir al inicio, al final o al interior del texto citado. Amado Alonso los usa en cita a bando en *NRFH* 3, para dar claridad a lo que quiere mostrar:

...como entre los hebreos... *Ezras* se escribe con *zain*.

Cuando en el texto hay una laguna esto se debe indicar poniendo los tres puntos entre paréntesis.

**rev.** Revisada.

Esta abreviatura sirve para distinguir una edición de otra anterior. En *NRFH* 34 aparece en nota para referirse a una edición específica:

Me refiero a la 2ª ed. rev. de su *Einführung in das Studium der romanischen..*

**rº.** Recto.

Se usa para referirse al lado del folio de la derecha de quien lee, o en lo que en la numeración moderna sería non.

Ms. X-12-1-2, fol. 7r.

**s. ss.** Siguiete, siguientes.

Por lo general se utiliza para referirse a una paginación que no es muy precisa:



Antonio Alatorre en *NRFH* 7, da muestra de sig. en singular y en plural. En nota 4 dice *ibid.*, págs. 1382 y sig.

y en nota 5:

fols. 94 r<sup>o</sup> y sigs.

**s.a.** Sin año.

En *NRFH* 7, José F. Montesinos usa varias veces s.a., notas 2, 4 y 5:

*Le roman comique*, ed. Magne, Paris, Garnier, s. a., pág. 130

siempre con espacio entre s y a.

**s.f.** Sin fecha.

Es una abreviatura que se usa casi siempre en los datos bibliográficos de un libro.

Alonso Zamora Vicente, en *NRFH* 7, nota 6 tiene este ejemplo:

W. J. Entwistle, *The Spanish language, together with Portuguese, Catalan and Basque*, London, s. f., pág. 306.

B. J. Ronco, en *RFH* 1, nota 1:

Luciano Adeile, *El idioma nacional de los argentinos*, Buenos Aires, s. f.

Aunque algunos argumentan contra su uso, ya que el dato que sustituye no es propiamente la fecha, sino el año y proponen usar "s. a."

**s.l.** Sin lugar.

En los datos bibliográficos, sin lugar de publicación.

Daniel Devoto en *NRFH* 7, refiere un pliego suelto:

en 4<sup>o</sup>, s.l.n.a. (Sin lugar ni año).

**s.v.** *Sub voce*. Bajo la voz.

Se usa para indicar la forma bajo la cual se recoge una palabra en el diccionario.

No es raro encontrarla en redondas, aún hoy, en la *RFE* y con espacio: s. v.

En *RFE* encontré está forma de plural:

Citado *DECH*, s. vv. *hambre, holgar*.

Es posible que, como por lo general le sigue un término en cursivas, se opte por poner s.v. en redondas.

A. Alatorre, *NRFH* 29 lo pone completo en nota a pie:

PALAU, *sub voce* "Calleja".

**sel.** Selección.

En bibliografía se usa para dar el nombre del autor de la selección de una obra miscelánea.

**sic.** Así.

Se usa para indicar que el término se ha copiado textualmente. E. Mejía Sánchez y L.A. Ratto, *NRFH* 7, ponen un ejemplo claro en texto del Príncipe de Esquilache:

Buscarle puedes en la Caca [*sic*] diesto.

**sign.** Signatura.

Es la cifra que se le asigna a una obra (por lo general antigua) para su clasificación.

José Durand, *NRFH* 29 da este ejemplo:

Traça y Ejercicios de un oratorio, Lisboa, 1609, lib. IV, fol. 89 ss.. sign. S-2.

**signo de admiración.**

Aparte de su uso como signo ortográfico, por lo general se usa sólo el signo que cierra para manifestar desconcierto por alguna afirmación o dato.

Menéndez Pidal en *NRFH* 7, nota 69 pone este ejemplo:

GOETZ, *CGILat*, VII, 238<sup>a</sup>, tiene por inadmisibles la forma *scandala* de un glosario (!).

Amado Alonso en *RFH* 1, al señalar el error de un autor muestra ambos usos en una misma nota:

Matthies hace desprender la regulación del uso de *andar* frente a *estar*, con participio, del

carácter imperfectivo o perfectivo del participio (¡o del sujeto!).

y unas líneas después:

*Una historia que anda impresa...* interpreta Matthies (pág. 45) como que ‘se desarrolla’, gracias a carácter durativo (imperfecto) del sujeto (!).

**signo de interrogación.**

Aparte de su uso como signo ortográfico, por lo general se usa sólo el signo que cierra entre paréntesis para manifestar duda con respecto a lo citado.

Américo Castro cuestiona un párrafo que está citando así:

“camino peligroso que lleva de lo histórico [?] a lo general [?], a la llamada interpretación ontológica”.

Se suele usar con frecuencia cuando los datos bibliográficos, o biográficos, no son del todo seguros:

Amberes (?), 1485 (?).

**supl.** Suplemento.

*RFH* 6 encontramos en nota:

(Supl. nº 2 a la *Semántica*).

**supra.** ‘Arriba’.

Se usa para remitir a una parte del escrito que está antes.

Margit Frenk en *NRFH* 7, en el párrafo 7 remite a otro sitio en nota 112:

Cf. *supra*, § 7.

**t. /ts.** Tomo, tomos.

Esta abreviatura tiene muchos usos. En bibliografía sirve para indicar, al final, los tomos en que está dividida una obra:

3 ts.

cuando tienen paginación, se usa:

3 ts.: 679 pp.

Y a veces sirve para señalar sólo uno o varios tomos:

ALFONSO REYES, *Obras completas*, ts. 1-2.

La *RFE* y la *RFH* prefieren vol./vols.

**tít.** Título.

No se refiere únicamente al uso común del nombre de una obra, sino que se refiere a una sección de obras ahora en desuso:

Yakov Malkiel, en *RFH* 8, dice en nota 1

Ocurre en la Primera Partida, título 9, ley 13.

Y en *NRFH* 13 encontramos en nota;

*Recopilación*, lib. 9, tít. 22, ley 2.

En *RFE*:

Fernando del Pulgar, que le dedica el título XV de sus *Claros varones*.

**trad.** Traductor, traducción.

En la bibliografía se usa para dar el nombre del traductor.

En *RFH* 9 se cita un libro en su versión española:

Cf. la trad. española, Buenos Aires, 1945, p. 177.

José Durand da, en nota a pie, ese dato:

(*Erasmo y España*, trad. de A. Alatorre, México, 1966, p. 752).

**v.** Véase, véanse.

No debe confundirse su uso con cf., pues véase no indica cotejo o comparación. Por eso se suele usar para remitir a trabajos del mismo autor. Menéndez Pidal en *NRFH* 7, tiene en la nota 10:

Véase mi citado artículo "L'héritage indo-européen..."

Y en otra nota, la 15, hace uso de ambas:

Véase *Conflictos*, pág. 179; y cf. Alonso, *Estudios*, págs. 324-325.

Cuando se da luego de otra referencia suele ir acompañada de “también” o de “además”.

Así F. Krüger en *NRFH* 7, nota 30:

Véase también Y. Malkiel, en la reseña del estudio de Casado Lobato.

Amado Alonso en *RFH* 1, en el texto usa “ver”: *rozzo* (ver pág. 12).

Juan B. Avalué Arce en *RFH* 8, usa *vid.* en nota: *Vid. Obras*, Ed. de Balbín.

**v. vv.** Verso, versos.

Dicen E. Mejía Sánchez y L.A. Ratto, en *NRFH*, 7 en texto:

La “señora de Cetina” del v. 9 es la mujer de Quevedo.

María Rosa Lida en *RFH* 1, en texto:

En la *Odisea*, XVI, vv. 216-218.

**vgr./ vgr./ v.g.** *Verbi gratia*. ‘Por ejemplo’.

En realidad la voz verbigracia está en español, por lo que se puede usar sin cursivas.

Francisco Rico, *NRFH* 29 lo abrevia en redondas en nota:

podría remitir al bailecillo así designado en otras fuentes (vgr. *NBAE*, 17, p. cclixi).

En ese mismo número Antonio Alatorre da otra forma diferente:

“nuestra *Fama*”, v.gr. p. lx.

En *RFE* 9 lo encontramos completo y en español:

El *Calila*, verbigracia, no conoce otra construcción

**Vid.** Ver.

Es de muy poco uso actualmente en las revistas de filología que estamos analizando, porque se suele preferir “véase”.

Pero en *RFE* 10:

*Vid. Cartas morales*.

En *RFH* 6:

Vid. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN, *Cancionero...*

v<sup>o</sup>. Verso, vuelto.

En los folios de la página opuesta al recto.

Dicen E. Mejía Sánchez y L.A. Ratto, en *NRFH*, 7

fols. 34 v<sup>o</sup> y 35 r<sup>o</sup>

Se pone un espacio después del número al que siguen. Aunque se usa actualmente sin la “o” voladita.

vol./ vols. Volumen, volúmenes.

Juan Corominas, en *NRFH* 7, n. 3, lo usa así:

M. COLMEIRO, *Enumeración de las plantas de la Península...*, Madrid, 1885-1889, vol. III, pág. 254.

Pedro Henríquez Ureña, *RFH* 1, nota:

en los *Cuentos populares españoles*, recogidos por Aurelio Macedonio Espinosa (3 vols., Stanford University, 1923-1926).

vs. Versos. Vs. en cursivas es “contra”. En redondas es abreviatura de versos.

Así E. Mejía Sánchez y L. A. Ratto en *NRFH* 7, dicen en texto:

Los vs. 13-14 nos hablan de una pretendida oposición de Quevedo.

Corominas, en *NRFH* 7, cita varios versos:

vv. 133 ss.

## APÉNDICE II

### LA BIBLIOGRAFÍA EN LAS REVISTAS

Agustín Millares Carlo, especialista en estudios bibliográficos, quien tuvo ocasión de colaborar en las tres revistas que son objeto de nuestro estudio y que, incluso aparece como redactor bibliográfico en varios números de la *NRFH*, publicó en 1973 un libro titulado *Técnica de la investigación bibliográfica*, para la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas. Se trata de un folleto de 84 páginas que, posteriormente, la revista *Documentación de las Ciencias de la Información* reprodujo y es la copia a que he tenido acceso. Se trata de uno de los pocos trabajos dedicados a reflexionar sobre la manera en que se deben presentar esos datos en una investigación.

Los apartados de nuestro interés son el 3 y el 4. En el 3, el primero dedicado propiamente a la investigación, pues en los anteriores explica lo que es una biblioteca y describe el sistema bajo el cual está organizada, el autor se refiere a la elección del tema en la investigación: lo primero que aconseja es que éste no sea ni muy amplio ni muy general, sino “concreto y perfectamente delimitado”; también recomienda que se busque un tema

para el que la falta de datos no haga imposible la investigación. Recomienda que el tema, además, tenga un interés verdadero para el investigador, pues esto le permitirá salvar los múltiples escollos que se presentarán y lo podrá realizar hasta el fin.

El estudio, en sí, se enfocará en dos partes: la información bibliográfica y la organización de las noticias obtenidas durante la investigación. En este trabajo tratará sólo la primera. Para la información bibliográfica de la investigación, la cual radica en indagar lo que se ha producido en torno al tema elegido, Millares Carlo aconseja que cuando menos se lleven dos ficheros: en uno de ellos, que llama bibliográfico, se debe anotar la descripción bibliográfica de las obras (libros, artículos de revista, etc.) utilizados en la investigación. El otro fichero, llamado "sistemático" es el que contendrá los apuntes o noticias que se van recogiendo de las fuentes consultadas.

Se centra en este capítulo en el fichero sistemático. Señala algunos puntos importantes, como que a la hora de registrar la noticia seleccionada se debe hacer sin deformar el valor o el contenido. Esta idea la expone así:

El investigador deberá cuidar escrupulosamente de no cambiar en modo alguno el pensamiento del autor consultado. Es lícito proceder por vía de resumen de las opiniones ajenas. Si la cita es textual, deberá... transcribir entre comillas las palabras de aquélla, y si



no lo es, se esforzará en distinguir netamente el comentario propio del dato original, para no atribuir una idea, un comentario, una digresión, etc., de su cosecha, al autor que se alega como testimonio<sup>1</sup>.

El error de una mala atribución de las ideas puede venir desde la forma en que se recoge el material. Por eso es importante que en la ficha en que se copian las palabras que luego serán usadas en el escrito se apliquen las técnicas de citación aunque en un primer momento los datos estén pensados sólo para el uso del investigador.

Todas las citas, dice Millares, deben corresponderse con una nota en la cual se haga constar la fuente de donde proceden. De las notas dice:

Tales notas habrán de figurar al pie de las páginas, separadas del texto por un filete de unos 4 cm de longitud, que a las veces se omite, e impresas en tipos de 8 o de 6 puntos, para diferenciarlas bien del cuerpo de la obra. Cuando la nota es extensa y pasa a la página siguiente, el filete en cuestión se prolonga hasta ocupar todo el ancho de la caja tipográfica o mancha de impresión (p. 60).

En ambas citas, el autor insiste en el mismo punto: debe quedar claro en todo momento a quién pertenece la idea que se está manejando. Y

---

<sup>1</sup> Cito por AGUSTÍN MILLARES CARLO, "La técnica documental en el trabajo de investigación. Normas de aplicación", *Documentación de las Ciencias de la Información*, Madrid, 4 (1980), pp. 19-78.

para lograr esto en el impreso existen recursos tipográficos cuyo uso, sin duda, también es parte del aparato crítico. En ese sentido es fundamental que el editor conozca estas herramientas para no hacer incurrir al autor en el penoso error de una atribución no lo suficientemente clara ante los ojos del lector.

En este mismo punto, con respecto a la colocación de las notas al final de la página, dice Agustín Millares Carlo:

El colocar las notas al final de los capítulos es menos recomendable, salvo que haya razones especiales para hacerlo así, o porque su excesiva extensión origine problemas de ajuste. Antes se estilaba cambiar en cada página la numeración de las notas; lo corriente hoy es disponer de dicha numeración progresivamente dentro de cada uno de los capítulos (p. 60).

Es curioso que ese sistema de numeración a que se refiere como usual “antes” es el que encontramos en la *Revista de Filología Española* y en la *Revista de Filología Hispánica*, pues fue hasta la aparición de la *Nueva Revista de Filología Hispánica* cuando la numeración de las notas apareció corrida a lo largo de cada artículo.

Sobre la llamada a nota dice:

En el lugar donde en el cuerpo de la obra termine una cita textual, o en el que se considere más adecuado en el caso de las restantes referencias, se coloca una cifra arábica volada (no en la línea del renglón y menos

entre paréntesis). Esta cifra se corresponde al pie de página (o al fin del capítulo) con otra igual que indica la nota, y que debe ir seguida de un punto o de un punto y un guión corto que pueden elegantemente suprimirse e imprimirse volado el número en cuestión (p. 60).

Aquí aparece un detalle interesante: Millares Carlo pone énfasis en que la llamada debe ir con número volado y aclara que no debe ir en la misma línea “y menos”, dice, entre paréntesis. Esto obedece a que los especialistas en la materia creían que la interrupción de la lectura por el número de la llamada entre paréntesis era algo que obstaculizaba la lectura. Hoy algún sistema de citación permite varias líneas entre paréntesis con nombres, años y números de página en medio del texto.

En cuanto a las clases de citas, Millares distingue dos: las de carácter textual y las que se aducen por vía de resumen. Las primeras, dice:

...el pasaje utilizado se transcribirá con toda exactitud entre comillas altas, representando por medio de tres puntos suspensivos las palabras del texto alegado que no se estime necesario reproducir (p. 61).

Si la cita es muy larga:

convendrá sacarla a párrafo aparte, sangrado, y si consta de más de un párrafo, cada uno de estos se iniciará con comillas francesas invertidas (>>).

Este punto también es interesante porque de esa costumbre de los párrafos de una cita que seguía, que llevaban las francesas invertidas antes del renglón, surgió el espacio que se usa actualmente en las citas a bando.

En caso de que en el texto citado aparezcan palabras entre comillas, “se usarán en la transcripción las comillas francesas normales” (p. 61).

Y finalmente, Millares distingue varios tipos de notas:

1. Las que contienen la mención de otras fuentes bibliográfica relacionadas con el tema.
2. Las que se utilizan exclusivamente para traer a cuenta una bibliografía ilustrativa o adicional.
3. Las que consisten en una referencia bibliográfica de tipo general o específico.
4. Las que se presentan como una digresión, explicación o comentario de un pasaje del texto, que no se considera conveniente incluir en el cuerpo de éste.
5. Las que son una simple aclaración de carácter bibliográfico, geográfico, etc., tomada de un repertorio, de una enciclopedia, que no es necesario mencionar.

Todas estas distinciones, que el estudioso debe tener en cuenta a la hora de hacer su investigación, permite que el material obtenido se clasifique de manera precisa y no sólo sea útil sino que

además, garantice la fidelidad de los datos reportados en la publicación.

Por último, me interesa rescatar aquí algunas indicaciones que da Millares Carlo para la elaboración de las fichas bibliográficas, pues corresponden en varios aspectos a criterios que se encuentran en las revistas.

Dice que las fichas bibliográficas (las llama *cédulas*) constan de los siguientes datos:

#### *Libros y folletos*

A) Apellido o apellidos del autor individual o autores individuales, seguidos, después de una coma, del nombre de pila de los mismos, en altas y bajas... si pasan de tres, se consignará el del primero, seguido de “y otros” o “et alii”, entre corchetes. Como excepción en este campo, dice que cuando es anónimo, “es decir cuando el autor o autores se desconozcan absolutamente”, el primer vocablo del título que no sea el artículo será tomado para la clasificación alfabética.

B) Separado del nombre del autor por un punto y un guión corto, se transcribe el título, subrayado una vez, para ser impreso en caracteres cursivos. De haber subtítulo, se lo subrayará si es una explicación o prolongación del título, pero no en otros casos.

C) A continuación del título, y separados de éste por un punto, se anotan los nombres del compilador, editor literario, etc., en la forma: comp., ed. Significan “compilador” y “editor literario”. El nombre de la persona o personas mencionadas en la portada o en otro lugar del libro con carácter de tales, o con el de traductor, prologuista, autor del estudio preliminar, ilustrador, anotador, etc. deberán repetirse en el cuerpo de la ficha.

D) Inmediatamente después de otro punto se consigna la edición, de no ser la primera, mediante la abreviatura “edic.”. El número que le corresponda se indica con una cifra arábiga, seguida de una “a” minúscula volada: 2.<sup>a</sup> edic.

E) Entran luego, después de otro punto, los elementos que debe llevar el pie de imprenta, a saber: lugar, editor (“ed.”), editorial (“edit.”) o impresor (“impr.”, “in.”, “talleres gráficos”, etc.) y año. Estos datos irán separados entre sí por comas, y el último, seguido de un punto. Deben siempre colocarse, como ya dijimos antes, en el orden indicado, aun cuando la portada los traiga en otro distinto.

Notas: el año se indicará siempre con números arábigos, por más que en la portada se usen los romanos.

En el caso de varios tomos con fechas distintas, se consignarán la primera y la última, enlazadas con un guión, y cuando se trate de un solo volumen con dos fechas diferentes, una en la portada y otra en el colofón, se colocará primero aquélla, y luego ésta, entre paréntesis. En caso necesario deberán usarse las abreviaturas (s.l.), (s.e.), (s.a.) (s.p.d.i.) o (s.i.t.).

F) Colación. Después del año se colocará un punto, y luego los elementos de la colación, a saber: Número de páginas (pp., no págs.), si la obra consta de un solo volumen, y número de éstos (vols., no v.) cuando son varios. Entre las distintas paginaciones distingue: Numeración corrida desde la primera hasta la última: 359 pp.; páginas no numeradas al comienzo: 4 hs. + 359 pp.; páginas al comienzo (raras veces al final) con numeración romana: XII + 359 pp.

Al terminar la consignación de las páginas, se coloca punto y coma, e inmediatamente después entra la indicación de las láminas (lám., láms.), mapas (map.), planos (sin abreviar), separada del texto... Los grabados (grabs.) intercalados en el texto, irán a continuación de las páginas, láminas, etc., y después de una coma.

G) Punto, e indicación del tamaño en cm medido, como sabemos, por la altura del libro o del folleto.

H) Punto, y entre paréntesis, título de la serie, colección, biblioteca, etc., incluyéndolo además entre corchetes, cuando no conste en la portada.

Esto es lo que dice Millares en cuanto a la ficha de libro. Es interesante que en esta ficha de trabajo se debe incluir toda la información que contenga la obra. Deja en claro las secciones en que, metodológicamente, se dividen los elementos que deben ser reportados, no sólo para la fácil localización del libro, sino para dar crédito a todos los que participaron en la obra. Así, en nota a pie, dice que, incluso: “De los autores, traductores, prologuistas, editores, literarios, ilustradores, etc., se harán las oportunas referencias en el índice analítico” (p. 44).

Siguiendo este modelo, una ficha quedaría así:

Mira y López, Emilio. - *Maracaibo representado en todos sus ramos*. Introducción por Fernando Guerrero. Estudio preliminar e índice analítico por Agustín Millares Carlo. Maracaibo, Universidad de Zulia, 1965. XII + 207 pp.

Apoyándose en los apartados con que propuso los datos del libro, explica el formato para reportar un artículo.

#### *Artículos de revistas*

A) Autor: rigen las mismas normas que en la cédula de libros y folletos.



B) Después de punto y guión corto se transcribe el título del artículo en altas y bajas, entre comillas altas “ ”.

Si hay en el título una o varias palabras en cursiva, debe o deben subrayarse en el original, a fin de que sólo ésta o estas palabras se impriman en cursiva: “Estudios sobre *Don Quijote* en América”.

Cuando alguna parte del título está ya entrecomillada, cabe en su transcripción dos soluciones: o sustituir por comillas simples o por comillas francesas (« ») las del original. El segundo de los sistemas indicados tiene la ventaja de que cuando el entrecomillado del título que se transcribe llega hasta la palabra final, se evita el encuentro de la comilla simple, que es siempre alta, con la doble comilla alta.

C) Al título sigue una coma, y a ésta la preposición “en”, sin subrayarla ni hacerla seguir de dos puntos, e inmediatamente, el nombre de la revista, subrayado una vez, para su futura impresión en letra cursiva.

En caso de que el título de la revista se reproduzca íntegramente, debe ponerse a continuación de él, entre paréntesis, el nombre de la ciudad en la que esa publicación ve la luz, a menos que el título, por sí solo, permita su identificación.

D) Después del dato anterior, y separados de éste y entre sí, por comas, se consignan: el año, el

volumen y el número de la página o páginas en que comienza y termina el artículo citado, precedido o no de la abreviatura p. o pp.

Entre otros métodos utilizados para indicar estos elementos mencionaremos los siguientes:

Título de la revista; coma; número del volumen expresado en cifras romanas; coma; *id.* de la revista; fecha entre paréntesis; coma, e indicación de las páginas: XII, núm. 139 (julio-diciembre de 1961), pp. 25-48.

Título de la revista; coma, volumen en cifras árabes; dos puntos; número de la revista; año, e indicación de las páginas, precedidas de la abreviatura p.: 37: 3, 1951, p. 231-243.

El modelo de ficha sería:

“Intendencia de Ejército y Real Hacienda”, en *Boletín del Archivo General de la Nación* (Caracas), LI, núms. 192-195 (enero-diciembre de 1961), pp. 43-63.

#### *Artículos de periódicos*

Autor, en la forma indicada en los casos anteriores; punto y guión corto; título del artículo en altas y bajas, entre comillas altas; coma; preposición “en”, título subrayado del periódico; lugar de la publicación entre paréntesis; coma; fecha (día del mes y del año); coma; página o páginas ocupadas del artículo:

Grases, Pedro.- “Introducción de la imprenta en Venezuela”, en *El Nacional* (Caracas), 16 de septiembre de 1954, pp. 2, 10.

Agustín Millares Carlo define la metodología de la investigación bibliográfica como:

el modo de utilizar en una indagación concerniente a las diversas actividades del espíritu, los recursos proporcionados por el material impreso (libros, folletos, publicaciones periódicas) o su reproducción por diversos procedimientos (fotografía, fotocopia, microfilm, microficha, xerografía) (p.1).

En el centro de este trabajo está el material impreso. A veces desde el punto de vista de quien produce un texto, otras desde quien lo edita. El término “bibliográfico” incluye la labor de esos dos personajes: el autor del libro de que se cita en una investigación y el autor de la investigación, entre ellos y el lector está la labor del editor. Millares Carlo propone una serie de prácticas para manejar la información bibliográfica, pensando sobre todo en los futuros investigadores. Pero entre estas prácticas en varias ocasiones recurre a recursos tipográficos para hacer eficaz la transmisión de los datos. Esto lo puede hacer porque era un intelectual especializado en el trabajo de edición. Lo cual permite que su trabajo sea útil para el investigador y para el editor. Sin duda ese punto es importante. Aquí vemos que es práctica-

mente imposible separar ambos saberes. El editor debe conocer toda una serie de elementos tipográficos y de formación que componen el código de citación y de presentación del material bibliográfico. Por esto es interesante el trabajo de Millares Carlo, sin duda, uno de los grandes especialistas de la cultura impresa en lengua española.

#### LOS MODELOS DE FICHA BIBLIOGRÁFICA

Las fichas bibliográficas aparecen en varios lugares de las Revistas y pueden cambiar en algún detalle el formato.

En la *Revista de Filología Española*, durante el periodo de que nos ocupamos en este trabajo, encontramos estos modelos básicos en las diferentes secciones en las que aparece información bibliográfica:

##### “Notas Bibliográficas”:

CEJADOR Y FAUCA, J. — *Historia de la lengua castellana*. — Madrid, Tip. de la «Revista de Archivos», 1915-1916, 5 vols.

##### “Bibliografía”:

VILLENA, ENRIQUE DE. — *Arte de trovar*. Edición, prólogo y notas de F. J. Sánchez Cantón. — Madrid, Imp. Clásica Española, 1921, 8º, 98 págs. (Biblioteca española de divulgación científica. II).

“Publicaciones recibidas”:

ARCO, R. DEL. — *El verdadero escudo de Huesca*. Informe. — Huesca, J. Martínez, 1918, 4<sup>o</sup>, 25 págs.

En notas a pie de página:

Libro:

J. RIBERA, *Orígenes del Justicia de Aragón*, Zaragoza, 1897, págs. 440 y sigs.

Artículo en revista:

*Orígenes del teatro en México*, en el Boletín de la Real Academia Española, 1915, II, págs. 57-76.

En la *RFH*:

“Bibliografía”:

RUIZ, JUAN. — *Libro de buen amor*. Ed. y notas de J. Cejador y Frauca. — Madrid, Espasa-Calpe, 1941, 340 págs. (Clásicos Castellanos).

“Reseñas”:

LOUIS H. GRAY, *Foundations of Language*, New York, The Macmillan Co., 1939, xv-530 páginas.

En notas a pie de página:

Libro:

MANUEL DE MONTULÍU, *Literatura castellana*, Barcelona, 1930, pág. 71.

Artículo en revista:

VICENTE GARCÍA DE DIEGO, *Falsos nominativos españoles*, en *RFE*, VI, 1919, págs. 283-289.

En la *NRFH*:

“Bibliografía”:

AVILÉS, TIRSO DE — *Armas y linajes de Asturias y antigüedades del Principado*. Introd. de M. Andreu Valdés-

Solís. Ed. y notas de M. G. Martínez. — C.S.I.C., Oviedo, 1956. 336 pp.

“Reseñas”:

ENRIQUE ANDERSON IMBERT, *Historia de la literatura hispanoamericana*. Fondo de Cultura Económica, México, 1954; 430 pp. (*Breviarios*, 89).

En notas a pie de página:

Libro:

JUAN DE LA CUEVA, *Comedias y tragedias*, Madrid, 1917, t. 1, pp. 11-53.

Artículo en revista:

NARCISO ALONSO CORTÉS, “Pleitos de los Cepedas”, *BAE*, 25 (1946), 85-110.

Si se observa el modelo de ficha de artículo en revista de la *RFE*, tomado del cuaderno 1 del volumen 1 (1914) y el mismo modelo de la *NRFH*, tomada del tomo 9 de 1955, se observará que ha habido cambios importantes. Y es que entre una ficha y la otra han transcurrido más de cuarenta años de diferencia en los que la actividad de la escuela de filología que tiene sus raíces en el Centro de Estudios Históricos de Madrid no ha dejado de trabajar. Actualmente, aunque hay algunas diferencias entre las dos revistas que se publican, la *RFE* y la *NRFH*, vemos que los cambios, como en estos ejemplos, sólo son algunos detalles tipográficos que muestran una mejora en

la presentación de los datos, pero que en el fondo nos enseñan su origen común. Finalmente, estos detalles tipográficos han contribuido a dar a cada revista una personalidad y unos contenidos propios aunque sigan siendo muy parecidas en cuanto al formato, tipografía, etc.

Algunas variaciones importantes entre las revistas: en la *RFE* y la *RFH* el orden es: lugar, editorial; mientras que en la *NRFH* es al revés: editorial, lugar.

Otro cambio importante es que en las tres revistas, en los inicios, se usó págs. en lugar del pp. que en la actualidad, desde 1954, usa la *NRFH*, mientras que la *RFE* siguió usando hasta hace poco pág. / págs.

#### OTROS MODELOS DE FICHA DE LIBRO EN LAS TRES REVISTAS

En las notas a pie las tres revistas cambian los guiones largos y puntos de la Bibliografía por comas y en general se eliminan datos como total de páginas y colección a menos que sea una colección que permita la identificación, como *Clásicos Castellanos*. También, en los primeros años era normal, en las tres revistas, omitir la editorial y dejar sólo lugar y año, esto sólo en las notas.

Desde luego que en una investigación documental, pueden aparecer muchas variantes en los elementos que conforman la ficha. Veamos algunos en las revistas.

### Variantes de autor

Cuando son dos autores se usa la conjunción en el idioma en que está la ficha:

- RFE* ARAZANDI, T. DE, y L. DE HAYOS SÁINZ. — *Etnografía. Sus bases, sus métodos y aplicaciones en España.* — Madrid, Impr. Clásica Española, 1917.
- RFH* BLACK, BERNARD, & G. L. TRAGER. — *Outline of linguistic analysis.* — Baltimore, Linguistic Society of America, 1942, 82 pp.
- NRFH* LIMA, JOAQUIM ALBERTO PIRES e FERNANDO DE CASTRO PIRES DE LIMA — *Contribuição para o estudo do romanceiro mihnoto.* — Pôrto, Portucalense, 1943, 142 págs.

En italiano: BATTISTI, C., e G. ALESSIO;

en francés: BLOCH, OSCAR, et W. VON WARTBURG;

en alemán: HOFMANN, J. B. und H. RUBENBAUER

Cuando son más de dos autores se pone uno (o más) y *et al.*:

SOMMER, CARL ERNST *et al.* — *Die abendländische Kirche in Wandel des Mittelalters.* — Gotthelf, Zürich, 1956. 88 pp. [*NRFH*]

En *NRFH* 9 encontré esta excepción:



PIMENTEL, LUIS [y otros] – *7 ensayos sobre Rosalía*. – Galaxia, Vigo, 1952. 170 pp.

Por lo general, cuando se trata de volúmenes colectivos se prefiere poner el nombre del editor en lugar del autor:

AGUILERA, FRANCISCO, & CAHARMION SHELBY (eds.) – *Handbook of Latin American studies: 1946*. – Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1949. 364 págs. [NRFH]

También el compilador puede ocupar el lugar del autor:

SERRA ROJAS, ANDRÉS (comp.) – *Homenaje a Enrique José Varona en el centenario de su natalicio*. – La Habana, 1951. 2 ts.: 446 y 487 pp.

Cuando falta algún dato del nombre, pero el bibliógrafo lo sabe, lo pone entre corchetes:

HERRERO [GARCÍA], MIGUEL

Si se desconoce el nombre y sólo hay siglas, se ponen éstas:

S.C. – *Un documento para la biografía de Ercilla*. – CoE, 1940, 1, pág. 60.

Cuando la obra es anónima, queda vacío ese espacio:

*Poema del Cid*. Texto antiguo preparado por Ramón Menéndez Pidal. Prosificado modernamente por Alfonso Reyes, 3ª ed. – Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1941, 275-III págs.

Cuando se firma con seudónimo se puede aclarar entre corchetes:

ALMAFUERTE [pseud. de Pedro Bonifacio Palacio] – *Obras completas*. Pról. de Luis Alberto Ruiz. – Ed. A. Zamora, Buenos Aires, [1951]. 459 pp. [NRFH]

Cuando son varios autores se puede poner los nombres luego del título:

*Documentos inéditos para la historia de España*. Publicados por los señores Duque de Alba, Duque de Maura, Conde de Gamazo [et alii] T. 8. — Madrid, 1952. 719 pp. [NRFH]

### Variantes del título

Cuando en el título del libro aparece el título de otra obra, ésta se pone entre comillas:

BRENT, ALBERT — *Leopoldo Alas and “La Regenta”: A study in nineteenth century Spanish prose fiction*. — Columbia, 1951. 135 págs.

Cuando aparece el título de dos obras, se ponen entre comillas, aunque en *RFH*, 6 aparece este caso singular:

SHAKESPEARE, WILLIAM — *La tempestad y La doma de la bravía*. — Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1940, 200 págs. (Colección Austral).

Cuando el título de un libro aparece en un idioma poco conocido, se traduce y se indica al final de la ficha entre corchetes.

KURYLOWICZ, J. — [“La lengua poética como tema de la ciencia del lenguaje”]. — *Sprawozdania Wroclawskiego Towarzystwa Naukowego*, 2 (1947), 4-11. [En polaco].

Cuando hay que hacer alguna aclaración sobre el tema a que se refiere el título se indica al final de todos los datos entre corchetes:

COINCI, GAUTIER DE — *Du clerc qui fame espousa et puis la lessa*. Miracle... publié d’après quinze manuscrits par Erik V. Kraemer.— Helsinki, 1950. [Es el tema del *Milagro XV* de Berceo y de la *Cantiga CXXXII* de Alfonso X].

Cuando aparece una obra en varios tomos el número de éstos no se subraya:

*NRFH* TRENTI ROCAMORA, JOSÉ LUIS (ed.) — *Catálogo de documentos del Museo Histórico Nacional*. I: Años 1880-1869; II: Años 1870-1879; III: Años 1880-1889. — Dirección Gral. de Cultura, Buenos Aires, 1952. 551, 578 y 428 pp.

Alguna aclaración sobre el título de la obra se pone al final entre corchetes:

*RFH* ELDRIGE, PAUL. — *Madonna with the cat*. — New York, Harbinger House, 1942. [Novela satírica sobre España].

### Variantes del lugar

Cuando el lugar no es muy conocido, luego del nombre de la ciudad se da, entre paréntesis, el nombre del país o del estado:

GILLIÉRON, J. — *La faillite de étymologie phonétique*. — Neuveville (Suiza), Lib. Beerstecger, 1919. (*RFE*, 7).

Cuando son dos lugares se separan con un guión corto, aunque en la *RFH*, t. 6 aparece esta variante en una ficha de la sección de Reseñas:

ALEXANDER A. PARKER, *The allegorical drama of Calderon. An introduction to the autos sacramentales*. The Dolphin Book, Oxford and London, 1943.

Y en la *RFE*, t.9, encontré este ejemplo:

OETTLI, P. — *Sprachliche Entdeckerfahrten*. Wegleitung zu denkendem Erfassen der Sprache. — Frauenfeld und Leipzig, Huber & Co., 1922, x- 267pp.

### Variantes de la editorial

Actualmente en esta sección de la ficha se elimina (salvo casos especiales) información como S.A., Co. etc., pero se respeta el idioma en que se pone la editorial en la obra y si son más de uno se separan los nombres con guión corto.

THIBAUDET, A. — *Réflexions sur le roman*. — Paris, Nouvelle Revue Française, 1938. [RFE].

Casos de dos pies de impresión y dos editoriales:

Con 2 lugares distintos:

BYNE, ARTHUR & MILDRED STAPLEY. — *Repertorio de interiores y muebles españoles (siglos XV a XVIII)*. — New York, William Helburn, México, Edit. Atlante, 1943, xi-300 págs., ilustr. [RFH].

Otro caso singular en la NRFH:

MAIMONIDES — *The guide to the perplexed*. Ed. by J. Guttman. Transl. from the Arabic by Chaim Rabin. — Farrar, Straus & Young, New York [y: East & West Library, London], 1952. 233 pp.

Aunque en la NRFH aparece un caso de dos editoriales separadas con punto y coma:

El Colegio de México, México; Cambridge University, New York.

Dos editoriales con un solo lugar:

El Colegio-Fondo de Cultura Económica, México.

### Variantes en año y paginación

Obra en varios tomos y varios años:

*The Harkness Collection in the Library of Congress*. Compiled., transl. and ed. by Stella R. Clemence. Vol. I: *Calendar of Spanish Manuscripts concerning Peru, 1531-1651*. Vol. II: *Documents from early Peru: The*

*Pizarros and the Almagros, 1531-1578.* — Washington, G.P.O., 1932-1936, 356 y 253 págs. [RFH].

Cuando se trata de la ficha de una obra en varios tomos que aparecen con el mismo título:

Si cada tomo tiene paginación independiente, se pone:  
2 ts.: 450, 470 pp.

En la RFH hay una variación:

MATTOSO, A. G. — *Histórica de Portugal.* — Lisboa, Livr. Sá da Costa Edit., 1939, 2 vols., 420 y 445 págs.

Si la paginación continúa en el o los siguientes tomos:  
3 ts.: 540 pp.

### Artículo dentro de libro

En nota a pie de página:

*Estudios etimológicos de las palabras de origen indígena usadas en el lenguaje vulgar que se habla en Chile*, en «Actes de la Soc. Scientif. du Chili», 1902, pág. 66. [RFH].

R. MENÉNDEZ PIDAL, “Lope de Vega: el arte nuevo y la nueva biografía”, en *De Cervantes y Lope de Vega*, Buenos Aires, 1940, pp. 82-93. [NRFH].

En Bibliografía:

JULIA MARTÍNEZ, E. — *Nuevas notas sobre el teatro en Valencia en el siglo XVII*, en *Colección de Estudios históricos, jurídicos, pedagógicos y literarios*, Homenaje a D. Rafael Altamira. — Madrid, Academia de la Historia, 1936, 16 págs. [RFE].

GARCÍA, MANUEL — “Sufijos románicos en la toponimia aragonesa del siglo XI”. — *Primer Congreso Internacional del Pirineo* (Zaragoza, 1952), 5-19. [NRFH]

### Artículo en revista

En los primeros tomos de la *RFE* y de la *RFH* no se subraya el nombre de la revista, sino el título del artículo:

RODRÍGUEZ MOÑINO, A. R. — *Sobre Toribio Ruiz, escritor abulense del siglo XVI*. — *RFE*, 1936, XXIII, 71-72. [*RFE*].

HEBERSAAT, CARL. — *Contribución a la bibliografía de los manuscritos judeo-españoles, con un complemento o Shunami*. — *Sef*, 1941, año II, núm. 2, 377-381. [*RFH*].

En la *NRFH* el título va entre comillas y la revista subrayada:

MUÑOZ CORTÉS, MANUEL — “Doña María Goyri de Menéndez Pidal”. — *BACL*, 4 (1954), 457-458. (*NRFH*, X).

En el ejemplo que vimos de la *RFH* aparece un cambio importante en esta ficha y es la distinción ente el año y el “núm.”, algo que vimos ya cerca del final de la revista (ej. del tomo 7). En la *NRFH* la ficha de artículo en revista se especializará hasta llegar a distinguir tres modelos diferentes:

*Con numeración corrida*: Es un tipo de revista en la que, como las tres revistas de este trabajo, cada tomo está formado por varios cuadernos: cuatro si son trimestrales, dos si son semestrales. Como la numeración de las páginas continúa a través de los cuadernos, el número de página implica el número de cuadernillo, así que no hace falta apuntar éste: la ficha sería, entonces:

nombre de la revista en cursivas, coma, volumen o tomo en arábigos, año entre paréntesis, coma y número de páginas:

*NRFH*, t. 8: NAVARRO, TOMÁS — “Observaciones sobre el papiamento”. — *NRFH*, 7 (1953), 234-241.

*Con numeración independiente*: A diferencia del modelo anterior, cada uno de los cuadernos que salen a lo largo del año lleva su propia numeración. Así que aquí lo relevante para dar cuenta del artículo es el número de cuadernillo: la ficha sería:

t. 8: FERRÁNDIZ ALBORZ, F. — “El indio, nueva realidad literaria hispanoamericana”. — *CCL*, 1953, núm. 3, 25-31.

*Con numeración “a caballo”*. Hay otro tipo de revistas cuya publicación tiene que ver con, por ejemplo, estaciones del año. Así, cuatro cuadernillos se publican con un mismo número de tomo, pero en diferente año. Para casos como éste se emplea una ficha así:

t. 8: LÓPEZ ESTRADA, F. — “Nueva luz sobre La poesía antequerana”. — *AHisp*, 15 (1951), núm. 50, 257-263.

Cuando son dos o más números se usa la diagonal entre las cifras: núms. 16/17.

Cuando son dos años se ponen las dos últimas cifras del segundo separados con guión corto: 1950-51.

## Tesis

ABADAL I VINYALS, R. D'. — *Les «Partidas» a Catalunya durant l' edat mitja*. Tesis doctoral. — Barcelona, 1914, 8o, 107 págs. [*RFE*].

SHEARER, J. F. — *The «Poética» and apendices of Martínez de la Rosa: Their genesis, sources and significance for Spanish literary history and criticism.* — Princeton, Lithotyped, 1941, XIV-135 págs. [Tesis doctoral]. [RFH].

ZACHARIAS, GÜNTHER — *Benedetto Croce un die literarischen Gattungen.* — [Tesis mecanografiada de la Universidad de Hamburgo, 1951]. [NRFH].

### Reseña de libro

SOLALINDE, A.G. — Sobre J. Destrez: *La pecia dans les manuscrits universitaires du XIII<sup>e</sup> et du XIV<sup>e</sup> siècles.* — RFE, 1936, XXIII, 73-76. [RFE].

LIDA, MARÍA ROSA. — Sobre: F. de Figueredo, *A épica portuguesa no século XVI.* Con apêndices documentales. — RFH, 1941, III, 64-69. [RFH].

STERN, S. M. — *Les chansons mozarabes. Les vers finaux (“kharjas”) en espagnol dans les “muwashshhs”) arabes et hébreux.* — Istituto di Filologia Romanza, Palermo, 1953. || NRFH, 8 (1954), 324-328 (M. Frenk Alatorre). [NRFH].



## BIBLIOGRAFÍA

- ABAD, FRANCISCO, “Dámaso Alonso y la Escuela Española de Filología”, *Anthropos*, Barcelona, 1990, núms. 106/107, pp. 79-82.
- ABAD, FRANCISCO, “El Centro de Estudios Históricos de la Junta para Ampliación de Estudios (1907-1938)”, *Cauce*, Sevilla, 2007, núm. 30, pp. 7-39.
- ABAD, FRANCISCO, “En torno a la obra teórico-literaria y filológica de Menéndez Pidal y el Centro de Estudios Históricos”, *Epos*, Madrid, 24 (2008), pp. 263-285.
- ABAD, FRANCISCO, “La obra filológica del Centro de Estudios Históricos”, en *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. 80 años después*, ed. José M. Sánchez Ron, t. 2, pp. 503-517.
- ALATORRE, ANTONIO, “Presentación”, a *NRFH. Índice de los tomos I-XLIV*, El Colegio de México, México, 1997.
- ALATORRE, ANTONIO, “Testimonio”, en *El Colegio de México: una hazaña cultural (1940-1962)*, por Clara E. Lida y José A. Matesanz, pp. 242-268.
- ¡Alzá la voz, pregonero! Homenaje a Don Ramón Menéndez Pidal*, Cátedra-Seminario Menéndez

- Pidal-Institución Libre de Enseñanza-Universidad de Madrid, Madrid, 1979.
- ALONSO, DÁMASO, "Pluralidad y unidad temáticas en la obra de Menéndez Pidal", en *¡Alça la voz, pregonero! Homenaje a Don Ramón Menéndez Pidal*, pp. 17-42.
- ALVAR, MANUEL, "Alfonso Reyes y España", *NRFH*, México, 40 (1992), pp. 959-987.
- ALVAR, MANUEL y PILAR GARCÍA MOUTON, "*Revista de Filología Española*", *Romanische Forschungen*, Frankfurt/M, 100 (1988), pp. 197-203.
- ANTELO IGLESIAS, ANTONIO, "Filología e historiografía en la obra de Ramón Menéndez Pidal", *Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, Bogotá, 19 (1964), núm. 3, pp. 397-415.
- ARELLANO, IGNACIO, "Observaciones provisionales sobre la edición y anotación de textos del Siglo de Oro", en *Actas del I Seminario Internacional de Edición y Anotación de Textos del Siglo de Oro*, eds. I. Arellano y J. Cañedo, EUNSA-Universidad de Navarra, Pamplona, 1987, pp. 339-555.
- BARRENECHEA, ANA MARÍA, "Amado Alonso en el Instituto de Filología de La Argentina", *Cauce*, Sevilla, 1995-96, núms. 18/19, pp. 95-106.
- BARRENECHEA, ANA MARÍA y ÉLIDA LOIS, "El exilio y la investigación lingüística en la Argentina",

- Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 1989, núms. 473/474, pp. 81-91.
- BOLAÑO E ISLA, AMANCIO, “Menéndez Pidal y la Generación del 98”, *Anuario de Letras*, México, 7 (1968-69), pp. 59-64.
- BOYD-BOWMAN, PETER M., “Amado Alonso: un homenaje tardío”, *Cauce*, Sevilla, 1995-96, núms. 18/19, pp. 107-110.
- CANO AGUILAR, RAFAEL, *Análisis filológico de textos*, Taurus, Madrid, 1991.
- CASTRO, AMÉRICO, “Cuánto de debemos”, *Papeles de Son Armadans*, Mallorca, 13 (1959), núm. 39, pp. 283-290.
- CASTRO, AMÉRICO, *Lengua, enseñanza y literatura. (Esbozos)*, Victoriano Suárez, Madrid, 1924.
- CATALÁN, DIEGO, “El modelo de investigación pidaliano cara al mañana”, en *¡Alça la voz, pregonero! Homenaje a Don Ramón Menéndez Pidal*, pp. 81-124.
- DIETERICH, HEINZ, *Nueva guía para la investigación científica*, Ariel, México, 2002.
- ENRÍQUEZ PEREA, ALBERTO (comp.), *Alfonso Reyes en la Casa de España en México (1939 y 1940)*, El Colegio Nacional, México, 2005.
- FERNÁNDEZ TERÁN, ROSARIO E. y FRANCISCO A. GONZÁLEZ REDONDO, “La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en el Centenario de su Creación”, *Revista Complu-*

*tense de Educación*, Madrid, 18 (2007), pp. 9-34.

FERNÁNDEZ ALMAGRO, MELCHOR, “Reacción popular ante el desastre”, *Arbor*, Madrid, 11 (1948), núm. 36, pp. 379-397.

FORMENTÍN IBÁÑEZ, JUSTO y MARÍA JOSÉ VILLEGAS SANZ, *Relaciones culturales entre España y América: la Junta para Ampliación de Estudios (1907-1936)*, Mapfre, Madrid, 1992.

GARATEA GRAU, CARLOS, “Del *Manual de gramática histórica española* a los *Orígenes del español*. La elaboración de una teoría del cambio lingüístico”, *NRFH*, 53 (2005), pp. 385-411.

GARCÍA ESCUDERO, JOSÉ M., “El Parlamento ante el desastre”, *Arbor*, Madrid, 11 (1948), núm. 36, pp. 399-416.

GARCÍA MOUTON, PILAR, “La vocación americanista de la Escuela de Filología Española”, *Revista de Indias*, Madrid, 2007, núm. 239, pp. 163-184.

GARZA CUARÓN, BEATRIZ, “Antonio Alatorre o el placer de hacer las cosas bien”, *Inauguración de la Sala Raimundo Lida*, anexo de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, núm. 2, pp. 3-9.

GARZA CUARÓN, BEATRIZ, “*Nueva Revista de Filología Hispánica*”, *Romanische Forschungen*, Frankfurt/M, 100 (1988), pp. 172-182.

- GARZA MERCADO, ARIO, *Normas de estilo para ensayos semestrales y tesis*, 2ª ed., El Colegio de México, México, 2006.
- GIRÓN ALCONCHEL, JOSÉ LUIS, “Menéndez Pidal: ética y ciencia, ciencia y ética”, *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, Madrid, 1994, núm. 12, pp. 129-144.
- LAPESA, RAFAEL, “Cómo enseñaba a trabajar don Ramón: sus obras y materiales inéditos”, *Boletín de la Real Academia Española*, Madrid, 68 (1988), pp. 398-402.
- LAPESA, RAFAEL, “Don Ramón Menéndez Pidal. Ejemplo y doctrina”, *Filología*, Buenos Aires, 1968-69, núm. 13, pp. 1-32.
- LAPESA, RAFAEL, “Menéndez Pidal, creador de escuela: el Centro de Estudios Históricos”, en *¡Alça la voz, pregonero! Homenaje a Don Ramón Menéndez Pidal*, pp. 43-80.
- LAPESA, RAFAEL, “Mi recuerdo de Amado Alonso”, *Cauce*, Sevilla, 1995-96, núms. 18/19, pp. 71-83.
- LÁZARO CARRETER, F., *Diccionario de términos filológicos*, Gredos, Madrid, 1968.
- LECEA YÁBAR, JUAN MARÍA, “Amado Alonso en Madrid y en Buenos Aires”, *Cauce*, Sevilla, 1999-2000, núms. 22/23, pp. 403-420.
- LIDA, CLARA E. y FERNANDO LIDA GARCÍA, “Raimundo Lida, filólogo y humanista peregrino”,

- Boletín Editorial*, El Colegio de México, marzo-abril de 2010, núm. 144, pp. 18-32.
- LIDA, CLARA E. y JOSÉ A. MATESANZ, *El Colegio de México: una hazaña cultural (1940-1962)*, Con la participación de Antonio Alatorre, Francisco R. Calderón y Moisés González Navarro, El Colegio de México, México, 1990.
- LIDA, MARÍA ROSA, “Amado Alonso”, *Cauce*, Sevilla, 1995-96, núms. 18/19, pp. 902-905.
- LÓPEZ-OCÓN CABRERA, LEONCIO, “El cultivo de las Ciencias Humanas en el Centro de Estudios Históricos de la JAE”, *Revista Complutense de Educación*, Madrid, 18 (2007), núm. 1, p. 65.
- LÓPEZ RUIZ, MIGUEL, *Normas técnicas y de estilo para el trabajo académico*, UNAM, México, 2009.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, JOSÉ MARÍA, *Las ciencias sociales en la Edad de Plata española: el Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*. Tesis de Doctorado, Universidad Complutense de Madrid, 2003.
- MEIER, HARRI, “Ramón Menéndez Pidal y los métodos de la historia lingüística”, *Anuario de Letras*, México, 7 (1968-69), pp. 43-58.
- Memoria correspondiente a los años 1910 y 1911*, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Madrid, 1912.

- Memoria correspondiente a los años 1914 y 1915*,  
Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Madrid, 1916.
- Memoria correspondiente a los años 1916 y 1917*,  
Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Madrid, 1918.
- Memoria correspondiente a los años 1918 y 1919*,  
Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Madrid, 1920.
- MILLARES CARLO, AGUSTÍN, “La técnica documental en el trabajo de investigación. Normas de aplicación”, *Documentación de las Ciencias de la Información*, Madrid, 4 (1980), pp. 19-78.
- NAVARRO, FEDERICO, “Un índice crítico para la *Revista de Filología Hispánica* (1939-1946)”, en *Actas del XXXV Simposio Internacional de la Sociedad Española de Lingüística*, ed. de Milka Villayandre Llamazares, Universidad, León, 2006, pp. 1383-1404. (Publ. electrónica en [www3.unileon.es / dp/ dfh/ SEL/actas.htm](http://www3.unileon.es/dp/dfh/SEL/actas.htm)).
- NAVARRO TOMÁS, TOMÁS, “Don Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos”, *Anuario de Letras*, México, 7 (1968-69), pp. 9-24.
- NIÑO RODRÍGUEZ, ANTONIO, “La europeización a través de la política científica y cultural en el primer tercio del siglo XX”, *Arbor*, Madrid, 170 (2001), núm. 669, pp. 95-126.

*Normas de transcripción y edición de textos y documentos*, Escuela de Estudios Medievales-Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1944.

PEDRAZUELA FUENTES, MARIO, *Alonso Zamora Vicente: vida y filología*. Tesis de Doctorado, Universidad Autónoma de Madrid, 2007.

PEDRAZUELA FUENTES, MARIO, “El Centro de Estudios Históricos durante la Guerra y su conversión en Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Los últimos meses de la Junta para ampliación de Estudios en Valencia”. En línea ([www.sec.es/ media/ docs/ 17\\_ 3 PEDRAZUELA. pdf](http://www.sec.es/media/docs/17_3_PEDRAZUELA.pdf)) 18 pp. (Acceso, julio, 2011).

PEÑALVER CASTILLO, MANUEL, *La escuela de Menéndez Pidal y la historiografía lingüística hispánica. Aproximación a su estudio*, Universidad, Almería, 1995.

PÉREZ BORGES, AYLÉN, “Empleo de citas y referencias bibliográficas en trabajos científicos”, *Documentación de las Ciencias de la Información*, Madrid, 2010, núm. 33, pp. 185-193.

PÉREZ PRIEGO, MIGUEL ÁNGEL, *La edición de textos*, Síntesis, Madrid, 1977.

PORTOLÉS, JOSÉ, “Las ideas gramaticales de los discípulos de Menéndez Pidal”, *Bulletin Hispanique*, Bourdeaux, 94 (1992), pp. 573-601.



- PORTOLÉS, JOSÉ, *Medio siglo de filología española (1896-1952). Positivismo e idealismo*, Cátedra, Madrid, 1986.
- RABANALES, AMBROSIO, “La obra lingüística de Ramón Menéndez Pidal”, *Revista de Filología Española*, Madrid, 53 (1970), pp. 225-292.
- REYES, ALFONSO, *Cartas mexicanas (1905-1959)*, sel. e introd. de Adolfo Castañón, El Colegio de México, México, 2009.
- REYES, ALFONSO, “El reverso de un libro. (Memorias literarias)”, en *Obras completas*, t. 12: *Grata compañía, Pasado inmediato, Letras de la Nueva España*, F.C.E., México, 1997, pp. 217-241.
- REYES, ALFONSO, “La *Revista de Filología Hispánica* de Buenos Aires”, en *Obras completas*, t. 9: *Norte y sur, Los trabajos y los días. Historia natural das Laranjeiras*, F.C.E., México, 1996, pp. 178-182.
- ROBB, JAMES W., “Alfonso Reyes, Tomás Navarro Tomás y el Centro de Estudios Históricos”, *NRFH*, 37 (1989), pp. 603-620.
- ROSENBLAT, ÁNGEL, *La primera visión de América y otros estudios*, 2ª ed., Ministerio de Educación, Caracas, 1969.
- SÁNCHEZ CANTÓN, FRANCISCO JAVIER, “Sobre el estilo de Menéndez Pidal”, *Boletín de la Real*

*Academia Española*, Madrid, 49 (1969), pp. 397-400.

SÁNCHEZ RON, JOSÉ M. (ed.), 1907-1987. *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. 80 años después*, C.S.I.C., Madrid, 1988, 2 ts.

SÁNCHEZ RON, JOSÉ MANUEL, “La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas ochenta años después”, en *1907-1987: La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después. Simposio Internacional. Madrid, 15-17 de diciembre de 1987*, ed. J. M. Sánchez Ron, t. 1, pp. 1-61.

SCHNELLE, KURT, “Metodología e historia. Algunas reflexiones sobre la obra de R. Menéndez Pidal”, *Actas de III Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, México, 1968, pp. 823-830.

TORRES CABALLERO, VIDAL, “Un discurso chileno de Amado Alonso”, *Cauce*, Sevilla, 2007, núm. 30, pp. 473-480.

VENIER, MARTHA ELENA, “Criatura migratoria (*NRFH*, 1, 1947, núm. 1)”, *NRFH*, México, 50 (2002), pp. 393-404.

VENIER, MARTHA ELENA (ed.), *Crónica parcial. Cartas de Alfonso Reyes y Amado Alonso*, El Colegio de México, México, 2008.

- VIZCAÍNO SAHAGÍN, CARLOS, *Las revistas de investigación y cómo publicar en ellas*, Alianza de Texto Universitario, México, 2002.
- WEBER DE KURLAT, FRIDA, “Para la historia del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso”, en *Homenaje al Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso en su cincuentenario 1923-1973*, Instituto de Filología, Buenos Aires, 1975, pp. 1-11.
- ZAITZEFF, SERGE I. (ed.), *Correspondencia Alfonso Reyes, Raimundo Lida y María Rosa Lida de Malkiel*, El Colegio de México, México, 2009.
- ZIMAN, JOHN M., *El conocimiento público. Un ensayo sobre la dimensión social de las ciencias*, F.C.E., México, 1972.